
PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA 2011
EL RECLAMO
RAÚL DEL POZO
Lectulandia

A orillas del río Paraná, donde vive exiliado Julián, un antiguo guerrillero español, en compañía de su mujer, Irene, polaca de nacimiento, acude el historiador estadounidense Esteban Estrabón para investigar las partidas de maquis que operaron en España después de la Guerra Civil. Tras una breve vacilación, el guerrillero acepta, y los tres se ponen en marcha, camino primero de Varsovia, después de Saint Denis, en las afueras de París, y por último de la serranía de Teruel, que recorrerán minuciosamente para reconstruir el pasado que forma parte de la historia reciente de España.

La partida a la que perteneció el guerrillero, integrada por miembros del Partido Comunista y del Partido Socialista, estaba liderada por Grande, comunista y combatiente de la Guerra Civil, teórico de la revolución, devoto seguidor de Stalin, y Gafitas, un hombre de acción, escéptico ideológicamente, un intelectual metido a guerrillero y también un personaje enigmático.

El objetivo del antiguo guerrillero al emprender el viaje es precisamente desentrañar la zona en sombra que oculta a ese hombre que desapareció justo antes de que la partida fuera evacuada para partir al exilio. Y la clave se la pueden proporcionar dos antiguos compañeros: un sepulturero anarquista y el Cojo.

Para Julián, volver es reencontrarse con un mundo periclitado que se mantiene intacto en su memoria y que rememora habitándolo con los recuerdos y las presencias de otra época. Y en el reencuentro con los compañeros se despejarán muchas claves que el olvido mantenía herméticamente selladas. Claves que dan cuenta de infiltrados, de ejecuciones ordenadas y no ejecutadas, de gerifaltes del franquismo que salieron de esta misma serranía llena de revolucionarios y luchadores.

Lectulandia

Raúl del Pozo

# El reclamo

**ePub r1.2**
**jasopa1963** 14.09.14

Título original: *El reclamo*
Raúl del Pozo, 2011
Diseño de cubierta: más! gráfica

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.1

EL RECLAMO.
Raúl del Pozo

Esta obra ha obtenido el Premio Primavera 2011,
convocado por Espasa y Ámbito Cultural
y concedido por el siguiente jurado:

Ana María Matute
Angel Basanta
Antonio Soler
Ramón Pernas
Ana Rosa Semprún

# I

# ESTEBAN ESTRABÓN.

Volvía de pescar salmones y en la puerta de la cabaña vi por vez primera a Esteban Estrabón, mulato, largo y encorvado, con sombrero de *cowboy* ,escribiendo en el ordenador portátil. Se levantó y, dirigiéndose a mí con la mano abierta de viajero, dijo:

—Vengo desde muy lejos a hablar con usted. Mi nombre es Esteban Estrabón.

Lejos era Chicago. Se llamaba de forma tan pretenciosa porque había nacido en un barrio negro donde suelen poner nombres mitológicos o de gran eco histórico a los recién nacidos. Además, el apelativo le iba bien porque, según me enteré más tarde, el forastero se dedicaba a hacer averiguaciones históricas para una universidad. Yo ya no sufría episodios de manía persecutoria. En otros tiempos, lo hubiera calificado de espía. Incluso en esa ribera del Paraná se han refugiado agentes jubilados del equilibrio del terror, aquello que se extinguió y dio paso a un mundo aún más peligroso.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunté con poca amabilidad.

El mulato, sin decir palabra, sacó de la mochila una carpeta y de ésta, una postal ajada de color café. Me la dio. Allí estaba yo, cincuenta años antes, en compañía de Grande, Gafitas, Bazoka, Bernardino y el hijo del Capador. Seis hombres. Grande, el hombre pequeño, jefe del 11.º Sector de la Agrupación; Bazoka, el tanquista; Gafitas, larguísimo, con sus bigotes de lobito de río; Bernardino, el hondero; el hijo del Capador y yo. En ese instante, se me encendieron todas las alarmas. El dibujo a tinta china que mostraba lo había realizado yo mismo. No tenía ninguna duda de que el visitante logró el documento en el archivo del Partido de los Fusilados, en el de la Benemérita o en el de los Antiguos Amigos de la Estepa del Frío. Los seis estábamos armados, unos con el fusil en bandolera y los otros con el arma apoyada en el suelo.

El mulato me miraba con una sonrisa, pero yo me sentí otra vez preso de una vida que no quería recordar. Me quedé en silencio. De pronto apareció mi mujer, Irene Gretkowska. Le di el retrato. Ella descubrió enseguida, con su mirada cárpata, quién era el autor del grabado. Conocía bien mis dibujos, sobre todo los antiguos: el cajón, como una nave interplanetaria, el puente, como el símbolo de una derrota, el río como un hilo de esmeralda. Ella se sabía la película de dibujos animados que yo le había relatado de mi lejana juventud. También conocía los horrores.

Esteban Estrabón la saludó. Ella se fue a la cabaña para traernos unas copas. Yo seguía enmudecido. De pronto, el de Chicago sacó otro dibujo: era un gallo, el ave erguida y arrogante.

—El gallo —dijo— que canta dos veces.

Aquello me extrañó aún más. Era un dibujo muy reciente. Tenía un significado que Estrabón había adivinado. Desde siempre el pueblo ha insultado y compuesto sátiras utilizando las aves de corral, y hasta ha usado el gallo como desdoro del cantante al que se le rompía la voz. En las óperas, en vez de arrojar tomates cuando al tenor le fallaba la garganta, arrojaban al escenario un pollo de cresta roja para denunciar la desafinación. Se llama gallina al cobarde y gallo al valentón. En las fabulaciones el que manda es el gallo, el que canta es el gallo. El gallo de corral canta al amanecer para dejar claro su territorio, para demostrar su condición de macho. Los gallos despertaron a los habitantes de la Tierra antes de que se inventara el reloj, ese ingenio de los monjes para ir a los rezos a la hora precisa. El gallo es el símbolo del patriotismo y la victoria en algunas naciones. Simboliza al rey. Los augures y los adivinos utilizaban los hígados de oca y de pollo para hacer previsiones. También los testículos del gallo, dueño del harén, eran utilizados por las brujas para la elaboración de filtros.

Las veletas tienen forma de gallo para recordar a los fieles las negaciones de san Pedro. Según los evangelios, Jesús dijo: «Antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces».

Ahí estaba el simbolismo: en la traición. Cuentan que en los países llanos los gallos solo cantan una o dos veces porque no encuentran eco. En las montañas de donde procedían los dibujos, los gallos se vuelven locos al amanecer por un efecto contrario al del llano: creen que los ecos son otros machos que le disputan el alba y cantan cuatro o cinco veces. En esta historia el gallo cantó dos veces para anunciar la traición.

Irene volvió con dos whiskys. Yo seguía callado. El mulato y yo brindamos. Me gustó su manera de beber.

—¿Y en qué puedo servirle? —le pregunté.

—Estoy haciendo una tesis sobre las agrupaciones de la serranía. Usted me puede ayudar.

—¿Cómo?

—Volviendo al lugar de los hechos. La universidad costeará los gastos del viaje.

Volver al lugar de los hechos. Regresar a una zona del mapa de España cuyas aldeas borran las manchas de los pinares en un laberinto verde entre las provincias de Cuenca, Guadalajara y Teruel. Retornar al sitio que quedó enterrado en la Historia.

Volvimos a beber, volvimos a brindar. Yo apenas hablaba. Estrabón comentaba:

—Conozco su serranía. La he estudiado a fondo.

—¿Ah, sí? Yo apenas la recuerdo ya.

Entonces me habló del río, un buen motivo para relacionarnos de una manera cordial.

—En la serranía —me dijo— nacen muchos ríos. Tantos que se tienen que repartir los mares y los océanos. Entre esos ríos se enfrentaron dos ejércitos irregulares.

Era cierto lo que decía el yanqui. Algunos, como yo, éramos niños al comienzo de la pelea. Éramos dueños de las crestas de la sierra y nos divertíamos con todo lo que volaba, huía o atacaba. Entonces el monte estaba lleno de aullidos y de gritos, y algunas veces sonaban disparos que, como los cantos de los gallos, botaban en las riscas y se despeñaban en los abismos, volvían a emerger y regresaban a las hondonadas. Los hombres errantes iban de aldea en aldea, a deshora. A veces estaban hambrientos y sedientos y asaltaban los caseríos para buscar comida; otras veces se llevaban en los macutos, junto a las bombas, a los arrogantes gallos que cantaban al amanecer.

Iban vestidos para la Historia. Los políticos, desde lejos, desde París, Varsovia y Moscú, jugaban al ajedrez en las montañas. Luego, cuando los políticos dejaron de vestirse de soldados y se quitaron la guayabera o la camisa sin cuello y siguieron la orden que les dio Stalin, el hombre de la pipa hecho de acero, Koba, con bigote y botas de mariscal, con la cara picada de viruelas y los dedos de los pies soldados porque era hijo de un zapatero borracho, empezó la retirada. Muchos de los combatientes acabaron en los cementerios civiles; algunos contaron su historia, tomando vodka, junto a un piano bar. Era una generación que conoció las trincheras y los campos de concentración. Una generación de supervivientes a la que yo pertenecía. Y de pronto, o tal vez tan tarde, un vagabundo con mochila y ordenador estaba a mi lado con un vaso en la mano, trayéndome una postal de un tiempo borrado, bajo los álamos, al lado de una cabaña, en la ribera del Paraná, un río de diecisiete mil kilómetros, al otro lado del mar, en una zona de búngalos para turistas y espías jubilados. Esteban Estrabón se mostraba alegre ante mi propia consternación. Tal vez, como yo no dejaba de mirarle, adivinó mi curiosidad y me dijo:

—Mi abuelo estuvo en la Brigada Lincoln, cuando por segunda vez dejaron a los negros pelear en la guerra.

El tipo era uno de esos largos y alegres norteamericanos que viajan mucho. Contagiaba su juventud y su candidez.

Me regaló un libro que él mismo había escrito sobre el general Giap, el volcán bajo la nieve.

—Giap —me dijo— cogió el fusil que ustedes y el Che abandonaron. Era un jefe de soldados con sandalias que pensaba que para hacer la guerra es preciso que sean movilizadas las fuerzas del pueblo. Logró que el país entero se transformara en campo revolucionario.

A la tercera copa, logró el mulato que hablara con él sin desconfianza. No había en su visita otro objetivo que acercarse a mí para que le contara la historia del dibujo a tinta china. Sacó de la mochila una serie de informes de la universidad en los que se le autorizaba a costear un viaje a España, una expedición a mi propio pasado, y al de otros que lucharon en las montañas con brújulas y mapas; juntos los de fuera con los que habíamos nacido en las aldeas de la sierra donde ocurrieron los hechos.

—De muchos de aquellos combatientes —dijo— no queda ni una huella, ni una foto.

—Fueron derrotados —repuse—. A algunos los bajaron los iguales, los civiles, desde los cerros, con la cabeza colgada en la tripa de las mulas, con las narices rozando los tomillos, entre mujeres enlutadas.

—¿Se refiere a la Guardia Civil?

—Claro. Nosotros decíamos los guardias o la pareja, simplemente. Pero tenían muchos nombres: los picos, la Benemérita, los iguales.

—Los aceitunos, los cigüeños, la palma —añadió.

Enseguida comprobé que estaba puesto en el asunto.

No prometí nada. Esteban Estrabón se fue en el todoterreno en el que llegó. Al despedirse utilizó una expresión familiar:

—Consúltelo con la almohada.

Y cuando puso el vehículo en marcha, bajó la ventanilla y añadió:

—Por supuesto, la invitación a ese viaje incluye a su esposa.

Aquella noche apenas dormí. Al amanecer, en una tensa duermevela, mientras Irene descansaba dulcemente, regresaron, a ráfagas, unas alucinaciones, que ya habían dejado de perseguirme. Recordé cómo millares de fusiles se amontonaban en los patios de las casas cuartel cuando el Partido de los Fusilados decidió que nuestra agrupación se retirara. Entre el sueño y la vigilia confundí los pájaros de la sierra donde nací, en el macizo central, con los pájaros del Paraná, la víbora picuda de aquella ribera con el basilisco, una mezcla de víbora y de gallina. Me levanté. Di vueltas alrededor de la cabaña. Comparé los dos paisajes. Mi cabeza viajó al río que parte las rocas, al lugar donde empezó mi vida, a aquella naturaleza rica para los pájaros, los conejos, los jabalíes, las nutrias, las cabras, las ovejas, las vacas, y tan

dura para las personas, que tienen pocas cosas a las que sacarle fruto porque la altura y el frío hacen imposibles las cosechas de cereales y los ganados apenas dan trabajo a un puñado de pastores. Yo había borrado mi pasado y había olvidado que la gente vivía casi de milagro en unos pueblos pequeños de piedra y teja, donde lo único que tenían asegurado era la leña. Había pastores que sobrevivían con una sardina y un cacho de pan, trabajando de sol a sol, durmiendo bajo las nogueras. Recordé cómo de pronto recibieron, recibimos, una visita inesperada: las cuadrillas y las parejas o las parejas y las cuadrillas, los iguales y los forajidos, porque al final no se sabía quiénes eran unos y quiénes eran otros. Unos llamaron a aquella pelea disparatada resistencia armada; otros denominaron bandidos a los hombres y mujeres armados del monte. Algunos venían de lejos; habían aprendido el oficio de guerra en guerra; otros se habían escapado de los campos de concentración. Y ahora un capullo, un americano bebedor, mulato y largo venía a verme para que le contara la historia que anunciaron los gallos que cantan dos veces.

Enseguida pensé en Irene. Si me acompañaba en ese viaje, tendría la historia completa de mi vida —que hasta entonces se había basado solo en mi propia narración—. No es que le hubiera mentido sobre mis orígenes, pero temía decepcionarla si descubría que no todo era como se lo había imaginado. No se iba a desengañar con el paisaje, que sería aún más bello de lo que pensaba, sino con la historia que habría que recrear: una lucha de traidores, de hombres buenos, malos y regulares, de asesinados. Sabía, desde hacía mucho tiempo, que en las montañas donde yo había nacido habían nacido también un río grande y muchos pequeños; conocía la historia del puente, del cajón, incluso de los hombres de las partidas con los que había luchado. Irene siempre había querido que volviéramos y yo nunca me decidí. Pero alguien había llegado a la cabaña con el retrato del pasado. Y de pronto, me entraron unas ganas terribles de regresar y de averiguar qué había ocurrido con uno de los que estaban en aquel dibujo. A ella le emocionó la idea del regreso. En cuanto se lo propuse, empezó a hacer las maletas.

Esteban volvió. Irene y yo le dijimos que estábamos preparados para el viaje. Apenas pusimos algunas condiciones: que pasáramos por Varsovia y por la comuna de Aubervilliers en Saint-Denis, a las afueras de París. El americano iba y venía con el todoterreno, traía los vuelos y los horarios de viaje. Me propuso que grabáramos algunas sesiones antes de la marcha y yo le dije que sí. Tenía que aclarar unas dudas previas.

Me propuso que hiciera una breve descripción de cada uno de los dos jefes que figuraban en la estampa que me mostró. Le contesté:

—Grande era el jefe de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Un hombre de acción, pequeño, vestido de guayabera. Un leal militante del Partido de los Fusilados. Organizaba y mandaba los asaltos económicos, los sabotajes a los trenes y

autobuses de viajeros. El auténtico comandante. Silencioso y escurridizo. Decía que el que no lucha muere y que la cuestión no es solo entender la vida, sino cambiarla. Pensaba que el poder estaba en la punta de las bayonetas. Grande aseguraba que el pueblo puede vencer a un ejército regular, que la trinchera está en las montañas y que hay que crear primero un foco para que luego pueda estallar la insurrección.

—¿Bazoka? —siguió preguntando.

—Un revolucionario profesional. Un tanquista. Empezó a dar tiros el día 18 de julio y ya nunca dejó de disparar.

—¿Gafitas?

—Un misterio. Tengo que hacer el viaje para entenderlo.

—¿Por qué a algunos de los componentes de las partidas se les llamaba cangrejos? —Esteban preguntaba demasiado.

—Se referían a los socialistas; decían que siempre van hacia atrás.

—¿Y los anarcos?

—Los que llegaron a la sierra diciéndonos que anarquía significaba sociedad sin autoridad. Traían en el morral las palabras más alegres. Decían que no hay noche sin día, ni libertad sin anarquía. Vencían con las palabras cuando proclamaban que el Estado es un inmenso cementerio que solo puede sostenerse por el crimen.

—¿Qué piensa tantos años después de todo aquello?

—Que los peones se devoraban mientras unos hombres, desde muy lejos, dirigían una conspiración que no iba a ninguna parte. Querían conquistar el poder con la fuerza y el lenguaje de los fusiles. Era una conjura con coartada ideológica, con la aureola de la clandestinidad, con la esperanza de encontrar en las aldeas gente que los apoyara.

# II

# EQUIPO DE RESCATE.

Cruzo el mar en compañía de Irene y de Esteban Estrabón, que en todos los sitios llama la atención con su sombrero de vaquero y su equipaje mediático. Una semana después de la primera entrevista en la ribera del Paraná, llegamos a la orilla del Júcar, un río más pequeño en el centro de España, con el objetivo secreto y particular, al margen del encargo de la universidad, de buscar a un sepulturero, a un anarquista con garrota que bebe anís del mono y a la calavera de un hombre que no se quiso entregar. De todos los hallazgos daré cuenta al investigador, pero es mejor que me guarde alguna información para serle más útil, sin meterlo en los oscuros recovecos de esta historia. Esteban está interesado en el paradero y el fin de Gafitas, pero no tanto como yo. Le sigo el rastro desde hace mucho tiempo, sin apenas resultados. De los que aparecemos en el retrato es el más alto, el más flaco. Ahora lo busco para saber si se lo tragó la tierra, se devoró a sí mismo o acabaron con él. Dicen que el cielo cubrirá a quien no tenga sepultura, pero creo que todo el mundo tiene derecho a ser cubierto por la tierra o a ser quemado en un tanatorio, y nadie es tan vil para merecer que se lo coman los cuervos. He pedido a Esteban que los primeros días de nuestra estancia en la sierra nos deje solos a Irene y a mí. Él está encantado de poder sumergirse como una rata en los archivos del Partido de los Fusilados y de dejarnos hacer lo que nos plazca.

En ésta serranía, que empieza aquí y nadie sabe dónde termina, una vez estuvo el mar.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Irene.

—Porque un forestal encontró el fósil de un calamar tan grande como una artesa de las que empleaban las mujeres para lavar. Algunos pastores hallaron cocodrilos de piedra y dinosaurios de arcilla petrificada. Nos explicó don Juan, el maestro, que las

aves de ahora son dinosaurios evolucionados y que hace muchos millones de años aquí hubo un mar, por eso se pueden encontrar calamares en el cerro de San Felipe. Estos montes debieron de estar sumergidos en las profundidades de un océano y en algún instante volaron, como ardillas, dinosaurios de cuatro alas. Lo más inquietante es que aún quedan torcas, lagos secos o cubiertos de agua salada de hasta quinientos metros de diámetro. El océano que se fue saca los ojos al relente y no es difícil de creer que, como cuentan los más viejos, una vez una torca se zampara una viña.

Yo vuelvo a ver si la torca se tragó también a Gafitas, que caminaba por los montes como si desfilara por un llano. No perdía nunca la línea recta y solía decir que con una brújula y una pistola un combatiente en el monte es invencible.

Irene va a mi lado silenciosa.

No hubiera sido capaz de volver sin ella. Nunca me he liberado de su magnetismo. Con sus ojos de católica y aquellas trenzas rubias, no del todo tapadas con el gorro de astracán, intentó, según ella, liberarme de la amnesia de mi niñez. Irene de ojos misericordiosos, siempre a mi lado desde que empezó a vigilarme, amor dulce y amargo con el que nos burlamos de las leyes y las consignas.

No llego a esta parte de la tierra, que es la mía, en plan detective. No quiero demostrar nada a nadie, sino a mí mismo. Tengo que hablar con un sepulturero y con un hombre que arreglaba bicicletas, para ver si alguno me puede llevar hasta el rastro de Gafitas. Ahora ese hombre del taller, si es que vive, estará cojo, porque le hirieron en la guerra, donde peleó con la quinta del chupete, ni siquiera en la del biberón o la del saco. Nos arreglaba las ruedas y los frenos cuando salió de la cárcel, después de haber sido pistolero; contaban de él mismo que una mañana apareció en la puerta del cura un gato muerto, con un cartel que decía:

*Cura curato, si no te vas*
*te verás como este gato.*

Los talleres de bicicleta, como los carteles de la Legión, invitaban a los jóvenes a la gloria. O a entrar victoriosos en el parque de los Príncipes o a llegar a comandantes. Lo otro era ser cura, u obispo incluso. En el taller del Cojo estaba Marilyn Monroe entre el olor a grasa y las bicicletas rotas.

A pesar de la bicicleta y del acordeón, de las estampidas del ganado por la vereda, no guardo una gran idea del campo que dejé atrás ni tampoco de los campesinos a cuya clase pertenecí. Cuando estuve en homenajes y mítines, ya en el exilio, donde nos trataban como a héroes, oí hablar bien de los labriegos y sospeché que tenían sobre ellos una versión idealizada. Describían el campo como un lugar de hombres y mujeres leales y auténticos. Yo pensaba, aunque no lo dijera, que el campo era una invención de las ciudades, una creación de la cursilería de los señoritos. No era cierto que fuéramos siempre con el corazón en la mano. También hay campesinos

mezquinos, egoístas, brutos y violentos, con una pistola debajo del cuero.

El que busco era uno de aquellos hombres que nos daban clase de teoría, pero él se salía de las ideas fijas y no decía lo del opio del pueblo. Él hablaba más de cómo acertar disparando al corazón o a la cabeza. El que nos daba doctrina era Grande, que sustituyó al cura en la enseñanza moral.

Nadie supo nunca de dónde vino Gafitas ni adónde iba, ni dónde terminó su vida, ni por qué desapareció, ni si lo borraron de la tierra como se borra una mancha de sangre. Yo nunca supe ni su principio ni su fin, ni si lo mataron o lo dejaron escapar.

Salí de la serranía hace muchos años y quiero averiguar qué fue de él, de un hombre que no se fiaba ni de su sombra, adónde fue a parar, quién lo vendió o quién lo mató. Él nos dijo que nuestros primeros padres no eran los que nos habían dicho. Nos lo explicó cuando le conté que a un chico mayor, de los que iban a las clases de adultos a aprender a leer, a escribir y a contar, don Juan, el maestro, le dijo que Dios hizo a Eva de una costilla de Adán; se levantó del pupitre con intención de irse y dijo:

—Eso es mentira.

Nos intentó convencer de que nuestros primeros padres fueron los peces y de que las verdades absolutas pertenecen al género de la ficción.

Sucede que unos recuerdos se enredan en otros y no consigo acordarme de quién era el más valiente de los dos hombres que mandaban, Gafitas o Grande. Tampoco estoy seguro de si eran unos hombres buenos o unos hijos de puta. ¿Qué hubieran hecho de haber ganado? Gafitas no me habló de una Estrella Polar en el norte, ni del padrecito Koba que todos teníamos mucho más allá de las tierras de la sierra donde estábamos, mucho más lejos de las montañas donde los hombres llevaban las ametralladoras en las mulas.

El que hablaba de la Estrella Polar era Grande, el ortodoxo, el que nunca se salía del pentagrama, al que han enterrado recientemente con asistencia de autoridades y de la televisión, el que nos recitaba poemas dedicados al hombre de la blusa blanca y de las botas largas. Algunos días, Grande se vestía con la blusa negra de los rebeldes lejanos y admiraba su época y su guía lejana, con su cara de viruelas que, igual que yo —me dijo una vez—, dibujaba flores y barcos con un lápiz de colores, aunque después haya resultado la época más violenta y cruel de la historia.

Grande o Gafitas, Gafitas o Grande. Ellos apenas conocían mi nombre. Mi nombre es nada, nadie, cualquiera, ninguno. Mi partido es la tinta china. Mi partido fue, después de irme de aquí, el aparato especial de falsificación para confeccionar carnés, placas de policía y hasta carnés de conducir. Salvé el tipo y salvé los tipos de otros con esa invención china, un líquido de carbón vegetal muy molido con resina. El humo negro disuelto en aceite con goma arábiga salvó muchas vidas, liberó a mucha gente, apoyó a cientos de refugiados y exiliados. Decían que yo era un genio de la falsificación, de las placas de cinc o del *offset*. En una buhardilla inventé la

identidad de grandes agitadores.

También tuve muchos nombres, muchos alias. Yo mismo repartí apodos cuando falsificaba pasaportes en los países helados.

Mi primer nombre fue Julián, el único verdadero que tuve, el nombre de un santo que hacía cestas y al que mi madre rezaba. También mi madre oraba a san Antonio cuando perdía el dedal. Desde niño me embobaron los charlatanes, los pregoneros y los santos de la enciclopedia, a los que pintaba con los lapiceros grandes de carpintero de colores distintos. Dibujaba casas de donde salía humo y clavaba al hombre de culo gordo que estaba junto al crucifijo con la mecha de un chisquero en la pierna, al lado de la virgen con niño. Los sigo pintando, ahora mismo, mientras espero un café.

Irene, mi mujer, mi compañera, mi amiga, mi maestra, mi amante, mi enfermera, mi enemiga, mi psiquiatra, la de los ojos de católica, que es alta y grande y rubia como su patria, de todas estas cosas hace teoría. Habla de nostalgia, un lujo que yo no me puedo permitir. ¿Nostalgia de qué? Del destete, del seno materno, dice.

La afición a pintar me ha mantenido libre hasta hoy mismo. Mi vocación era pintar, pero acabé siendo un pintor de pasaportes. Al final falsifiqué hasta el carné del Partido de los Fusilados y el pasaporte de Irene y los frascos de los antibióticos cuando los pasaba por la frontera.

Con tinta china, pinceles, una lupa, tapicerías de sillones, goma y una máquina de fotografiar me escapé de los que me perseguían cuando estuve acorralado. Me han llamado de muchas maneras, pero apenas he sido un sistema operativo, un hombre encerrado en una habitación sin ventanas aderezando documentos para héroes que iban a la horca.

Al volver a lo que llaman patria, no veo gente tapada con mantas, ni subida en borricos. Ni apenas quedan caballerías. Ni siquiera siento el zumbido de los moscardones. Pinos y chopos, chopos y pinos y casi ningún ser vivo más. Solo un buitre planea por el cielo terso. Eso significa que está acechando a algún animal muerto, pero no vuelan tordos, ni palomas, ni caminan perros, ni se encuentran ovejas perdidas. Un solo buitre, tal vez un alimoche, porque es pequeño y blanquecino. Irene mira al cielo con sus grandes ojos azules, que han adquirido una curiosidad infantil.

—¿Alimoches? —pregunta—. ¿No son africanos?

—Sí, pero saltan de continente en continente.

—Son las aves del islam y de los faraones.

Irene siempre me sorprende. ¿Acaso le dieron clase de alimoches en la Central, cuando intentaron aleccionarla para que su cuerpo fuese su arma, cuando hasta los curas eran agentes del frío, cuando su patria era un corredor de ejércitos invasores?

Cuando la conocí, yo era un bárbaro y ella una sofisticada cazadora de secretos que se juntaba con unos tipos que bebían coñac en las comidas, y llevaba una pistola

eléctrica en un paquete de cigarrillos. Era intérprete, traductora, estudiante de psiquiatría y yo no era nada, no era nadie.

Irene, sin yo saberlo, estudiaba mis impulsos salvajes primitivos. Examinaba mis dibujos como si fueran análisis de orina. Estudiaba mi estrés postraumático e informaba de todo a la Orquesta Roja, o más bien a la Capilla Roja, puesto que estábamos en un lugar donde se mezclaron las dos creencias en movimiento: los párrocos que llevaban el son de la orquesta y los comisarios, aquéllos que decían: «No existe Dios, solo el Partido. Todo lo sagrado se desvanece en el aire. No hay nada después de la muerte».

Yo era la cobaya. Irene tenía mi cerebro en su poder como un repollo, con sus supuestos cien mil millones de neuronas. Incluso cuando nos íbamos a la cama, para lo cual tardamos mucho tiempo, porque yo me desvelaba en la cama, estaba acostumbrado a dormir en el suelo, Irene me preguntaba por asuntos del pasado. Yo fingía que no recordaba, aunque en realidad no quería hablarle de la miseria y de la ignorancia de mi pasado.

Luego llegó a quererme, pero incluso entonces veía mis recuerdos como un caótico almacén del córtex temporal, que es donde se guardan los recuerdos de la niñez, recuerdos deformados por los episodios traumáticos que sucedieron cuando formé parte de las partidas de los hombres del monte. Sí, claro, olvidamos lo que queremos, lo que nos angustia, pero la memoria es infinita y se refugia en rincones lejanos de la cabeza, de donde salen en los sueños o en los momentos de peligro.

Irene no encontraba en mí lo que buscaba, la culpa, el odio, la vergüenza. Analizaba los senos que pintaba e insistía en la nostalgia del destete.

Solo encontró a un huido, ni siquiera a un deportado.

Le digo, ahora, mientras conduce:

—Hemos visto un solo alimoche, antes había muchos.

—¿Y qué fue de ellos? —pregunta Irene.

—Me han contado en la estación de servicio, mientras tú fuiste a comprar, que se han alejado. También han emigrado. Se han ido al llano para atacar a las ovejas.

—¿Por qué? —insiste Irene.

—Porque les colocaban a las reses muertas en contenedores.

—No entiendo.

—Llegó el turismo rural y una cosa que se llama ecoturismo. Como no había carroña en el campo, los alimoches no iban a los comederos.

Ella no comprende.

—No entiendo por qué no aceptaron las facilidades.

—No se fiaban de tanta facilidad.

Mientras hablo, veo entre la niebla del pasado: a los rehaleros con sus perros, a los galgueros con sus collares, a los cetreros con sus halcones y a los buscadores de

jazmines para el té o para el perfume. Me acuerdo del jazmín, el rey de las flores, que se ponían las mozas en el cabello, y también de los halcones. Pienso que esto también interesará mucho a Irene. Me preguntaba por ellos en el pasado para no hablar de nada que nos comprometiese, cuando había un micrófono en cada canapé, en cada edredón. Irene, incluso después de tanto tiempo, es mi inquietud, mi desasosiego, mi curiosidad, mi encantamiento, mi deseo, mi quimera, mi insomnio, una tiranía aceptada.

—Hubo un tiempo en que por aquí aparecían cazadores con polainas de ante y halcones en el puño. Llevaban el ave como el que tiene un perro —le digo.

—En la antigüedad los reyes los sostenían en el puño. Eran muy difíciles de amaestrar —contesta ella.

Veo en los últimos confines de la memoria a Cele y a su tinada. Estaba rodeado siempre de halcones, de alimoches, de lechuzas. El mejor adiestrador. Primero los domaba y luego los vendía a la gente de dinero de la ciudad; y también a los aeropuertos, para que exterminaran las aves que se cruzan con los aviones en el momento del despegue. Incluso algunos curas venían en mulas a comprar halcones, porque los clérigos han sido desde siempre amigos de la cetrería.

Conozco a Irene. Sabía que le iba a intrigar lo de los alimoches y los halcones.

—Cuentan las leyendas —me dice— que los buitres, los alimoches y las aves rapaces tenían el instinto de las batallas y, antes de que estallaran, ya estaban volando en hileras.

Le cuento:

—Aquí no hubo batallas, sino una matanza. Este país se llamó el de los buitres porque estuvo durante todo el tiempo en continuas guerras. Pero la última, en la que yo participé, no fue una guerra, sino una matanza.

—¿Y por qué hay esa obsesión por buscar los huesos?

—Yo sé lo que busco.

No quiero inquietarla contándole que, efectivamente, los días en los que se enfrentaban los guardias con los hombres del monte aparecían en círculo bandadas de buitres. Nosotros estábamos acostumbrados a que los halcones se comieran a los patos, a las águilas, a los cervatillos y a los corderos; los abejarucos, los lobos de las abejas, atacaban en vuelo a las obreras que hacían la miel para los colmeneros.

Matar o morir, sobrevivir, permanecer, tabaco, pan, vino, invernar, asobinarse, acechar, atacar como saetas, éstas son las leyes de la serranía. También los hombres, para sobrevivir, eran alimañeros, garduñeros o cetreros como Cele. Cazaban tejones o nutrias, como hacían los propios tejones o nutrias.

Le comento a Irene que yo estuve algunas veces en el criadero de rapaces y cuando volaban no se las podía seguir con la vista. Cele nos explicaba el proverbio de estas aves: «Se elevan con la suavidad de una plegaria y descienden con la rapidez de

una maldición».

Cele era amigo de mi padre. Siempre hablaban de la caza. De la mayor o menor velocidad de los halcones, mientras el domador acariciaba el pico ganchudo y las garras de las rapaces.

Irene, en cierta manera, vuelve como si quisiera nacer otra vez conmigo. En la oscuridad del día nublado, su figura rubia reluce. Cuando salimos del coche para presenciar el andamio de los pinos, camina con mucha agilidad sobre sus zapatos de deporte. Le cuento que en estos cerros puede escucharse el viento porque habla. Relataban los viejos que en otros tiempos se oía el caramillo del pastor; durante el día, las perdices, las tórtolas, los ruiseñores, los jilgueros, y por la noche, el cárabo y las zumayas servían de guías al caminante o saltaban delante de él en su vuelo. En la ribera del río se criaban grillos de colores.

En un claro de la chopera de troncos blancos, y de algunos olmos, aún estará mi casa, rodeada de gallinas y de perros, entre el canal y el río, seco o con riada, según las estaciones. Y habrá permanecido en pie, como una catedral entre los pinos y los chopos, la central hidroeléctrica que hizo gente que vino de lejos para aprovechar el ímpetu del río.

Convirtieron los molinos de harina y los batanes en fábrica de electricidad. La presa lleva por el canal hasta la turbina el agua que hace mover las máquinas. Durante los inviernos, cuando el frío mordía, íbamos a los generadores a calentarnos las manos heladas.

Cuando los robles eran más jóvenes, hubo en este vallejo, ahora cubierto por nubes cenicientas y oscuras, un choque irregular e inesperado entre los que vivíamos aquí y los que vinieron de fuera. Tal vez el origen del encuentro que hubo entre los hombres del monte y los trabajadores de la central fue la fascinación que los de las cuadrillas tenían por las centrales eléctricas. En medio del pinar, las turbinas, las presas y los generadores significaban el futuro y la electricidad. Antes se llamaba a las centrales fábricas de luz. La gente quedaba fascinada al ver que del agua que entraba desde la presa, y salía por las turbinas, surgía después la electricidad como un prodigio.

# III

# CLUBS DE ALTERNE.

Lo primero que he descubierto en las dehesas que hay antes del río y la central es que los robles han crecido, como ha crecido mi cintura. Un roble puede vivir hasta mil años, un hombre no llega ni a cien. Durante el tiempo que no he estado aquí, se han ensanchado los troncos, que eran también jóvenes cuando yo era niño. Cortaron las viejas encinas y se las llevaron en camiones para hacer quillas de barcos y barriles con los que envejecer el whisky. Vuelvo a mi tierra después de tantos años y lo que me llama la atención es el cambio en la dimensión de los robles. Es una manera de centrar mi imaginación en las cosas más simples y menos conflictivas de los recuerdos.

También me he fijado en que cerca del ventorro, donde los de la Mesta se abastecían de harina y de vino, han montado un club de alterne con luces rojas y anuncios fluorescentes en el que hay prostitutas polacas y brasileñas.

Me pregunta Irene que cómo imagino la aldea en la que nací. Le gustaría que contestara antes de llegar. Le digo que la aldea estará perdida entre el pinar, la chopera y el río, que seguirán jugando al burro los viejos, los que antes eran niños y ahora serán ya jubilados. Estamos en el ventorro esperando a Esteban, que llega y prácticamente me mete la grabadora en la boca. Ha escuchado la pregunta de Irene y me la repite.

—¿Cómo se imagina a los compañeros de su edad que no hayan muerto?

He decidido contar casi todo. Le contesto:

—Serán como yo habría sido si no hubiera tenido que aprender a matar o a morir.

—¿Cuál fue tu primera muerte?

No le contesto. Está mal planteada la pregunta, aunque sigue, curiosamente, el estilo de los propios veteranos: «Mi primera muerte, mi última muerte». «Hicimos

unas muertes». Pero hay en mí una coraza para seguir guardando los secretos más dramáticos. Irene ha ido a la habitación a arreglarse, seguramente para que hable con más libertad, pero yo no le voy a contar a Esteban cómo se echa una soga a la rama del pino para ahorcar a un enemigo. Al que primero ayudé a colgar fue a un cartero. Se quedó pavorosamente blanco, con la valija colgada a los pies. Según me dijeron, cayeron algunas cartas de amor que no leyeron, sino que quemaron en la lumbre. Eso no se lo voy a decir a él. El contrato no me lo exige. Me limitaré a relatar historias de los seis hombres que figuran en el dibujo a tinta china. Recuerdo muy bien cómo ahorqué a un hombre. Había que colgarlo y lo colgué. Después disparé el fusil contra enemigos y nunca sentí aquella angustia de cuando el cartero. Tuve que vomitar detrás de una sabina. Aquello ocurrió hace mucho tiempo y, sin embargo, nunca olvidaré que dije que iba a orinar, pero en realidad eché las tripas. No se me iban de la cabeza los ojos desorbitados y la cara de yeso del cartero. Ya había sentido náuseas cuando apenas andaba a gatas y vi cómo un chico al que llamaban Eladio, mayor que yo, echaba un gatito al caldero de los gamones, que hervían en la lumbre para la comida del cerdo. No sé por qué lo hizo, pero el caso es que, en el instante en que más borboteaba y se alborotaba el líquido del caldero, arrojó al gatillo. Eladio era hijo de Cele, el que amansaba a los gavilanes; luego nos llevó al puente y echó al canal las otras crías de la camada y observó cómo entre maullidos se iban hundiendo. Nunca dijimos nada a nadie y probablemente los gorrinos se comieron el gato. Eladio era mucho mayor que nosotros y había vivido la guerra.

—Vi cómo unos hombres con pañuelo rojo en el cuello mataban a un cura —nos contó.

—¿Cómo? —le preguntamos.

—Disparándole como a un conejo parado.

—¿Dónde?

—En la cruz, donde está el lagarto. Luego lo llevaron al pueblo y lo pusieron en la carnicería abierto en canal como si fuera un gorrino. Después partieron con el hacha el órgano de la iglesia, quemaron el archivo parroquial, se mearon en los cálices y tiraron las campanas al centro de la plaza. Con las imágenes hicieron leña para el ayuntamiento y para las escuelas.

No todo se puede contar. Cuando haya cosas demasiado fuertes, me callaré. Ahora Esteban me pregunta por el Manco.

—¿Conoció al Manco? —me pregunta.

—Sí, mucho.

Esteban está bien documentado. No solo quiere averiguar qué fue de Bazoka, de Grande, de Gafitas, de Bernardino, del hijo del Capador y de mí, sino que también sabe que en esta historia existió el Manco, en quien yo tanto confiaba. Intento contar su historia:

—Era nuestro. Había nacido en la aldea. Guardó el cabrío de joven. Luego se fue a la guerra. Estuvo en la batalla de Teruel y cuando volvió era otro. Me contó que antes de ir a Teruel vio cómo los milicianos convirtieron las iglesias en almacenes, en teatros, y también cómo rompieron lápidas y sarcófagos de los cementerios. Me explicó que en las ermitas metían a los ganados. Revestidos con las sotanas y las ropas de misa de los curas, salían bajo palio por las calles y casaban a las milicianas con milicianos. Los escopeteros vestidos con monos de mecánico fusilaban, después de arrastrarlos, a los frailes, a las monjas o simplemente a los creyentes en las carreteras.

—¿Y qué decía de lo que pasaba en la retaguardia?

—Nos contaba que arrastraban a la gente en calzoncillos y la fusilaban en las tapias de los cementerios o en las cunetas. El Manco decía que esas atrocidades solo ocurrían en la retaguardia. Él había tenido el honor de presenciar la última carga de caballería en la batalla de Teruel con una temperatura de quince grados bajo cero. Hubo un enfrentamiento brutal de infantería sobre la nieve, mulos con ametralladoras, un asedio a la ciudad día y noche, miles de soldados, vehículos y caballos. Bajo un frío feroz los soldados atacaron la ciudad. En el asalto muchos se quedaron sepultados para siempre en la nieve. Pero a ésos nunca los van a encontrar, porque cuando se derritió la nieve se los comieron los alimoches, que estaban también hambrientos. Llegó la derrota y el Manco tuvo que volver, serranía abajo, con otros heridos hambrientos. Sin medicinas ni un cantero de pan, tardó muchos meses en llegar a la aldea. Quedaron muertos miles de soldados un poco más al norte de la serranía, en una geografía que era como una pistola que apuntaba al corazón del mar. Los batallones del Manco conquistaron una ciudad aún más nevada que nuestros pueblos. La ferocidad de la batalla fue tal que hubo decenas de miles de muertos.

Luego, cuando Esteban se queda con la botella y el ordenador en uno de los hostales de carretera cercanos a mi aldea, yo me voy con Irene hasta la cruz que hay entre la carretera y el camino que cruza la vereda. Le prometo al de Chicago que volveremos en una hora. Vuelvo a recordar a Eladio, que aquí mismo cazaba lechuzas con su padre. Las lechuzas no eran las mejores rapaces para la cetrería, pero ellos las vendían en el mercado a buen precio porque servían en lugares con ratones, para esquilmarlos. Eso no se entendía mucho en la sierra porque la lechuza era, en cierto modo, ave de mal agüero. Habitaba en las ruinas de las ermitas y en los cementerios. Las curanderas y parteras aconsejaban caldo de lechuza para las enfermedades de los niños. Preparaban mejunjes de molleja de gallina, de orina de toro y de sesos de gorrión para diversos males del alma o del cuerpo.

Cele y su hijo manejaban con precisión el gomero de horquilla de madera con dos gomas y atrapaban lechuzas entre dos luces. Antes de esa hora no se movían del sitio donde permanecían durante el resto del día.

Aún me inquietan, a pesar de que ha pasado tanto tiempo, sus cantos lúgubres y sus malos presagios. Recuerdo que Gafitas asociaba el animal no a la mala suerte, sino a la sabiduría. Pienso que fue Gafitas, porque Grande siempre hablaba de la liberación del pueblo o de la manera de detectar a los traidores. Cada uno de ellos tenía una idea diferente de la lucha. Para Gafitas, todos los hombres, como todos los animales, están siempre devorándose entre sí. Los machos se pelean por las hembras, y el aire, la tierra y los ríos son campos de destrucción y enfrentamiento. Grande solo hablaba de la guerra revolucionaria. Como digo, Gafitas tenía una idea muy positiva de la lechuza. Decía que Minerva era serena, observadora, sutil, el símbolo de la estrategia en la guerrilla. «Sus pupilas anchas se apoderan de la noche. Es, como nosotros, una sombra que se cruza en el camino, que se esconde en los graneros. Tienen lo que se denomina visión estereoscópica y antena parabólica. Son silenciosas y, donde ponen sus ojos, ponen sus garras».

Cuando vuelvo del paseo con Irene, veo que Esteban está algo cocido, más contento. Vuelve a sorprenderme, porque también conoce la existencia de Eladio.

—¿Qué pasó con Eladio, el hijo del cetrero? —me pregunta.

—Que algunos años más tarde sería uno de los que hacían tragar lejía a los pastores que interrogaban.

—¿Por qué?

—Porque se pasó de bando.

—¿Cómo?

—Se puso del lado de los guardias civiles que se disfrazaban de hombres del monte. Fue uno de los más duros integrantes de la contrapartida. Mataba a los heridos como a cochinos después de obligarles a cavar su propia tumba. Le encantaba dar el tiro de gracia y esperar a que los agonizantes dejaran de resollar y se les llenaran los ojos de hormigas. Algunas veces se le vio dando vueltas con el gomero alrededor de su cabeza. Cambió las alpargatas por las botas.

—¿Qué pensaba el Manco de él?

—¿Qué va a pensar? Que era un traidor.

Esteban repasa y repasa las sombras. Pregunta por Gafitas, el misterioso, el de las palabras exactas, que iba a la pelea como el que va a la oficina, por Grande, el ortodoxo, por Eladio el traidor.

Algunos de ellos no existirían ni en el recuerdo si yo no los mentara y el mulato fuera metiendo su recuerdo en el ordenador. No es cierto que los héroes sobreviven a su tiempo. Éstos fueron héroes desconocidos y cadáveres ocultos. Lucharon y murieron como revolucionarios, y algunos como traidores. Entonces no estaba permitido el matiz. Grande decía: «Somos simples combatientes».

Y Gafitas, al que yo seguía como un perro, hablaba de morir como héroes y de la manera bella de morir.

Hablo a Esteban y a Irene de la fuerza del río. Les comento que para mí ese río es el personaje más importante de este rastreo. El río de las crecidas, de los gancheros, del cajón como una nave interplanetaria.

Irene, que conoce la Biblia, me dice:

—Las Sagradas Escrituras relatan que hay un río cerca del Paraíso. Beber de sus aguas provoca el olvido, para reencarnarse y ser más feliz.

Esteban graba y apunta todo, incluso las citas de la Biblia.

—El río —los convenzo con ayuda de la copa— era un personaje, parte de nuestra familia. Siempre escuchábamos su rumor, sus amenazas, porque el río también sufre depresiones y goza con las alegrías, tiene su estado de ánimo. Cuando don Juan nos contaba, en la lección sobre los griegos, que un río era pretendiente de una mujer y que llamaba a su corazón bajo tres formas (una con cuerpo de toro, otra como serpiente y otra con aspecto de hombre, de cuya espesa barba fluían los chorros de una fuente), nosotros, los de la aldea, nos mirábamos reconociéndonos en esa mitología El río me acompañó en mi destierro, cuando era un refugiado. ¿Verdad, Irene? —Ella asiente con los ojos.

Al compás del recuerdo del río nació mi amor por Irene. Cuando yo llegué a su país, que no sabía siquiera dónde estaba, ya me habló de mi propio río, como si fuera una adivinadora, y de lo que de él y de sus aguas verdísimas, del mismo color de los pinos, hablaban los poetas que yo no conocía y ella sí. Incluso hablaba de las mozas que bailaban los domingos por la tarde al son del acordeón, mozas que iban a buscar piñones o a bailar.

—En las orillas de ese río —apunta Esteban— se desarrollaron los hechos.

—Así es. El río entró en las lecciones. El río y la electricidad eran también una teoría de las partidas. Resulta cómico que los que nos enseñaban a disparar nos contasen los prodigios del apila-miento de discos de cinc y de bronce que usó Volta. Nos hablaban también del electroimán, de los rayos X y de los catódicos cuando aún no había llegado a las casas la televisión.

Esteban Estrabón da saltos en el tiempo y en los asuntos. Ahora me pregunta qué pienso de la Ley de la Memoria Histórica.

Intento explicarle mi postura:

—En los últimos años, pagados por el Estado, se han organizado comités de memorias que hurgan en los juzgados y en los cementerios.

Esteban reconoce que no solo se tragó la tierra a Gafitas, también a mí.

—No sé si habrán encontrado —le digo— en los sumarios algunos de mis nombres o de mis alias; tampoco sé si alguien se acordará de mí en esta comarca.

Él se interesa por mi actual manera de ver las cosas. Sin expresarlo así, quiere saber si estoy arrepentido de haber estado en la lucha clandestina.

—Después de haber estado en muchos sitios no tengo las cosas tan claras como

los paisanos que dejé —contesto.

—¿Cómo se ve a sí mismo, como un exiliado?

—En diferentes departamentos, oficinas y aeropuertos me han llamado de todo: refugiado, exiliado, desterrado, apátrida, ex, renegado. Siempre me consideré a mí mismo alguien que huía.

Aún hoy, cuando camino por la calle siempre miro hacia atrás por si alguien me acecha. Mi mujer llamaba a eso paranoia, manía persecutoria. Cuando trabajábamos en una fábrica de vodka, la veía clandestinamente en un apartamento tan pequeño como una celda. Tenía un frigorífico donde apenas había una salchicha y un pollo helado. Más tarde huimos juntos con los papales que yo falsifiqué para los dos. Aprendió a vivir como yo, huyendo y sorteando las fronteras. Para mí todos son los mismos enemigos. Para ella también, aunque le ha costado trabajo admitirlo. Yo simplemente altero los papeles para sobrevivir.

Intento darle a Esteban una versión de mi vida:

—Siendo apenas un joven campesino tuve que aprender un idioma, una manera de relacionarme. Me refugié primero en Varsovia, una ciudad arrasada por la guerra.

—Entonces, ¿militaba en el Partido?

—Milité sin que me preguntaran.

—¿Cómo los recibieron en Varsovia?

—Al principio, a los que llegábamos desde aquí, nos recibieron con los brazos abiertos, como a héroes.

—¿Qué recuerdo tiene de esta tierra?

—No tengo buen recuerdo.

Nunca podré olvidar que aquí rematé a heridos que se desangraban. Llegó un momento en el que no cerraba los ojos al disparar, aunque jamás encontré placer en la mirada de los que iban a morir.

Al día siguiente nos acercamos al Ventano del Diablo. Le cuento una versión inocente, turística del lugar. Le digo que en algunas de las cuevas de las riscas hay pinturas rupestres que conservan su color brillante de sangre, arcilla y frutos triturados desde hace miles de años.

—¿Qué animales hay? —pregunta Irene.

—Sobre todo cabras y caballos.

Es muy sensible en lo que atañe a los animales. Piensa todo lo contrario que Gafitas, que decía que eso de la piedad con los animales es una gilipollez, porque las bestias carecen de sentimientos y son como máquinas. Sin embargo, el Manco, mientras se balanceaba rítmicamente en la mecedora, me contaba que hubo un tiempo muy lejano en el que algunas mujeres se apareaban con machos de cabríos, y los libros sagrados ordenaban que se sacrificaran aquellos cabrones con los que se hubiera fornicado. «No les hacían caso, los mataban, no los echaban a los buitres,

sino que los convertían en somarro al aire del cierzo».

A ella no le digo que, según cuentan las viejas leyendas, por este precipicio arrojaban a los que se apareaban con animales. A las mujeres, por tener trato carnal con el diablo; a los hombres, por otras modalidades de bestialismo, sobre todo con cabras y burras.

Cuando mi mujer, Irene Gretkowska, eslava y católica, procedente de un país frío de catedrales, escucha lo del diablo, se santigua, a pesar de haber sido educada en el ateísmo comunista. Militó desde niña en la parroquia polaca. Luchó contra los invasores. En la serenidad de la madurez, recupera algunos ritos de sus antepasados. Conoce mi historia, pero no mi país. Tenemos biografías diferentes, pero desencantos conjuntos. Peleábamos en los astilleros para que llegara la libertad y llegaron los tanques con soldados de piel de conejo. Ella estaba con la Estrella Polar, pero al final es de las que puso la cruz en los astilleros. Ya es mayor y no tiene que emigrar de su país para venir a recoger fresa en los mares de plástico. Tiene la mirada gris-azul, serena y compasiva.

Hicimos el amor detrás de un castillo donde nos hospedábamos los desterrados. Podríamos haberlo hecho en la cama, pero entonces aún yo solo me encontraba libre rodeado de árboles; en los sitios cerrados me sentía preso.

Vimos caer juntos algunas verdades que parecían inamovibles. Sin embargo, a veces una psiquiatra, sobre todo si duerme en tu misma cama, tiene una idea de ti basada en reflexiones más que en observaciones. Si le doy todos los detalles de este viaje, me hablará, como ya ha hecho otras veces, del olvido selectivo, de la culpa, de la neurosis de guerra. No quiere entender que en mí la curiosidad es una forma de averiguar en qué momento y lugar están las trampas, es una forma de transgresión, una forma de fortalecer mis propias ideas. Esteban se va a buscar pilas y folios.

Le cuento, mientras ella conduce serenamente, que este río corre por mi inconsciente.

—¿Por qué corre por tu inconsciente? —pregunta mientras para el vehículo y respira como si se fuera a meter el cielo en los pulmones. Luego coge una espiga verde de espliego que se coloca en sus hermosos cabellos rubios.

Le explico:

—De noche aún sueño que estoy colocando dinamita en los pozos o pescando truchas —le contesto—. El río es la voz que yo escuchaba de niño mientras dormía. La sigo escuchando ahora como una nana.

—¿Dormías en la ribera?

—Ahora verás el caserío y la aldea. Éramos cinco familias entre el canal y el río de las piedras blancas. Claro que dormía sobre el mismo río. Así sentía su corriente. Notaba sus crecidas, sabía si el agua era turbia o verde solo por la música de la corriente. Dormía siempre con la cabeza orientada al río y me imaginaba que con el

agua tan cerca de mi almohada este iba lavando los cantos. Hs verdad que los dejaba como patenas.

No le digo, en cambio, que cuando crece, el río es un asesino; baja vacas muertas y se lleva a hombres que se han dormido. Nosotros, aquellos niños, notábamos cómo se iba encolerizando mientras echábamos el sedal con cabezotas en el anzuelo a la corriente de las turbinas. Los de la ciudad lanzaban la cucharilla de plata y de colores mucho más lejos, pero no sacaban más peces.

Ella me dice, como inquieta por mi silencio:

—Cuidado con la nostalgia.

—¿Por qué?

—Porque, a veces, se construye sobre errores. La memoria es muy traidora, engaña. Eso de que lo tenemos todo almacenado en el cerebro como si fuera un disco duro es una estupidez. Almacenamos lo que podemos, lo que queremos seleccionar.

—Es cierto —le respondo—, el pasado está lleno de trampas y coartadas. No hay más que ver cómo cuentan nuestra propia historia. Al final de un cambio, todo consiste en modificar los rótulos de los hoteles y los nombres de las calles.

—Algo hemos madurado —asegura ella—. Por lo menos ya sabemos que la experiencia consiste en no rendir culto a la personalidad de nadie.

Y que hay que acercarse a la historia y contar las cosas, como dijo aquel agitador que cayó luego en desgracia. El historiador debe colocarse en lo alto de las murallas de la ciudad asediada, abrazando con su mirada a sitiadores y a sitiados. Era, según él, la única manera de escribir la historia.

—Sobre todo desde que descubrimos que la resistencia se dirigía desde los hoteles.

# IV

# DULCES Y FLORES.

Estamos desayunando en el hostal y ya está el americano interrogándome. Las conversaciones que Esteban guarda en su grabadora y después en su ordenador se parecen más a sesiones psiquiátricas que a conversaciones para una tesis o un estudio. Es muy anárquico y caprichoso. Dispara preguntas a granel, sin orden ni concierto. Mientras se come el huevo pregunta:

—¿Se arrepiente de algo?

—No.

—Pero tuvo que matar a gente.

—Maté e intentaron matarme. Acabé con gente inocente y también acabaron con parte de mi familia.

—¿Se siente orgulloso de su pasado?

—Solo estoy orgulloso de que nunca lograran meterme en una cárcel. Casi todos mis vecinos, los hombres que trabajaban en el monte, antes de llegar las cuadrillas, sufrieron palizas o fueron detenidos.

—¿Y cómo se portó con ellos la democracia?

—Muchos años después no recibieron ni una condecoración, ni una ayuda, ni siquiera una palabra de aliento.

—¿Por qué se fue del Partido? —pregunta el nieto de la Brigada Lincoln.

—Me fui del Partido de los Fusilados cinco minutos antes de que me echaran.

—¿Cómo se defendió en el exilio?

—Fui doblemente desterrado y errante.

—¿A qué se dedicaba?

—Tuve que dedicarme a vender cristal de Bohemia y aprovechar mi experiencia con el revólver para pasar antibióticos entre dos fronteras de indios.

—¿Se siente un luchador por la libertad?

—Cuando se celebra la fiesta de la libertad, nunca me siento concernido. Siempre fui un refugiado. Al principio me daban dulces y flores cuando llegaba a las ciudades. Luego, un interminable silencio. Nunca lograron hacer de mí una cucaracha, pero sigo siendo extranjero en todas partes. Me fui un poco antes de comprobar cómo los supuestos héroes de la revolución saquearon las riquezas del país de la Estrella Polar de nuestros hermanos los rusos. Los dirigentes terminaron vendiendo pisos en las costas del sol.

Estaban al mando del tesoro y se lo quedaron. Arrasaron las compañías del petróleo, las compañías navieras, los bancos. Se escaparon de allí y buscaron alianzas con todos los mañosos del mundo, contrataron a los abogados de los gánsteres. Nuestros antiguos jefes constituyeron una red mañosa y de espionaje que domina parte del mundo. Nosotros estábamos dando tiros, sin saberlo, para ellos.

Salimos a la calle. Nos acompaña Irene. Cruzan los pájaros como exhalaciones. Veo las malvas que curaban, y brillan los ocelos azulísimos del lagarto. Recuerdo como si fuera hoy la música del acordeón que surgía de las blanquísimas lengüetas de caballo, también el salón del baile, el olor a moza y a mistela. El campo estaba tranquilo hasta que empezó una batalla desigual, secreta, extraña. Ni siquiera fue una batalla, sino una serie de escaramuzas que acababan en la cárcel o en la parte civil del cementerio, o más bien en tumbas secretas, casi nunca en el hospital. Entonces no se hacían prisioneros: ni ellos, ni nosotros.

Unos años después de la evacuación, un misterioso hombre con chaqueta de cuero con el que jugaba al ajedrez en una de esas casas del destierro donde se acogía a un número del cupo de exiliados y donde era mejor no hablar de política, sobre todo de la del país que nos acogía generosamente, ese hombre me explicó que en esta zona nos habíamos enfrentado por un plan diseñado muy lejos de aquí. Un plan condenado de antemano al fracaso, cuando había miles de prisioneros en las cárceles y millones de hambrientos fuera. Las operaciones eran un asunto de prestigio para el Partido de los Fusilados y para el Partido de los Cangrejos. «Todos sabían que nadie saldría vivo de la serranía, pero necesitaban mártires. Nadie colaboró con los de las partidas. Los que desde el exilio consintieron esta matanza fueron unos irresponsables».

Voy hablando a Esteban y a Irene de la pajarita de las nieves, de las nutrias que se esconderán entre los juncos. Les hablo de las oscuras montañas que se alzan delante de nosotros. A Irene el paisaje le recuerda al del Tíbet. Le llevo la contraria:

—Pero aquí no llegaron ni los frailes ni los gitanos. No se ve ni un convento. A pesar de haber tantos mimbres, nunca descubrimos caravanas de vagabundos en las riberas de los ríos.

Esteban, sin grabadora, me pide que relate el momento de mi huida de esta tierra.

—Una mañana de hace más de cuarenta años apagamos las hogueras —le cuento

—, quemamos los pasquines y salimos en dirección al mar.

—¿Reconoce plenamente el paisaje? —dice.

—No. Apenas me recuerda al de entonces. No había casas rurales, ni tejadillos de uralita, ni esos puticlubs con naipes rojos. Han quitado los postes de color ceniza. La poca gente que se ve lleva zapatos de deporte, no abarcas como entonces.

Irene sonríe irónicamente para preguntarme:

—¿Crees que encontrarás la calavera como el príncipe encontró la del bufón?

—Dicen que el esqueleto humano está compuesto por más de doscientos huesos. Alguno quedará.

—¿Y a quién informarás del hallazgo en caso de que logres encontrar los huesos?

—A nadie.

—¿No irás a uno de esos comités de la memoria?

—Jamás. Ahora que la muerte digna es un derecho, miran las cosas de atrás, de los tiempos en que era una manera de sobrevivir. Celebran lo que fue una masacre como una victoria o una derrota. Solo fue una matanza. —Les digo—: Yo no necesito ni arqueólogos, ni forenses, ni ADN, tan solo un pico y una pala. Y quiero ver al sepulturero que medía con un metro de hule amarillo a los cadáveres para hacerles el traje de pino. Sé dónde puede estar el muerto. Conozco algo que llevaba colgado en el cuello.

—¿No hay buenos y malos en su memoria? —pregunta el investigador.

—Solo vencidos y vencedores. O más bien todos derrotados.

—He leído que van a llevar el caso de los desaparecidos y asesinados al Tribunal de Derechos Humanos.

—Que hagan lo que quieran. Yo solo quiero saber qué pasó con Gafitas: si lo mataron contra un pino o se escapó.

—¿Lo admiraba?

—Sí.

Gafitas era un proscrito que me dijo algo que no he olvidado: «Nunca te avergonzarás de ser valiente. Te dirán que los valientes están en el cementerio. No hagas caso: mueren antes los cobardes».

Sigo contando la historia más tranquilo, porque no está delante la maldita grabadora:

—Gafitas era más valiente que ninguno, pero los huesos son todos iguales, blancos, porque están hechos de calcio. Quiero comprobar si queda algo entre la tierra de aquel hombre de bigotes de gato, de ojos grises de acero, flaco como una estaca de roble, que olía a colonia, que se afeitaba poniendo un espejito en los troncos de las encinas. No sé si lo fusilaron, lo ahorcaron o pudo escaparse. Él mismo decía que la muerte en la horca es rápida e indolora. «Antes, en la puerta de las ciudades se colgaba a los penados para asustar a la gente. O los ponían en jaulas suspendidas

delante de los palacios de Justicia. Los usaron unos y otros para matar brujas y líderes o para ajusticiar criminales de guerra». —Les doy una versión de la retirada—: Un día, con las caras tapadas, ya solo con armas cortas y mochilas ligeras donde llevábamos vendas y alimentos, con la brújula y el mapa en los bolsillos, nos dirigimos hacia el este. Miramos atrás y vimos arder el hondón donde habíamos estado escondidos. Desde las entrañas del barranco salían llamas y humo. Unos instantes después de nuestra evacuación, las tropas del general que había declarado los montes zona de guerra prendieron fuego a la yesca donde ya se extinguían nuestras lumbres. Habíamos perdido. Nunca habíamos vencido. Pero la situación se hizo insostenible cuando creció el pánico entre la gente de los caseríos, que al amanecer tenían que llevar un candil encendido. Les daban el alto tres veces. Si a la tercera no levantaban las manos, los guardias disparaban.

No es que Irene tenga celos de mi silencio. Intenta desdramatizar los recuerdos diciéndome que en su tierra hay osos, lobos y cientos de pájaros, azafrán y amapolas después de las nevadas. También allí son largos los inviernos, hubo hambre después de la guerra y los niños jugaban tirando de las botas de los ahorcados.

Cada uno pasamos lo nuestro, pero yo me acuerdo, a medida que nos acercamos a la vega que hay antes de llegar a mi casa, de que por aquí íbamos a la escuela con las carteras colgadas y una toza en la mano. Ya no queda nada de aquella estampida de gente y de animales. Por las sendas bajaban caballerías cargadas de espliego, de leña, de hongos. La vereda era una película de vacas rojas y ovejas blancas. Lo que mejor recuerdo es el momento de poner el pie en las hojas de los árboles para ir a lavarme en el río, entre las rocas, apartando el hielo, era el comienzo de una aventura que duraba todo el día y daba tiempo para todo: para buscar lenguazas, para poner los lazos, para ir a la escuela y para ver cómo parían las vacas.

No veo a casi nadie en las cercanías de mi aldea. En aquel tiempo había segadores, carreteros, leñadores, tartanas de gitanos, ganados, sobre todo en la vereda. Pero hay algo que me recuerda al pasado: un hombre anciano con tapabocas.

Les voy contando a Irene y a Esteban:

—En el momento de la retirada de nuestra partida, que era en realidad una rendición, íbamos con tapabocas.

—¿No se veían las caras?

—No sabíamos quiénes éramos. A lo largo de la caminata, nos contamos muchas veces para ver si seguíamos todos. Pronto nos dimos cuenta de que faltaba uno de los comandantes: Gafitas.

—Creo que Bernardino era un auténtico combatiente del monte —interrumpe Esteban—, el nombre mismo del luchador, *maquis* ,en francés significa «*monte bajo, denso e intrincado*».

—Así lo creo yo. Bernardino era un auténtico huido y vivía en rebeldía. Pero él

no se oponía con la pistola al sistema porque no tenía ni idea de lo que era el sistema.

—¿Usted sí?

—Tampoco yo. Aunque los que vinieron de lejos me explicaron lo que estábamos haciendo. Nunca creí que Bernardino se enterara. No es que fuera tonto, no. Es que no tenía otra lógica que la del monte. No le entraban en la mollera las abstracciones.

—¿Por qué los del Partido de los Fusilados se echaron al monte?

—Al principio porque pensaron que los Aliados iban a hacer un desembarco. Los que habían combatido en la Resistencia intentaron la reconquista por los Pirineos. Primero fracasaron en el valle de Arán. Después, porque se equivocaron de estrategia.

—Algunos siguieron en el combate a pesar de la orden de evacuación.

—Tal vez Gafitas fue uno de ellos.

—Tal vez.

—¿Cree que el Partido de los Fusilados fue el que inició y retiró las partidas?

—No, las partidas surgieron espontáneamente al final de la guerra. Algunos huyeron por miedo a ser fusilados. Aunque realmente empezaron en la propia guerra. Las organizó Negrín, que era cangrejo, aunque rojo. Luego miles de combatientes pasaron la raya y fueron metidos en campos de concentración. Y ahí los organizó el Partido de los Fusilados para pelear en la Resistencia.

Vuelvo a recordar el silbo del capador, el botiquín de campaña, los descansos bajo los madroños y las sabinas. Regreso con la imaginación a la ratonera donde nos metieron y de la cual salimos casi todos.

—¿Qué hipótesis maneja —dice Esteban Estrabón— sobre el final de Gafitas?

—Tendríamos que encontrar el casco del soldado ario donde hacíamos café. Puede estar enterrado en la tierra.

—¿Llevaba un casco?

—Lo trajo Bazoka desde la estepa helada rusa y se lo regaló. Tal vez esté en los sótanos de los juzgados con los brazaletes de la partida o en algún cuartel de los iguales.

—¿Se movían con brújulas?

—Ellos, los que no eran de la sierra, llevaban mapas y se movían con brújulas. Nosotros no necesitábamos otra brújula que las estrellas, el río o el sol. Bernardino, el hijo del Capador, yo y algunos otros podíamos andar por el monte con los ojos cerrados.

—¿Qué es eso del catecismo del buen combatiente?

—¿También sabes eso? Con el catecismo del buen combatiente nos hicieron creer que había que andar más allá de las montañas, más allá de los confines del horizonte, y que en la montaña estaba el combate.

—Eso lo enseñaba Grande —insinúa Esteban.

—Grande nos daba clase y nos convencía de que la montaña, desde los tiempos

antiguos, representaba a los esclavos, a los parias, mientras que el llano era el lugar de los conservadores.

—Son las teorías de Grande, comandante de la partida.

—Exacto. No creía en otro camino que el que llevara a la victoria. No sentía culto o devoción por nadie, excepto por una doctrina omnipotente porque la consideraba exacta. Gafitas era más descreído, más desconfiado. Sonreía con malicia cuando Grande, el jefe de los jefes, nos decía bajo los pinos, en un descanso del bosque, al lado de una lumbre: «El marxismo es una ciencia completa y armónica; da a los hombres una concepción del mundo íntegra, irreconciliable con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión».

—Se le veía la experiencia, la destreza.

—Por supuesto. Se notaba que en la guerra había participado en el asalto a ciudades y había sacado los viejos cañones de las armerías. Presumía de no haber levantado jamás una bandera blanca. Nos decía: «El combatiente atrincherado no debe temer a nadie. Poco daño puede hacerte un tanque o una camioneta de los guardias al estar agazapado. No es ninguna cobardía tenderse en la batalla. Un buen combatiente administra bien su vida, pues solo el que vive puede seguir luchando». Gafitas asentía cuando el comandante nos contaba que el Partido de los Fusilados estaba en las estribaciones de la sierra. «Somos millones de puños que llegan hasta el fin del mundo».

*En el laberinto de recuerdos vuelvo a sentir el aroma de los cigarros de hebra, el sabor a tierra arenosa del chocolate. Irene comenta que las mariposas son muy bellas. Le digo a Irene:*

*—Aquí puedes encontrar orquídeas como mariposas que no volaran. Dijo Darwin que esa flor es más sensible al tacto que cualquier nervio del cuerpo humano.*

*Me reservo decirles que no solo viven mariposas sino cientos de escarabajos, arañas, larvas, moscas azules y moscas verdes que llegaban a los cadáveres de los burros después de que los buitres descubrieran la carroña. En el campo solo morían las vacas, los burros y las ovejas. Por eso, cuando empezó el tiroteo y llegaron los maquis y los batallones de picos, los insectos necrófagos vivieron muy felices: podían comer carne de hombre. Muchos años después, en el siglo XXI, llegaron a la sierra arqueólogos con cazamariposas para descubrir los huesos y las larvas de los cadáveres.*

La calavera con las tibias cruzadas, símbolo universal, es una de las primeras imágenes que yo recuerdo de mi niñez, allá en la central hidroeléctrica. «No tocar, peligro de muerte». Aún no sabía leer, pero ya entendía que no podía acercarme a los transformadores, mientras las máquinas y las turbinas estaban a toda marcha y comíamos en familia junto a la estufa resplandeciente.

Otro de los símbolos que tengo metido en el inconsciente es el de la víbora. Fue el primer aviso que me dieron: cuidado con la víbora. Se acercaba a nuestras alpargatas en la carretera buscando el calor de los camiones de la madera.

Les cuento:

—La víbora es sorda. Por eso, a veces las pisaban las ruedas de los coches.

Lo de la víbora me lo relató el Manco, soldado republicano, soldado rojo, excombatiente de la batalla de Teruel, que antes de alistarse había sido cabrero. El Manco me contaba cosas maravillosas mientras escupía y por el aire se notaba una ráfaga de sangre. Era, a pesar de que le habían arrancado un brazo en la guerra, hermano de todos los hombres del mundo. Me daba consejos prudentes mientras tomaba baños de sol bajo el cielo helado, en la mecedora; lo hacía para curarse la tuberculosis que cogió en el camino de vuelta desde las montañas, en las trincheras de nieve, de donde se evacuaban a los heridos y a los muertos con mulas.

Esteban Estrabón, el americano nieto de la Brigada Lincoln, tiene esa fascinación de los americanos liberales por la historia de España, que más que un encantamiento es un síndrome. Le fascina que nos enseñaran la asignatura de Marx entre las ardillas.

—Pues sí, amigo. Grande nos hablaba allí arriba más allá de la Hocecilla, en el campamento de Valdecabras, de Marx, de Platón, de Espartaco, de Tomás Moro, de Saint-Simon. Nos relataba el trabajo diario de los mineros, que consistía en cargar a las espaldas doscientas libras de mineral desde mil metros de profundidad, y vivían de pan y judías; hubieran vivido solo de pan, pero los patronos se dieron cuenta de que no podrían trabajar tanto si únicamente comían pan; por eso les obligaban a comer también judías, porque son ricas en fosfato de calcio.

—¿Qué le queda de ese sueño?

—Pesadillas. El sueño se ha disipado. Hemos salido del siglo de los campos de concentración, pero no hemos encontrado nada nuevo. Murió Stalin, aquel hombre de las botas largas al que Picasso le dibujaba flores y palomas. También los poetas más célebres de la tierra le dedicaban poemas al mariscal de la blusa blanca en los que decían: «Padre y camarada, que tu alma nos ilumine».

El viaje de la memoria tiene muchas bifurcaciones, ramales y precipicios. El río y el cielo siguen iluminándose con las culebrinas. Se oyen otra vez los tiros de los cazadores. Sus disparos siguen inquietándome. Me acuerdo de nuestra cabaña en la orilla del Paraná, donde no pesco, como aquí de niño, truchas, sino surubíes de ochenta kilos atigrados y toros de río, entre indios que apenas habían dejado de cazar

con flechas.

—¿Qué habrá sido de Bernardino? —insiste en el tema el americano.

—No lo sé.

Sin decirle nada voy recordando que a Bernardino lo contrataban los de la Mesta para embarcar las reses en la estación de Chillaron. Nunca iba a la ciudad, a pesar de estar tan cerca. Cuando tuve bici, en las épocas en las que se embarcaban las ovejas en los vagones, yo iba a verlo. Disfrutábamos de una vida de aventuras, entre tratantes de caballos, que solían ser gitanos, charlatanes, tipos duros que, sin embargo, cantaban cuando se emborrachaban y nos contaban historias de la trashumancia, de los gancheros, de los carreteros.

La cañada real y el río comunicaban la sierra con el mundo entero, pero Bernardino no traspasaba nunca los confines de su rodal. Sabía silbar, manejaba con precisión la navaja, curaba a los animales y tal vez no los distinguía de las personas.

Esteban espera y también la grabadora. Pienso en voz alta ante su ordenador:

—La mayoría de los que conocí solo son estiércol de los ababoles; muchos de ellos ni siquiera tienen una cruz de yeso, como los de la guerra. Hay muchos esqueletos perdidos en estos valles.

En la sesión de la tarde, desde la terraza del hostal, edificado en las riscas desde donde se ve allá abajo el río como una línea sacada del lapicero de dibujar, Esteban sigue metiéndome los dedos en la boca:

—¿Qué clase de formación tenían aquellos combatientes de las partidas?

—Unos —contesto— eran casi analfabetos; otros, intelectuales que vinieron de muy lejos.

No hay libros, ni tesis, ni historias que puedan explicar por qué, si vivíamos tranquila y pobremente en nuestras casas, en nuestras escuelas, tratando de vencer al hambre, de pronto, nos vimos envueltos en un interminable tiroteo.

—¿Por qué los españoles se odiaban tanto?

—Los españoles y los que no son españoles. La gente se odia, se mata y se persigue por ideas que les han metido en la conciencia otros que ni siquiera estaban seguros de ellas.

Me pide el americano que le hable de mi padre.

—Se llamaba Colás.

—¿Era creyente?

—No lo sé. Blasfemaba cuando se le escapaba la fuina. Sin embargo, hacía la señal de la cruz en el pan que iba a cortar y en caso de que se cayera un cantero, lo besaba. Nunca le vi en misa ni nos intentó aleccionar sobre religión.

—¿Estuvo con los rojos?

—Lo movilizaron en la guerra, pero se quedó en la central hidroeléctrica a la orden de los militares.

—¿Conoció a Gafitas y a Grande?

—Conoció a Gafitas en las madrigueras de los zorros que están cerca del puente de abajo. Iba con dos hombres más. Le preguntó por la caza. Y respondió que el zorro huele el hierro, y aunque se le ponga carne de conejo cerca de los cepos, no mete las patas. Le habló del animal más listo de todos, que se hace una bola y rula, se mete entre la cabra y el chivo, para separarlos, y entonces ataca al cabrito. Le preguntó que si había estado en la guerra. Contestó la verdad: «Nos dejaron en la central, pero movilizados». Algunos años más tarde, cuando Gafitas me dio clases de tiro, me dijo: «Tu padre era un buen hombre, un hombre inteligente. Un gran cazador. Nos ayudó sin saber siquiera quiénes éramos».

El mulato siempre se queda en el rastro de Gafitas y de Grande. Pregunta:

—¿Cuáles eran las diferencias políticas entre Grande y Gafitas?

—Para Gafitas todo el arte militar se basaba en la obediencia, mientras que para Grande, el objetivo era lograr que todo el pueblo se levantara en armas. Gafitas nos ponía el ejemplo de Julián Romero, que nació cerca de mi aldea y que acabó tuerto, sin una oreja, sin un brazo, pero siendo guardaespaldas de Felipe II. Él solo mató a los cinco que iban a asesinar al rey. Empezó de tamborcillo y llegó a maestre de campo. Peleó en la batalla de San Quintín y fue espía, arcabucero y espadachín. Al final, su viuda pidió al monarca que le devolviera los ocho mil ducados que había prestado de sus bolsillos a sus soldados hambrientos. Grande no estaba de acuerdo con ese modelo de soldado. No había que servir a ningún rey, sino a los trabajadores. Tampoco le gustaba el concepto de heroísmo que nos quería inculcar Gafitas. Aseguraba que el culto al héroe y a la muerte no estaba en el programa del Partido de los Fusilados. Gafitas seguía contándonos, en la lumbre, mientras se asaban las patatas y hervía el puchero, que Julián Romero había sido un verdadero soldado, hasta el punto de que fue pintado por el Greco y se hicieron poemas sobre él. Pero ¿qué tenían que ver los electricistas con los soldados? Gafitas reconoció que habían metido en un gran lío a los obreros de la central, que les habían hecho difícil la vida solo con su presencia. Tan difícil les hicieron la vida que no queda nadie de los que ponían en marcha las turbinas, los mismos que sacaban los juncos de la presa con largas palas y arreglaban los postes de la luz.

Esteban Estrabón se interesa por mi familia y me pregunta si voy a ir a visitarlos. Contesto:

—No queda nadie; acaso habrá sobrevivido algún primo lejano. Todos mis hermanos se fueron, sin mirar atrás, a buscarse la vida en las ciudades. La presencia de las partidas fue el inicio de la destrucción de mi familia. No tengo otra familia que Irene.

Ella aguanta en silencio mi mirada perdida, mis largos ensimismamientos, mientras hace fotografías de los tolmos y hasta de las nubes moradas que iluminan

toda la ribera. Está fascinada por la tarde, por las águilas que cruzan el cielo, y no deja de repetir que es muy hermoso el valle.

# V

# RÍO ROJO.

Dejamos la sierra durante cuarenta y ocho horas. Esteban Estrabón se pierde en las hemerotecas y en los anaqueles de la biblioteca de la ciudad. Irene y yo nos desplazamos a París y después a Aubervilliers. París: aquella comedia musical de mayo. La fascinación del comunismo de café. Muchos años después de haber vivido en esta ciudad vuelvo a ella. Irene y yo comemos en un *bistró*.

Busco a un hombre al que llamaban Bazoka, es uno de los del retrato a tinta china, uno de aquellos vagabundos del fusil que no fijaron nunca un domicilio. Lo encuentro, guiado por los informes que me han dado viejos amigos, en el hospital de la seguridad social, a las afueras de París. Decrépito, amarillento, tiene la muerte ante sus ojos. En su cuerpo quedan las huellas de algunos balazos. En la UVI le han puesto las condecoraciones de la agonía: cordones que terminan en bolsas de sangre, mierda y orina, oxígeno y papilla blanca en la cabecera de la cama.

Nadie supo nunca su lugar de nacimiento, ni su dirección postal, ni su verdadero nombre, como tampoco se supo el de Gafitas, ni el de tantos otros que, al ser abatidos, daban el último recado para una mujer o una localidad. No fue un topo, sino un camaleón. Durante su vida se disfrazó del entorno. Aprendió topografía en las academias de la nieve y siempre actuó como un irregular. Como Guardaespaldas o Sidecar, como Gafitas, tuvo cien apodos en los penosos libros de las fronteras.

El camaleón es un león de tierra, con ojos de reptil y extremidades ágiles. Este animal silvestre aparecía entre los juncos como una gama de frecuencia. No siempre los héroes zapadores, los que vuelan puentes, los que se abren paso con el fusil ametrallador, mueren jóvenes. Bazoka quiso apurar su juventud. Nunca pretendió llegar a viejo. Lo hizo todo para tener una existencia corta, pero intensa. Sin embargo, se está muriendo en el hospital con otros viejos como él. Es un jubilado

más chupando el gota a gota. Mira por los cristales como si esperara ver una bandada de perdices. Conoce los lugares y el tiempo que vivimos en los últimos días de las partidas. Cuando estábamos preparando este proyecto, tuve la inmensa suerte de saber el paradero de Bazoka. Me informaron de sus últimos movimientos y residencias unos reporteros franceses que le habían entrevistado para la televisión.

La UVT no es el lugar de las sombras. Hay un reloj para que no se desorienten los pacientes que no saben distinguir el día de la noche, la mañana de la tarde, pero Bazoka, atado por los tubos, sabe que se está apagando como un candil sin aceite.

Bazoka me reconoce. Por su conversación confirmo que no se le ha ido la cabeza. Le pregunto por su enfermedad, por sus nietos.

—Los tengo de varios países, hablan diferentes idiomas. Uno habla árabe.

—¿También estuviste en el continente negro?

—Estuve.

—¿Antes de estar en la serranía?

—Antes.

—¿Hubo fuerzas más allá del Estrecho?

—Claro, nos preparaban para un desembarco por el sur. Allí nos dejamos cientos de vidas. Luego me dieron la orden de ir a la serranía. Nos dieron la información de que el mariscal enviaría aviones con paracaidistas para empezar la reconquista.

—¿El mariscal de la viruela?

—No el mariscal de la parte de acá. El máximo dirigente del Partido.

—Primero luchaste en la Resistencia.

—Claro. El número de españoles que pelearon en la Resistencia fue de cerca de diez mil. Luego el Partido organizó a unos tres mil para invadir España por los Pirineos. Nosotros teníamos algo que no tenía nadie: la fe en el Partido, más fuerte que la fe en Dios. Creíamos que la historia estaba de nuestra parte. Y además siempre confiamos en nuestros amigos de la Estrella Polar.

Cuando se le acaba un discurso que sabe de memoria, empieza a contestar con monosílabos. Le digo:

—No desconfíes de mí. Nunca te he hecho una putada.

—Pues sí, estuve antes en el desembarco de las partidas que llegaron desde el otro lado del Estrecho. Me he pasado la vida pegando tiros. También allí se quedaron muchos huesos. También fracasamos y eso que algunos habíamos peleado en el Batallón de Acero.

—¿El Batallón de los Poetas?

—No, ése era el del Talento; el nuestro era el de Acero. Lo fundaron en un convento. Yo entonces era casi un chico. Cantábamos aquello de

*¡Las compañías de Acero,*
*cantando, a la muerte van!*

*Su temple es duro y es fiero:*
*tienen el aire de guerrero*
*y valiente el ademán.*
*¡En el crisol de ese acero,*
*se funden en un afán,*
*el proletario, el obrero,*
*el arisco guerrillero*
*y el invicto capitán!*
*¡Las compañías de Acero*
*son de acero, y triunfarán!*

—¿Qué hicisteis con Gafitas?

—Eso que te lo diga Grande.

—No me llevé bien con Grande nunca. Además, ha muerto.

No me ha oído.

—Claro, fuiste un disidente.

—Me pasó por encima el aparato y sobreviví. No me expulsaron: me fui antes. Yo ya era un apátrida, así que tuve que seguir escondiéndome por las aduanas. Tú aguantaste, yo no. No era nadie, por eso no me persiguieron, como a otros.

—Quien se opone al aparato es aniquilado, como si se suicidara.

—Así es. Me quedé sin amigos, sin compañeros. Solo me siguió una mujer, a la que también declararon disidente. Tuvimos que echar a andar en la oscuridad.

—Yo nunca te negué.

—Tú no, por eso vengo a verte. No quise hablar nunca con Grande.

—Pues él era el responsable de la retirada. El único que sabe lo que ocurrió.

—Él tenía la versión oficial, ésa no me interesa.

—Grande anduvo en esas organizaciones de la Memoria.

—La memoria será mejor perderla.

—Grande se pasó los últimos años de su vida buscando quijadas, rodeado de arqueólogos.

—Coño, siempre fue un hombre fiel, nunca se desviaba.

—Disciplinado hasta el final.

—Casi no me lo creo. Grande buscando calaveras.

—Quemábamos las calaveras y ellos también.

—Quemábamos a los chivatos, a los traidores.

—Y a los que no eran fieles.

—¿Vas a confesarme?

—No, todo ha pasado, pero tú sabes que apiolamos a gente que no seguía el pentagrama.

—Grande estuvo en la organización de la Memoria. Qué cosas hay que oír.

—Guió a los arqueólogos por las cunetas y los camposantos. Y a los historiadores, a los forenses y a los voluntarios.

—¿Cómo lo hacen?

—Hurgan en las fosas. Utilizan el ADN. Buscan huesos como si fueran mariposas.

—Pues trabajo tienen, hemos ido dejando una hilera. Me extraña que Grande buscara muertos. No era su estilo. Si buscan, encontrarán huesos de todos. Además, me suena a esas cosas que hacían los curas, que convertían las iglesias en almacén de calaveras, enterraban a los obispos debajo de donde se decía misa y había que tapar el mal olor con incienso.

—Hablas de Grande con ironía.

—Pero le seguí con los ojos cerrados como esos locos que cruzan por un cable las distancias entre rascacielos. Respeto a Grande, pero no me lo imagino buscando huesos. Ya te digo: eso me parece una costumbre de curas.

Su frente, antes dura y bronceada, ahora está amarilla. Los brazos fuertes, asaeteados de agujas y morados, pero tiene esa extraña lucidez que a veces acompaña al moribundo en sus últimos resuellos. La mirada es la misma, burlona y fría, mirada nueve largo, un tanto desconfiada, ajena a cualquier conversación. Siempre parecía estar de paso, participaba en las conversaciones a desgana, aunque escuchaba con muchísima atención. Lo recuerdo metido en el saco de dormir, al lado de la dinamo o guisando en el hornillo de gasolina o vigilando a la pareja desde los pasillos de las riscas. Le digo:

—Grande no formaba parte del equipo de rescate.

—Chorra —contesta—, ni yo tampoco, pero él fue el encargado de sacarnos de allí y de llevarnos hasta la frontera, como llevan los pastores a las ovejas por la vereda: contándolas.

—Él notaría que faltaba una.

—No recuerdo.

—Faltaba la oveja negra.

—Grande era el jefe.

—Gafitas quedó en la sierra.

—Quieres saber qué fue de Gafitas, pero yo nunca me fié de Gafitas, no supe nunca quién era.

—Te lo recuerdo: tenía un par de cojones.

—Eso es verdad. Pero llevaba su propia brújula.

—Estaba en la pelea.

—Las órdenes —continúa Bazoka— eran sacarnos del pinar después del asalto al campamento más importante, donde cayeron como peces en un pozo cuando estalla la dinamita.

—¿Por qué nos evacuaron?

—Ya no teníamos salida.

—Sí, la teníamos.

—Estábamos rodeados, querían salvarnos el pellejo. Pero insisto, Grande no era del equipo de rescate. Nunca se ha explicado esa acción porque se realizó en plena clandestinidad. Muchos han muerto, incluso ya faltan algunos de los siete que vinieron a rescatarnos. Parecían borrachos. Las riscas les producían vértigo, además del mareo que ya traían de haber navegado, porque la primera parte de la operación se hizo por mar. Tuvieron que esconder los fusiles ametralladores en una viña de uvas moscatel porque no podían con los macutos: una metralleta, dos granadas, trescientos cartuchos, más un fusil ametrallador y una dinamo con pilas de repuesto.

—¿La orden de cargarse a Gafitas vino de la Dirección? —le pregunto.

—Yo no sé nada.

—No quieres recordar.

—Todo lo que se hacía se consultaba con la Dirección. Recibían todos los días mensajes de radio y daban las órdenes. No me jodas, que estoy muy mal. Si quieres que te diga la verdad, sigo sin fiarme de nadie. Solo me fiaba de mi pistola. Pienso que había espías de todas partes. Por eso nuestra partida siempre permanecía intacta. Si me cuentan ahora que Gafitas era un enviado de la Orquesta Roja, me lo creo. Si me lo dicen de Grande, también me lo creo. Creo que la Orquesta Roja llegó a hacer dobles, a clonar a los agentes como luego hicieron con las ovejas.

—¿Tú sospechas que Gafitas fuera espía?

—Tal vez había muchos Gafitas, tal vez el que conocimos no era más que una copia. Pero lo que te puedo asegurar es que solo hubo un Bazoka y que no tenía otra obediencia que la de sus santos cojones.

—¿Piensas que se lo cepillaron porque descubrieron que era agente secreto?

—No, eso no, después de una guerra en la que se daba el nombre de la santa madre estepa a las avenidas, todos éramos agentes secretos.

Yo me tengo que ir al otro barrio con algunos secretos.

—Grande desconfiaba de mí.

—Todos desconfiamos de todos. Ten en cuenta que nunca íbamos por carreteras o por caminos trillados, ni podíamos pasar el río por los puentes. Hubiera sido peligroso; teníamos que cruzar a nado, con el agua hasta las pelotas.

Sin la desconfianza no hubiéramos salido de la ratonera. Pero Grande no solo era astuto y desconfiado como un campesino. Llevaba la suspicacia a un extremo inaguantable. En nombre de la seguridad nos cacheaba con la mirada profunda. Leía nuestra mente.

Tengo que responderme a una pregunta: por qué elijo para hablar y preguntar a Bazoka, experto en explosivos, y nunca pensé en Grande, el jefe de las partidas, el

que, según la versión oficial, rescató a los últimos combatientes vivos. Por qué cruzo los infinitos corredores del hospital en pleno tráfico de moribundos para llegar hasta un anciano solo, entubado, que espera la hora final; por qué no fui antes a ver al responsable de la verdad. Tal vez porque pienso que Bazoka es persona. Es decir, auténtico, verdadero, seguro, puro, y aunque Grande también era un hombre cabal, nunca se salía de la orquesta. En sus últimos días aparecía incluso en la televisión; iba contando la vida de las cuadrillas, nuestra vida, como un cuento de hadas, o ni siquiera como un cuento de hadas, porque no seguía aquella costumbre de convertir en mito las historias. Presidía comités y procuraba no salirse de la versión oficial, que a su vez ocultaba hechos y tapaba los huesos que fingía querer hallar.

Hubo años de silencio, años de olvido, años de medias verdades. Pero lo cierto es que ninguno de los que sobrevivieron en aquellos vallejos donde los pájaros cantan como locos, en el inmenso pinar donde solo se veían pastores, forestales o colmeneros valencianos con alpargatas de fantasía, se reconocía en los relatos oficiales. En los primeros años se les recibía con flores, muchachas hermosas en las ciudades extranjeras; luego no hubo nada más que un largo silencio, un mutismo extraño, incluso en las naciones del exilio donde los antiguos luchadores trabajaban en las fábricas y vivían una nueva clandestinidad.

—Eso que te lo diga Grande.

—Grande no me lo va a decir porque ya no está y yo no pertenecía a la organización, y sobre todo, porque ni a mí ni a nadie podía contarse todo lo que pasó, ni por qué pasó, ni quién fue responsable de la evacuación, ni por qué a Gafitas no se le vio nunca más, ni por qué, si se contaron todos los supervivientes, uno a uno, no notaron que faltaba el más importante, uno de los más importantes. Yo tengo una sospecha, Bazoka. Te lo digo ahora, cuando tal vez nos veamos por última vez. Gafitas era muy inteligente y sabía que, si lograba llegar en el equipo de rescate, lo iban a humillar como hicieron con nosotros.

—En eso tienes razón —reconoce Bazoka—. Nos trataron como a kapos, a traidores.

—No, a ti no, Bazoka —le digo—, ni tampoco a Grande. A nosotros sí. Como a kapos, como a escoria. Dejamos atrás el monte, pasamos dificultades y, cuando llegamos adónde creíamos que estábamos a salvo, enseguida echamos de menos el oxígeno y la libertad de la sierra. Ni siquiera nos querían dar el certificado de refugiados políticos. Ellos dieron la orden de evacuación, pero hubieran preferido que nos acribillaran en el monte. Tú lo sabes bien, Bazoka, los de las partidas no éramos de fiar, podíamos ser espías, o renegados de las contrapartidas.

—Recuerdo lo que les dijo a los de la Dirección un muchacho muy bruto cuando le preguntaron por qué había salido del monte y había llegado hasta el exilio: «Hemos venido para que vosotros nos relevéis; hemos venido a traeros los fusiles

engrasados».

Todo había cambiado. Nadie es igual en la vejez que en la juventud, ni siquiera somos el mismo hoy que ayer. Grande no cambió nunca, desde los dieciocho años fue solvente, fiel, seguro, indestructible. Todos fuimos dudando. Solo él permaneció leal a sus ideales adolescentes, cuando pegó el primer tiro. Tampoco espero que me lo cuente todo Bazoka, que estuvo pringado en la evacuación. No fue uno de los siete enviados de arriba, pero para Bazoka, Sidecar, uno de los que nos rescataron, era su otro yo, una vida paralela. Los dos volvieron de combatir en la estepa, los dos habían sobrevivido a los campos de concentración. Sabían preparar los cartuchos de dinamita como si liaran cigarrillos. Sabían guisar en el casco de hierro del soldado unas patatas en caldo. Habían sobrevivido a los treinta grados bajo cero y, sobre todo, a las purgas lejanas y cercanas, tal vez porque, en vez de discutir de saltos cualitativos, destruían objetivos. Los dos, Bazoka y Sidecar, pertenecen a una raza que se ha extinguido: la de aquellos hombres que se jugaron la vida por ideas que no se han demostrado después ni científicas, ni siquiera posibles. Hombres avezados en la lucha clandestina, de muchas identidades y biografías.

Bazoka mira hacia atrás con resignación y sin arrepentimiento.

—Los dirigentes refugiados estaban impacientes y no se acordaban de los que habían muerto en los campos de concentración. El derrumbe del poder en el interior les parecía fácil, cercano. Teníamos una visión equivocada de lo que estaba ocurriendo. Creíamos que nos esperarían con los brazos abiertos. Pero la gente no nos hacía caso, y si nos lo hacían era por miedo, no por amistad. Enseguida vimos que la batalla estaba perdida.

Le digo para comprobar si recordaba quién era yo:

—Me fié más de ti que de Grande. Me llevaste de putas la primera vez. Además, fuimos al cine, a ver una película de John Wayne.

—*Río Rojo*, con John Wayne y Montgomery Clift —precisa.

—Llegamos en un camión y lo cogimos como si fuera un taxi.

—Venía con nosotros el que follaba borriquitas.

—Se llamaba Bernardino. Se ocupó con una señora rubia que cojeaba, muy aseada. Cuando terminó y nos fuimos en el mismo camión, con el mismo camionero, es cuando dijo que el sexo le olía a lejía. Pagaste con dinero nuevo, porque el viejo ya no valía. Total, cuarenta y cinco monedas y diez de propina. No nos cobraron ni la mistela ni el coñac del camionero.

—¿Y qué fue de Bernardino?

—No se vino con nosotros, se quedó en el monte, donde siempre había vivido.

—También faltaba en la lista.

—Pero casi nadie lo echó en falta.

—Bernardino, aquel bigardo, un ser silvestre y huraño pero leal como un perro,

de una fidelidad de resinero, flaquísimo, de ojos sombríos, ojos perdidos. ¿Se quedó emboscado? —me pregunta.

—Nadie le convenció nunca de nada, a nadie obedeció, no se creó ninguna bola.

Entonces el viejo Bazoka dice algo misterioso:

—Algo ocurrió que desconocemos. ¿Por qué fueron cayendo, una a una, todas las partidas y la nuestra siguió? Era como si alguien nos hubiera protegido. —Después de unos segundos en silencio, continúa—: Le he dado muchas vueltas a la cabeza y no he llegado a conclusión alguna. Nosotros volvimos sanos y salvos, mientras que los demás se quedaron en los cementerios.

Bernardino no huyó al monte, estaba siempre en él, y siempre estará. Ahora mismo me estará viendo cómo me acerco a la aldea en compañía de una mujer rubia. Siempre estuvo en guardia contra todo. No manejaba la pistola, sino la navaja. Nunca pudo entender eso de la ideología o de la religión, para él la vida era pura resistencia. Nunca fue un corazón desengañado porque nadie le engañó nunca. Nada se creyó de los catecismos. Ni el pensamiento ni la especulación eran lo suyo. Por eso no lo *cazaron* nunca. Siempre se escapaba como el gavilán.

Bernardino nunca había salido del monte. Ni siquiera había ido a tirar cohetes en las fiestas del Santo Cristo, ni había sido, como yo, ángel en la procesión de moros y cristianos. No sabía leer. Era un animal más de la sierra. Cuando cruzamos la ciudad por vez primera, él se hipnotizó ante la estatua de un pastor que se alzaba en la calle principal. Luego la cambiaron de allí y la llevaron a las hoces. Jamás se me olvidará cómo Bernardino se quedó clavado ante el bronce. Nunca había visto un cine, y no le extrañó el cine. Nunca había visto una mujer, y no se escandalizó cuando la señora rubia coja se lo llevó para arriba a ocuparse y pidió una palangana. Lo que a Bernardino lo dejó clavado en mitad de la calle fue el bronce del serrano seco y duro, nacido en los mismos parajes de donde procedíamos, al lado de una oveja también de metal. Subimos hasta cerca de la catedral. Pasamos por el edificio de la Audiencia, donde empapelaban a algunos de la partida a los que no mataban, y lo único que le llamó la atención fue el pastor. A mí todo lo contrario, lo que me iluminó como una aparición fue ver cómo aquella gitana se quitaba el vestido y se quedaba desnuda. No digo que no sea un hijo de puta. Sé lo que es disparar una pistola contra alguien, pero jamás he matado a una mujer.

Aquel primer momento lo recuerdo como un *striptease* para mí solo, entre el revoloteo de las campanas del congreso de la Virgen y el miedo a que llegaran en ese instante los guardias. La recuerdo como una de las más bellas obras de la naturaleza. Me sentí feliz, y ahora, cuando aún lo recuerdo, no lo veo como algo real, sino como un cuento, una fábula. Siempre he visto el cuerpo desnudo de una mujer como un enigma, como un premio inmerecido. Antes de la pulsión sexual, del deseo, lo que me asombraba era la maravilla del desnudo. El deleite, para mí, estaba unido a una

curiosidad infantil: los lunares, el talle, el hechizo de los movimientos, su voz ronca de cantaora, sus líneas de manzana dorada.

Las dos casas de putas estaban en el mismo barrio, entre los conventos, sobre los ríos. Desde la ventana veía el lejano horizonte de mi aldea en una tarde morada. «¿Qué tal la yegua?», me preguntó Bazoka. Me extrañó que un hombre con tantos viajes y de tan buen trato con las mujeres llamara yegua a la granadina. Me explicó que yegua significa puta.

Maté a hombres, los vi morir, di vueltas por muchas ciudades, participé en acciones desesperadas, sentí el oscuro sabor del miedo, pero nunca he vivido una aventura, una y otra vez, la primera y la última vez, como la de ver que una mujer se desnuda ante mí o para mí. Me parece un prodigio. Es la mayor aventura que he podido protagonizar.

Aquella gitana tenía la piel tan suave como las plumas de la paloma, las tetas tan fragantes como un racimo de uvas —tal vez porque estaba preñada—, los muslos luminosos y los ojos verdes y jóvenes como una dolorosa golfa. Era una rosa en medio de la oscuridad de la tarde. Me hubiera gustado volver a verla en la ciudad, en la suya o en cualquier parte. Me hubiera gustado escribirle una carta, porque fue tan emocionante el encuentro que pocas veces he sentido tanto placer.

Era muy importante que Bernardino, que hasta entonces había practicado el bestialismo, se acostara con una mujer, aunque Bazoka le quitaba importancia a lo de follar con animales. Me contaba que la mayor parte de los dioses adoptaban forma animal para acostarse con hombres.

# VI

# LAS MULAS LLEVABAN GUIRNALDAS DE FLORES

Llevamos hablando un buen rato en la UVI, Bazoka y yo, con el objetivo de saber qué había hecho el equipo de rescate con Gafitas, cuando un médico mulato me dice que no puedo estar allí ni un minuto más. Pero Bazoka, que goza de la simpatía de las enfermeras, insiste en que estábamos hablando de su propia vida, que son sus últimas palabras, y el mulato hace una seña a la enfermera para que le permita que yo siga en la UVI.

De pronto, inesperadamente, Bazoka pregunta:

—¿Bernardino llegó contigo al Pedrón, donde teníamos el campamento? ¿De dónde coño salió aquel tipo silvestre?

—Bernardino ya estaba allí, os seguía los pasos, pero nunca lo veíais.

—¿Erais cuatro de aquella sierra?

—Tres.

—Uno eras tú.

—El hijo de Colás.

—Dos, Bernardino.

—El de la navaja.

—Tres, el hijo del Capador.

—Exacto.

—¿No había otro?

—Sí, era Eladio, el de la honda, pero ése era el traidor, estaba en contacto con la brigadilla.

Cuatro muchachos vigilados por la lechuza cuando la serranía no era lo que es hoy. Desde entonces han desaparecido millones de abejas y hasta setecientas especies

de mariposas.

Bazoka nos recuerda a los tres y al traidor.

—Erais gente brava.

—Ya sabes lo que se decía: que los niños de esa sierra se habían alimentado durante siglos con leche y sangre que mamaban en botijos de arcilla en forma de torito.

—Sí, recuerdo lo de los biberones de arcilla.

Se refiere Bazoka al momento en el que nos incorporamos a las partidas, cuando mataron a mi padre y al Capador, cuando Bernardino, el hijo del Capador y yo, además de Eladio, nos unimos a los hombres armados del monte, entre los que estaba Bazoka.

—¿Conocías desde siempre a Bernardino? —me pregunta.

—Yo lo conocí mucho antes que a ti. Éramos del mismo sitio.

—¿Nunca había salido de la sierra?

—Nunca.

—¿Cómo que no? ¿No estuvimos juntos en la ciudad?

—Seguramente no pisó la ciudad más que aquella vez que fuimos a la casa de putas.

—¿No fue a la escuela?

—Los hombres del monte le enseñaron a leer. Bernardino no fue a la escuela nunca. Vivía en la casilla de su padre resinero. Su madre murió en el parto. Nunca perteneció a nada ni a nadie. Nació en la cresta de la montaña, ahí se crió. Ahí seguirá, si es que no ha muerto. Bernardino tuvo la suerte de no asistir a aquella escuela del pueblo donde nos ponían de rodillas.

Bazoka tiene recuerdos insólitos. Dice, de pronto:

—Una de las cosas que más me extrañó de él era que siempre iba muy bien peinado. Se arreglaba el pelo con un peine que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón.

—Bernardino —completo el retrato de mi amigo— una vez se folló una borrucha, y, aunque después hizo cosas sonadas, lo de la borriquita era lo que más se recordaba de él.

—Cuando Bernardino se juntó con nosotros, sabíamos lo del bestialismo, pero ahí Gafitas, aunque era tan dogmático, tan curilla, tuvo un arranque de humanismo. Dijo que en las montañas los actos de bestialismo eran normales desde siempre. Contó que los curas en los tiempos antiguos quemaban al que practicaba el acto contra natura, así lo llamaban, y quemaban también a la burra. Conocía párrafos de la Biblia en los que se ordenaba que mataran a quien entrara en coito con un jumento. Nos relató cómo Bernardino llevaba una vida que no valía un real, trabajando por la ribera de sol a sol con resineros y leñadores, embarcando las reses en la estación de Chillaron, y

que lo que había hecho era lo que hacían desde siempre los gañanes, los mozos de mula y los cabreros con las ovejas, con las gallinas y con las burras.

Fuimos Bazoka, Bernardino y yo por vez primera, y tal vez última, a la ciudad. Mujeres enlutadas, mujeres de gobernadores y alcaldes con mantillas, las nubes amenazantes, nubes rosas y violetas, relámpagos que salían del río, las golondrinas locas que planeaban cerca de la virgen negra, de las cruces y de las patenas, mujeres de luto, pálidas y flacas como sardinas arenques. Volvimos a recordar en el hospital a los viejos que no iban a la procesión y que partían las plazas con sus garrotas, el camino por los conventos y las casas con escudos y lagartijas, la risa en cascadas de Bernardino, sus ojos de serena crueldad. La ciudad olía a café y a incienso. Estábamos cerca de las montañas como gigantes coronados de enebro, y allí, en la ciudad, solo había geranios en las altísimas ventanas y cipreses en la puerta de la inclusa. Volvimos a recordar al camionero muerto de miedo que nos llevó a la ciudad y nos esperó tomando coñac en la mesa camilla donde había un brasero. Las carreteras de la sierra adornadas con arcos de tomillos y flores. La explanada de San Antón, cerca del río, estaba repleta de mujeres, hombres, niños, curas, canónigos, guardias y enfermos que habían llegado en camionetas o caballerías al congreso del Sagrado Corazón de María. Sacaron, tambaleándose, a la virgen de piedra negra con el niño en brazos, la virgen que con un candil alumbró al rey para la conquista de la ciudad. La virgen negra, que con su luz disipaba la sombra del pecado, era la reina del día mientras nosotros nos entregábamos al pecado.

Las plegarias del puente y de la explanada, los cánticos litúrgicos y los cohetes llegaban por las ventanas hasta la casa en la que estábamos. Tal vez por eso, desde entonces, siempre que observo un acto piadoso, me acuerdo de aquella señora con el pelo cardado que me pidió, justamente, que no la despeinara; aquella señora gitana que me lavó el miembro en una palangana blanca con bolladuras negras.

—Las mulas llevaban guirnaldas de flores —le digo.

—Ya lo creo, lo recuerdo como si fuera hoy. Y solo iba armado yo. Vosotros aún erais alevines.

Ahí se equivoca: mi amigo Bernardino siempre llevaba la navaja en el sobaco. Cuando estuvimos en la partida jamás disparó la metralleta o la pistola, pero era una fiera con la navaja. Para él, el monte era un sitio donde esconder y contraatacar y la navaja, su arma.

—Sí, no llevábamos armas, ni un real. Recuerdo que pagaste tú… —digo a Bazoka.

—Por supuesto, pagué yo.

—¿Y sabían los jefes que nos ibas a llevar de putas?

—Yo me escapaba de la vigilancia de Grande y de Gafitas. Es que los responsables eran como curas.

—Nos dijiste que era una casa de niñas y las mujeres eran mayores.

—Pero tenían sus papeles de puta. Pasaban cada semana los reconocimientos médicos.

Recuerda, como yo, los carros, las flores y la gente. Bazoka, Bernardino y yo esperamos en la choza de la viña de Juan a que llegara el camión a la curva. Entonces él le echó el alto y se paró el camión. No dijo, como otras veces: «Viva la República», sino «Llévanos de putas, camarada». Le habló al oído, metiéndole el nueve largo en los riñones. «Da la vuelta. Vamos a la ciudad».

El camionero que se dirigía a cargar troncos, sacó antes una bota que llevaba y nos la ofreció. Luego siguió un poco más allá de la curva y puso el camión mirando al revés. Nosotros, Bernardino y yo, nos subimos detrás tapados con mantas porque hacía mucho frío. Tardamos menos de media hora, a pesar de que por la carretera bajaban jarotes con burros cargados de leña y gentes andando o en coches que iban al congreso mariano. El camión paró en el número catorce de una casa del barrio de San Antón, encima del río que bajaba turbio. Bazoka saludó a la mujer que abrió la puerta. Bajaron tres chicas gruesas, muy pintadas. Una era gitana y estaba embarazada. Bazoka las trató como a señoras.

Uno no se olvida nunca de la primera vez que va de putas. Sobre todo si el que lo lleva es uno del que nunca se sabía de dónde venía ni adónde iba, un hombre sin nombre que nunca se separó de su pistola, estuviera en los ficus o en los arrozales.

Durante sus pasadas vidas, éste que ahora agoniza y blasfema por los dolores pisó con sus botas víboras hocicudas o culebritas ciegas, cruzó los ríos y las montañas, asesoró a barbudos, mató a amarillos que no le habían hecho nada y habló todos los idiomas de las guerras. Ahora el comandante desconocido se está muriendo. Rodeado por los tubos y mascarillas del hospital de la asistencia pública, espera la muerte como la esperan los esquimales, dejándose llevar. Por fin va a sacar la bandera blanca y se va a rendir. Bazoka, exiliado durante toda la vida, siempre arrimó el ombligo a la causa, pero no quiere hablar de Gafitas.

Insiste una y otra vez en que de eso no quiere hablar, que cumplía órdenes, que no formó parte del equipo de rescate, que la crítica y la sospecha son muy fáciles, pero había que sacar de allí a muchos hombres y estábamos rodeados. «Toda nuestra fuerza —dice entre gestos de dolor— se nos ha ido en discusiones».

Siempre me he preguntado por qué las reuniones eran tan largas. Ellos insistían en que sin disciplina no se va a ninguna parte.

—Nos traicionaron las estafetas —dice Bazoka como en sueños—, aquello había que terminarlo. No íbamos a ninguna parte. Nos mataban como a cochinos. Las cosas no salieron como habíamos pensado. Los puntos de apoyo estaban quemados. Los pastores y los resineros nos huían. Los depósitos de víveres se habían quedado vacíos. No ayudábamos al pueblo, sino todo lo contrario, comprometíamos a la gente,

muchos daban con sus huesos en la cárcel del castillo y, en realidad, las montañas estaban ya dominadas por los guardias.

Todo muy bien, Bazoka, pienso, aquello había que terminarlo. La Dirección quería salvarnos el pescuezo. Pero ¿qué pasó con Gafitas? ¿Por qué no se fue con el equipo de rescate? ¿Por qué nadie lo vio nunca? ¿No sabes si se fue solo o se lo llevaron los demonios? Fuiste el último en ver a Gafitas.

Lee mis pensamientos y dice:

—Tú no sabes lo que pasó. Primero los políticos se vistieron de sargentos, cuando desde el exilio pensaron que la resistencia de las montañas era lo correcto. Empezaron a comprar lanchas motoras para el desembarco. Pero después empezó la guerra fría. Vieron que no venían en ayuda los ejércitos vencedores y entonces cambiaron de táctica. No tenían ni puta idea de lo que pasaba en el interior. Pensaron que las acciones de los hombres armados habían alcanzado su techo. El de la guerrera y las botas de mariscal que fumaba en pipa les dijo que los de la partida debían ser destinados a proteger a los dirigentes del Partido de los Fusilados. Ya no era el momento del combate. Les dio medio millón de dólares, un abrazo y la orden de disolución. La Dirección planteó la conveniencia de la retirada y la disolución. Los jefes decidieron que, a la luz de un examen concreto de la realidad, el deber era ligarse a las masas. Perdía su razón la lucha de las partidas. Se decidió la disolución. En vez de luchar entre los pinos había que pelear entre los tranvías.

La operación de retirada fue muy difícil. Algunos no la aceptaron y siguieron en el monte. Fueron a rescatarnos a la sierra siete hombres, y la mayoría han muerto. Algunos sin una esquela, otros con el saludo de los periódicos de las pequeñas agrupaciones. Pero el jefe de la expedición era Sidecar, el de la victoria o la muerte, «Patria o Muerte, venceremos», el escalofrío del primer y el último salto en paracaídas, un hombre, tres cargadores. Jamás se sentaba de espaldas a la puerta. En realidad casi nunca se sentaba en ninguna parte. Siempre vivió al acecho. Incluso muchos años después, cuando ya no iba a las guerras ni llevaba dinamita en los bolsillos, cuando ya era un jubilado y vivía de las pensiones de los países en los que luchó, no se fiaba de nadie aunque hablaba con todo el mundo, como si quisiera averiguar algo de todas las personas con las que se encontraba. Le llamaban Sidecar porque iba en ese tipo de moto cuando tenía que adelantarse a los batallones para poner minas.

Cuando llegó el equipo de rescate a la sierra, estuve a su lado una mañana mientras hablaba con Grande, con Gafitas y otros mandos al lado de una lumbre de roble, tomando café. Yo estaba de vigía en lo alto de una roca gris. Si me hubieran interrogado, pocos datos me habrían sacado de él. Nunca le vi de cerca. Vi al radiotelegrafista, que nos dejaba escuchar los partidos de fútbol, y no solo la radio de los mensajes. Incluso hablé con el comisario político, que me hizo una serie de

preguntas sobre armamento y sobre nuestras familias, pero nunca cambié una palabra con Sidecar. Parece que, efectivamente, antes de subir a las montañas había llegado en barco, luego atravesó las viñas de moscatel, con los guardias siguiendo su rastro, y consiguió subir a los campamentos. No fue una tarea sencilla caminar cuarenta noches con cuarenta kilos a la espalda. El radiotelegrafista reconoció que tuvieron que asaltar algunas masías, para requisar gallinas, chorizos y perniles, aunque siempre pagaron los productos que se llevaron. De esa acción me habla Bazoka en la UVI. Solo al final de la conversación logro que diga algo que yo no sabía.

—¿Cuándo viste por última vez a Gafitas? —le pregunto.

—En la Fuente del Hueco, en aquellos días en los que se preparaba la retirada. Luego se lo tragaron las simas.

—¿Discutió con los que vinieron con el equipo del rescate?

—Gafitas siempre discutía y ya no se fiaban de él. No comprendió el cambio de línea. Quería seguir, sin darse cuenta de que ya no había manera de seguir con aquellas operaciones. Quiso continuar. Se habría muerto en un domicilio fijo.

Se lo tragaron las minas o se momificó en un chozo. Ni Bazoka ni nadie reclamó entonces los huesos de Gafitas. Pero me quedé con unas palabras misteriosas que balbuceó Bazoka antes de entrar en coma: «Fuente del Hueco, a la sombra de un tejo».

# VII

# LA PALABRA DEL PASADO.

Irene y yo volvemos de Francia. En el regreso a la sierra hemos perdido la pista del mulato. Comemos en el ventorro. Ella ha escuchado en la televisión que están buscando huesos por todas partes.

—Hablan de que a los comités no les dejan buscar las fosas anónimas —dice—. Acusan a los que mandan de querer enterrar el pasado.

—No es verdad —le contesto—. Han hecho leyes para la recuperación de los restos.

Le explico que eso de reclamar los cadáveres ocurrió muchos años más tarde, cuando los chicos que no habían matado ni un piojo empezaron a buscar los esqueletos de sus antepasados o de los que los habían matado. Pero el muerto al que yo buscaba no pertenecía a ningún bando.

—No, Irene, nadie reclamó nunca los huesos de Gafitas. Se lo tragó el olvido, la burocracia, la corrección. Tampoco hubieran reclamado los huesos de Bazoka, ni los míos, por supuesto. Nosotros, ya te lo dije, estábamos fuera de la estadística. Que busquen, que busquen, como si pudieran reunir las cenizas de los cuerpos que se quemaron.

Hasta unos días antes de iniciar este viaje tampoco sabía nada de Bazoka y ahora lo he encontrado. Volvieron los compañeros, nos rescataron a los supervivientes y él se fue a otra guerra. Muchos años después, cuando murió el hombre pequeñito de culo gordo y hubo amnistía, estuvo tentado de volver, pero se enteró de que a los compañeros que se habían chupado cuarenta años de exilio no les daban ni siquiera casa o una pensión de mierda. Bazoka dijo que iba a volver su puta madre, y que él no regresaría hasta que le pusieran un batallón con banda de música en la estación. Otros, que se resignaron y regresaron porque no podían aguantar la melancolía,

terminaron de chóferes de diputados, de guardaespaldas de jefes, de telefonistas o guardianes de los archivos. Los héroes sobraban. Se hablaba de olvido y de memoria con la misma hipocresía. En las conversaciones que tuve con algunos viejos compañeros, desperdigados en las ciudades del frío, nadie decía nada de Gafitas, que había sido junto a Grande el jefe casi legendario de la serranía.

La palabra del pasado era la palabra del oráculo, pero no todas las palabras o los hechos llegaban a los comités. Ya lo decía Gafitas antes de evaporarse: «Todos sueñan con dominar mediante las metralletas, desde la mesa de un café o de un comité. Como eso no es fácil, terminan recurriendo a la política». No todos los que lucharon antes o después habían muerto, pero vivían casi exiliados. Y el caso es que no había muchas vergüenzas que ocultar en un tiempo que no fue más que una sucesión de matanzas.

El inevitable Esteban vuelve, y con él la costumbre de beber y de hablar a la grabadora. Me pregunta por Bazoka.

—Estuve con él. Luego me contaron que murió a las pocas horas de dejarlo en Aubervilliers.

—¿Qué impresión le causó la última entrevista?

—Me dio algunas claves, pero fue disciplinado hasta el final.

—¿Bazoka era un dogmático?

—No. En el Partido de los Fusilados el dogmatismo dio paso a la democracia. En otros lugares la organización podía estar asociada a las purgas, a los ajustes de cuentas. Aquí no. Ya en aquellos años se hablaba de reconciliación y de olvido.

Muchos años después se activó la memoria. Dijeron que todo era para reparar olvidos y daños morales. Insistieron en leyes de espejos y cirios rotos, malvas y amapolas de cuneta, fuego fatuo. Decían que buscaban tumbas decentes para todos. No hay mármol para adornar tantos huesos.

Estamos almorzando en el ventorro. Algunos turistas que van a buscar los lugares encantados de la sierra comen ensalada y hongos. Ahí está el río que nace en un cerro con nombre de santo, a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, junto a afluentes que van solos al mar o al océano, según su capricho. Tal vez me engaño y en realidad he vuelto a mi tierra solo por el río. Para mí es algo que vive, el origen de mis sueños. Soy dependiente de esta fiera poderosa, que engaña con su apariencia de postal entre los olmos y los chopos y luego se desborda y mata todo lo que encuentra a su paso. Los hombres de la partida, que estaban fascinados por la electricidad y por el río, nos hablaron de los filósofos a la orilla del cauce.

Concretamente de Tales de Mileto, que hizo saltar chispas frotando una varilla de ámbar con un vestido de lana.

Canta una alondra, aunque no es su hora. Su hora es el alba, gorjea antes de los quiquiriquís. Cuando salimos del ventorro y llegamos al altillo que hay más allá del

pequeño pinar, vemos el caserío o aldea donde nací. Les digo:

—Nos ha recibido la alondra, aunque es un pájaro huidizo que no vuela para que no lo descubran, sino que camina o corre, no tan recto como las perdices. Luego se oculta entre las matas de espliego y los tomillos.

Es del color de la tierra y no se acerca demasiado al río, donde saltaban las pajaritas de la nieve y los grajos. Ahí está el río que dividía a los resineros de los pastores, el que habla y se enfurece. El que nos traía troncos. En la chopera nacían violetas, en las colinas, espliego que segábamos y acarreábamos hasta los alambiques. Más allá, en el pinar, crecían entre las agujas de yesca los níscalos que luego vendíamos con los conejos en el mercado.

Esteban Estrabón quiere que le dé más detalles de mi entrevista con Bazoka.

—Bazoka —le digo— pidió a la enfermera que le trajera una chaqueta que le habían guardado. Sacó del bolsillo una brújula y me la dio: «Con esta brújula —dijo — nos movimos en la sierra, y nos guió en la evacuación». La brújula, que según nos contaba Grande, fue el primer prodigio de la electricidad, basado en el magnetismo. «En la ciudad griega de Magnesia —contaba— se hallaron unas piedras que se atraían entre sí». El agua y la electricidad, para aquellos hombres que luchaban en la nieve, era el signo del progreso. Energía cinética, oí decir por primera vez. Ahora, tantos años después, me cuentan que un satélite vigila de día y de noche el río para prever las crecidas. «Son satélites de baja órbita», me dicen quitándole importancia. La noticia me engancha porque me acuerdo de cómo aquel hilo verde se convertía en una enorme serpiente, en un demonio.

Con mi mujer, Esteban, el coche, un mapa y la brújula que me dio Bazoka antes de morir, sigo por los caminos de la sierra y por el río, que sigue siendo verde, como entonces, aunque de pronto se achocolataba, crecía cuando el afloramiento del hielo, bajaba dando zarpazos a la noche por encima de nuestros sueños, de nuestros proyectos y se llevaba parte de los huertos, los melones, los espantapájaros y algunas ovejas que pastaban en la ribera.

El río de nuestra niñez era verde, pero de pronto se ponía furioso y mataba. Corría por nuestras venas. Era parte de nosotros. Pasaba el agua por nuestro sueño, el rumor era un somnífero natural. Pesca y agua para comer y para lavarse.

El río es lo que queda de mi familia, forma parte de mis afectos y me ha transmitido códigos de conducta que limitan los bordes de la conciencia. El trote y las crecidas del agua fueron aprovechados por las centrales hidroeléctricas después de sujetar las aguas bravas en embalses. En su primer tramo discurre por dolomías rojas, por gargantas de rocas y muelas inverosímiles. Ahora está poblado de piscifactorías, y en las centrales hay pocos empleados porque se han sustituido por ordenadores. Se celebran concursos de piraguas que parten de la central y llegan a la ciudad; los palistas llevan chaleco salvavidas para cruzar un río que, en otro tiempo, si no había

mucha riada, nosotros pasábamos nadando. En los vados recogíamos los gusanos para pescar truchas.

Otras veces, cabezotas, aunque las truchas, que también pasaban hambre, picaban incluso con el pan. Ahora los campeonatos de timón móvil los patrocinan las casas de refrescos. Rodeando la central está el bosque interminable, con su laberinto de piedras monstruosas, sus barcos de piedra sobre mares de madera y con las muelas cortadas por el cuchillo del tiempo durante siglos. En la hondura del valle discurre el río, verde, joven y pacífico. No parece que sea el mismo de las atroces riadas, cuando se lleva todo lo que encuentra en las riberas y se escapa por las vegas.

No me encuentro por el camino ni una tartana de gitanos, con sus caballerías atadas detrás, ni veo los alambiques del espliego o del aguardiente, ni buhoneros, ni guardias, ni tratantes, ni predicadores. Se oye el silbo de los mirlos y me los imagino haciendo los nidos como suelen, en forma de taza.

Cuando nos acercamos con el coche, desde la carretera de la ciudad al carril que va al salto, veo dos casas: la de Angustias y la de Mala Leche, arriba, en el verdín de los Castillejos, cuyas últimas riscas se juntan con las nubes. Compruebo que todo ha cambiado en el mundo menos la aldea donde nací y el pueblo donde iba a la escuela. Se ven menos cabríos. En las dos casillas hay antenas de televisión y no está tumbado a la sombra de la parra de Angustias el gorrino de san Antón. El animal recorría el mismo camino que nosotros cuando íbamos a la escuela y vivía de la caridad y de las sobras. Era un cochino vagabundo, pero al final de la caminata se refugiaba en la puerta de la casa de Angustias, la bruja.

Nosotros éramos cochinillos de san Antón. Vivíamos hocicando y corriendo de casa en casa. Vagabundeábamos en invierno y en verano. También nos daban comida las vecinas; pero nos diferenciábamos del cochino en que teníamos que ir limpios como una patena; los pantalones y la camisa remendados, pero eso sí, limpios, bien peinados y, si era posible, con tupé. Cuando el pelo crecía un poco, nos metían sin piedad la maquinilla.

Nos paramos entre los huertos y la chopera y compruebo que a las dos casillas no las ha destruido el tiempo; están igual que entonces, cuando éramos tan flacos y llevábamos pantalones cortos, íbamos a la escuela, acompañábamos a nuestros padres a robar cerezas y melones y éramos felices, aunque lo ignorábamos. Retozábamos como chivos entre los tomillos y no nos preguntábamos para qué y por qué estábamos en el mundo. Las preguntas existenciales llegaron después, cuando se oyeron los tiros y descubrimos que la pelea continuaba. Cogíamos endrinas gateando. Llevábamos la merienda a nuestros padres cuando tenían turno en el salto. Vivíamos en libertad como los demás animales del pinar y de la dehesa. Pero, de pronto, empezaron a preguntarnos adónde íbamos y de dónde veníamos, los perros no cesaban de ladrar y todo se tornó misterioso, la gente en los corrillos hablaba entre susurros. En los

recreos, en vez de jugar con la pelota o la vejiga del cerdo, los chicotes contaban algunas cosas que habían oído en casa: «Hay guardias que se disfrazan de bandidos». «Unos y otros buscan escopetas sin licencia». «Llevan boinas y chaquetas de cuero». Los padres hablaban en voz baja. Las parejas de los guardias venían a la central hidroeléctrica más veces que antes y empezó a correr el rumor de que había hombres armados, aunque nosotros no los habíamos visto nunca. Pero estaban. No los veíamos, pero sentíamos su presencia cambiante. Nos contaron que tenían guías que iban por delante enseñando los caminos y los objetivos. Dormían en sacos. Me lo contaba el Manco, el que me enseñaba de todo mientras se mecía y escupía. Cuando yo era niño, le preguntaba por las lechuzas y la diferencia que tenían con los búhos y él me lo aclaraba mejor que el propio maestro:

—Las lechuzas no tienen orejas de plumas; los búhos, sí.

—¿Es verdad que sus ojos son los de los muertos?

—Eso son supersticiones.

También le preguntaba por los mastines de la vereda, por las águilas calzadas y por las cabrillas, ese enjambre de luciérnagas del cielo.

—Las cabrillas son las pléyades —me decía—. Se ven bien al amanecer, los hombres antiguos las llamaron las Siete Hermanas.

Me preguntaba por la escuela y yo le decía que los niños estaban hambrientos y que teníamos que escondernos para sacar del talego la tortilla, porque nos miraban con ojos de llanto. El Manco me decía:

—Eso no es nada comparado con el hambre de la ciudad. Los camareros de las pensiones se meten las croquetas en el bolsillo para después llevarlas a su casa.

Pero cuando ya iba creciendo y crecían los rumores de gente forastera que vivía y dormía en el monte sin ser pastores, resineros o forestales, me atreví a decirle:

—Esos hombres que se refugian en los montes llevan macutos, no morrales, como nosotros.

—Llevan macutos para la comida y las armas. ¿Es que los has visto?

—No.

—Si los vieras, es como si no los vieras, ¿entiendes?

—¿Y quién les da comida?

—La gente de los ventorros, los pastores.

—¿Y si no quieren dársela?

—Los obligan con las metralletas.

—¿Por qué se refugian en los cerros?

—Están huyendo. Son duros como el pedernal y no quieren caer presos.

—¿Por qué?

—Porque en la cárcel les ponen inyecciones de aguarrás.

Aquel dato invadió mis sueños. Le dije otro día:

—Dicen en el recreo que han asaltado el coche de línea.

—¿Y qué se han llevado?

—Todos los bultos, harina, latas de sardinas, dos jamones. Y además han apresado al cobrador y han reclamado veinticinco mil pesetas al dueño del autobús. Pero cuentan que los guardias los encontraron y mataron a dos.

—He oído en la radio que han declarado el estado de guerra en toda la sierra —me dijo un día el Manco, mientras comía migas.

El Manco siempre estaba escuchando la radio clandestina rodeado de gallinas, al sol, porque se lo había recetado el médico. Me ordenó que tuviera la boca cerrada, con los hombres del monte y con los guardias. Me alertaba:

—Los de la brigadilla se disfrazan como los de la partida. Nunca se sabe quién es quién.

—Pero ¿qué buscan los de la partida?

—Víveres. A veces se llevan ovejas. Piden pan, aceitunas y tocino. Lo malo es que requisan las escopetas de los cazadores y eso es lo que peor sienta a los guardias. Piden comida, judías, patatas, tocino, pollos, paquetes de cigarrillos. En el Pedrón hicieron que un pastor matara dos corderos, pero se los pagaron. El peligro es que te vayas de la lengua. Entonces te cortan el pescuezo. Han ahorcado a un resinero que los delató. Lo colgaron en un pino y pusieron un cartel que decía: «Ajusticiado por traidor».

—¿De dónde vienen?

—De lejos, pero hay entre ellos enlaces y gente de todas las aldeas que les piden apoyo.

Al Manco, alpargatas y pana, siempre tosiendo, a pesar de estar enfermo, los guardias iban a preguntarle cosas. Siempre me trató como si fuera una persona mayor. Él sabía que yo no era de los que se van de la lengua. El Manco estaba tísico, pero la cabeza la tenía muy bien. Antes se dedicaba a guardar cabras, pero en la guerra aprendió muchas cosas. Vino muy cambiado. Les decía a los de la central hidroeléctrica que la guerra continuaba, y que él, si hubiera estado sano, ya estaría en el monte.

—¿Matan a los curas? —le preguntaba.

—No.

—Pues dicen que han matado a uno.

—No es verdad.

—¿Creen en Dios?

—Unos sí y otros no. Dicen que es más útil un maestro de escuela que mil curas. Dicen que la religión solo sirve para asustar a la gente. Creen más en la ciencia que en Dios.

El Manco, aún tísico, a punto de morir, seguía leyendo a Voltaire. Nos contaba

que las abejas eran superiores a los hombres porque producen miel con sus secreciones y nosotros solo expulsamos basura. Lo decía mientras escupía.

Me acuerdo de los que durmieron como alacranes: los guardias y los de las partidas. Los guardias no tenían ni siquiera linternas. Iban con gorros de tela, no de charol. La nieve fue la mortaja de unos y otros. Algunos de los hombres que vinieron al monte antes entraron en las ciudades con bayoneta calada, dispararon sobre otros hombres y a veces los dejaron sin vida. Ahora los que no han muerto lo recuerdan todo como una pesadilla. Viejos y solos, sin un duro. Apenas sin creer en nada, extranjeros en todos los países, especialmente en el suyo. El matar no los hizo malos.

Alrededor del caserío, donde pasé los primeros años de mi vida, una mancha verdinegra en el mapa, bajo un cielo azul que hiere de puro azul, con nubes corinto o de acero o negras como el tizón antes de la tormenta, entre la pobreza y el hambre, por las crestas a las que solo llegaban las cabras y los milanos, había gente y casi oíamos sus pasos, pero nunca la veíamos. Eran fusiles ocultos que no nos molestaban.

Me vienen a la mente aquellos días, a medida que avanzamos hacia la aldea. Paso por el molino donde, de noche, acarreábamos sobre las mulas costales de trigo y volvíamos con costales de harina. Veo los pájaros descendientes de aquéllos que cazábamos con criba en los nevazos.

¿Qué es el pasado? Unas sábanas que aún mojadas se lleva el viento, las piernas de la chica que las tiende, el vuelo majestuoso de un buitre anunciando la muerte como otras veces las campanas que doblan, el aceite blanco de la orza de los chorizos y los huevos de las gallinas en los nidales, el olor a riada, el romper a volar una banda de perdices, los tiros que hacen eco en el Pedrón y luego van brincando por la cresta de todos los cerros hasta hundirse en las umbrías. Y, sobre todo, esa primera mirada a las bragas de las niñas cuando se despeñaban por el terraplén de arena roja o cuando las veíamos orinar. De pronto uno se siente atraído por sus trenzas, sus risas y sus chillidos. El deseo nos encendía como a los animales que nos rodeaban. Uno de los adultos que iban a la escuela de noche nos contó un día algo que jamás he olvidado, aunque haya estado en tantos lugares y en tantos jergones.

—En la ciudad hay una mujer que se llama Perica. Le das una perra gorda y te enseña el coño.

—¿En la calle? —preguntaban los chicos medianos, incluso los que iban a ingresar en el seminario.

—No, en un portal. Al lado de la tienda de libros de don Paco, el profesor de matemáticas.

—¿Y cómo lo hace?

—Lleva un vestido negro y lo alza como un rayo. Casi no da tiempo a verlo.

Tal vez el primer suceso importante de nuestra vida fue el embarazo de la Solé y todo lo que ocurrió después. Soledad era nuestra, una chica un poco mayor que

nosotros. Vimos cómo sus tetas crecían como el fruto, y como el fruto maduraban. Soledad era la reina de la aldea, tan fina como el relente, con el culo resplandeciente como un sol, que contoneaba cuando volvía de la fuente con el cántaro de agua en la cabeza. La de piernas doradas y muslos largos; caminaba como una criatura más del monte, con empaque y ritmo. Soledad, la de los dos pezones como guijarros, seguramente casi negros, tan hermosa como los ángeles de la vidriera de la iglesia, limpia como una patena, alegre como una chivita. También en la UVI Bazoka recordó a la Solé:

—Se enamoró locamente de un desconocido.

—Pero tú le conocías.

—Claro. Y tú. Antes de que viniera al monte merodeó por la aldea, por la vereda y por el pueblo.

—Sí, era un forastero al que los otros mozos no le pudieron sacar la patente —recuerdo.

—¿Qué era eso de la patente?

—Una especie de tributo que se sacaba a los de otros pueblos que se hablaban con una chica del nuestro. Si no pagaban, lo echábamos de cabeza al pilón donde bebían las caballerías y le dábamos los galgos, una cosa bárbara que consistía en tirarle del miembro. No le pudimos sacar la patente porque apenas lo vimos un par de veces antes de que lo acribillaran.

Bautista era uno de los que merodeaban, ojeaban y se asobinaban por las inmediaciones de la central y de las casillas. Contaban que también el hombre al que nunca se le había visto la cara, la sombra que cruzaba las noches de luna, era preso del amor.

A Solé, que siempre había tenido la cara encarnada, se le volvió pálida. Apenas se la veía por la aldea. No iba a cocer pan, ni a buscar hongos, ni a segar espliego. Nos quedamos sin reina, nosotros, los chicotes de la aldea; porque la Solé era la que nos limpiaba los mocos, la que tendía la ropa. Le veíamos los muslos largos cuando el viento le levantaba las faldas. Era arisca con los mozos que iban a sacarla a bailar y dulcísima con nosotros. Nos acompañaba al final de la noche como una clueca, nos contaba como si fuéramos corderos y nos regresaba a la aldea.

De aquella época aún me suena en el recuerdo el acordeón con su melancolía, el clarín de la plaza de carros, los cohetes que anunciaban el baile. Sacaban al Cristo y a la Virgen con uvas en los pies. Toda la porción del tiempo que queda atrás pertenece a la muerte, pero la Solé y la puta granadina están siempre presentes en mí como los perros que acompañaban a los pastores por las veredas y las nieves, los charlatanes que vendían duros a cuatro pesetas y ofrecían un peine de nácar y un espejo de China, mientras predicaban: «El que sabe y el que sabe se aprovecha; no les doy esto por un millón, ni por medio millón, ni mil duros ni mil pesetas; diga usted cien reales y serán

suyos el peine, la brújula, la alfombra, el espejo y el reloj».

Luego fuimos soldados sin uniforme y nuestra conciencia se convirtió en un cementerio.

## VIII

## EL RECLAMO

Si Irene, el *cowboy* y yo hallamos después de este viaje a Gafitas, será un montón de huesos secos, y es una lástima no encontrármelo vivo para decirle que a mí no me mataron, ni me apresaron, ni me hirieron, ni me interrogaron, ni me torturaron, ni me domesticaron, porque mi padre era un cazador furtivo. Aprendí de él que el zorro es el animal más listo de la tierra y sabe atacar y huir.

Gafitas nos contaba que la lechuza era la sagacidad y el silencio, pero mi modelo era el zorro. El propio Gafitas me enseñó que el zorro era el emblema de Maquiavelo. Insistía en la inteligencia de la lechuza. Pero el zorro no se dejaba coger nunca.

Gafitas nos intentaba convencer de que es preferible morir a ser apresado. «Hay que dejar el último tiro para uno mismo antes de que lo acribillen o lo hagan preso», decía. Una vez le vi en unas fotos con bigote de gato, botas altas y una venda en la cabeza, entre hombres flacos y médicos de batas blancas. Aquí, en estos cerros, nadie lo retrató en los papeles. Sus compañeros eran hombres achaparrados, gañanes y carreteros, de pana y abarcas. A todos les decía lo mismo: «La última bala para tu cabeza antes de chivarse, aunque te degüellen». A mí no me apresaron, ni tampoco a Bernardino, que, según creo, estará ya observándome desde alguna cortina de sabinas. Los dos aprendimos de la raposa.

El zorro, tan esbelto, tan bonito, tan secreto, es capaz de caminar por una vía de ferrocarril para que el humo del tren borre después su rastro. Sabe hacerse pelota para disgregar los ganados. Bernardino, los de la cuadrilla y yo mismo, donde había peras, cogíamos peras, donde había gallinas, gallinas y peras, y si no había gallinas ni peras, nos llevábamos la miel de los colmeneros valencianos. A mi padre lo mataron, pero no lo apresaron. Le dispararon como a una liebre, lo mismo que al Capador, el del silbo. Éramos aún más predadores que los de la cuadrilla que vinieron de lejos. Ellos

venían con una idea. Los que habíamos nacido en la sierra aprendimos a no arriesgar. Lo mismo que el zorro, huíamos y nos burlábamos de los fusiles con ojos de los guardias. Casi siempre burlábamos a los que nos acosaban. Y así seguí en las ciudades, a las que no diferenciaba del monte, y en las fronteras, como si fueran lindes, mientras que al gato con botas y gafas, a pesar de su desconfianza y experiencia, posiblemente lo mataron los verdugos o los hermanos. Nunca me sentaron en un banquillo, delante de jueces vestidos de curas. Estuve en muchos países, asistí a muchos mítines, reuniones y manifestaciones. Sin olvidar que estaba en la huida desde que mi padre dio las últimas bocanadas en una acequia entre cardos con flores. Acompañé a agitadores de bulevar y de pedrada, falsos guerrilleros de guardarropa, jóvenes airados que comían paté y fueron objeto de culto. Me metí entre indígenas encapuchados. No hay fronteras para la desesperación. Ni me cazaron, ni consiguieron hacer de mí ni un reaccionario ni un traidor, tan solo un ex, uno que sabe de qué fueron las cosas. Y por eso los dinosaurios me excomulgan. Solo soy un hombre que duda, que anda siempre sigilosamente porque pueden venir detrás unos enemigos o los contrarios. Aunque lleve los papeles en regla, siempre estoy en la clandestinidad. Sé moverme en la charca de la mentira y de la demagogia. Visité pueblos que no eran los míos. Dormí entre víboras, más en la ciudad que en los cerros, pero no lograron destruirme. Disparé sobre otros hombres. Algunos inocentes; tal vez todos inocentes. Y ahora tengo más pesadillas despierto que dormido.

El *cowboy* mulatón sigue con su grabadora. A veces consigue algunos fragmentos de mi monólogo constante.

Pregunta de pronto:

—¿Cómo resumiría su vida?

—Como un error. Empezamos defendiendo a los obreros que ahorcaron y acabamos defendiendo a un asesino.

El nieto de la Brigada Lincoln aún tiene creencias y dice:

—Creían en la electricidad aunque diera calambres.

—Pero el sueño se ha disipado. Al final de la utopía había un campo de concentración. No encontramos los planos del paraíso. Desde que las hilanderas hicieron la huelga para lograr las ocho horas, nació una idea para sustituir a lo que había. Pero al final volvieron los reyes y los popes.

Se interesa por nuestro modo de vida. Le contesto:

—Nuestra tierra feroz no daba más que palomas y truchas, nutrias, nieve y espliego, hongos y leña, cangrejos y cagarrias finísimas. ¿De qué iba a vivir un jornalero? ¿De las cuatro pesetas que pagaban en la central hidroeléctrica? Vivíamos de la caza, como habían vivido nuestros antepasados. Aún recuerdo lo que me daban en el mercado del agua: por una perdiz, dos pesetas; por un conejo sin tripa y con las patas cortadas, cuatro. También llevaba setas y espárragos. Cuando caía una, era mi

padre el que bajaba al mercado. Podía sacar hasta ochenta reales por la piel de una de ellas. Llegaba en la bici después de ir a buscar las piezas y comer migas con conejo.

En aquel tiempo el máximo elogio que se podía hacer de un muchacho era zagal o zorro. A mí me llamaban las dos cosas. Cazaba de noche como el zorro en compañía de mi padre y me decían zagal porque me encontraban bien parecido. Aunque huele mal y su piel no vale gran cosa, el comportamiento del zorro es el que debe seguir un furtivo: no caer en las trampas, cazar de noche, actuar en solitario, tener la nariz tan larga como la vista, vigilar el crepúsculo, pasar la vida en los mismos lugares siempre. Como los zorros, los tejones y los jabalíes, no comprendíamos que el monte perteneciera a los extraños los domingos y fiestas de guardar, cuando se abría la veda. Creíamos que el río era nuestro, y también las moreras, las viñas, los cerezos silvestres y las higueras. Pero no eran nuestros. Pertenecían a los que los campesinos de los chozos y los perreros saludaban con las boinas en las manos. Nunca vi a mi padre despojarse de la boina. Lo recuerdo como si fuera hoy: a un lado los dueños de la central; enfrente, los empleados con las gorras en la mano, algo encorvados, casi sin palabras.

Vuelven a mi recuerdo, a medida que me voy metiendo en el paisaje, las piquetas de los gallos, los aromáticos tomillos, las matas de espliego, el estruendo de las rehalas. Ojeadores a sueldo, galgueros que durante la temporada eran remasadores, halconeros de puños de cuero, mozas que les hacían las migas y el morteruelo. Toda la picardía heredada, el ingenio de los tramperos, servía para burlar los tricornios y a los guardas y llevar algo a casa para guisar, o al mercado para vender. Desde que gateábamos, salíamos al alba a recoger los cepos que se habían puesto al atardecer del día anterior o a acompañar a los padres a matar conejos con la escopeta de un solo caño. Conocíamos los más frescos cagarruteros, las madrigueras de pisadas más recientes.

Éramos ladrones de nacimiento. Volvíamos a la aldea con el morral lleno de cepos, de dos costillas, con ballestas de acero que pedíamos a ciudades del norte, en cartas que nos dictaban los padres que no sabían escribir. Había dos clases de cepos: los de costillas grandes y los de acero blanco, limpísimos, y que solo cogían las patas y no la cabeza. No nos gustaba que los conejos, las liebres o las garduñas se quedaran mutiladas y ensangrentadas. Era mejor el cepo grande que los atrapaba por la cabeza, pero abultaba mucho en los morrales. Los de aros grades mataban a los bichos, así que no sufrían. Si los de los tricornios venían, lo primero era tirar los cepos, nuestro instrumento de trabajo. Había que vigilar a los guardias, a los forestales, a Mala Leche y a algunos ricos del pueblo que también cazaban con los que llegaban de la ciudad.

En un solo día cruzábamos dos veces el río, y por la noche muchas veces, cada vez que los pastores y los hombres de las cuadrillas nos silbaban desde el otro lado, lo

cruzábamos con el cajón, que era una nave interplanetaria pintada de rojo, una jaula al aire, a la que a veces, en las grandes crecidas, acariciaba el agua turbia. Entonces se convertía en una nave en medio del turbión y la oscuridad de la noche. Íbamos y volvíamos a la escuela, y al atardecer acompañábamos a nuestros padres a poner las trampas, hurgando en la tierra, debajo de las cagarrutas, para introducir el cepo. Luego acariciábamos con cuidado la tierra y quedaba tersa en los verdines de la puerta de las tinadas o bajo los grandes robles.

La fina y misteriosa sonrisa de la Solé vuelve a mi cabeza. Tal vez se me note en la humedad de los ojos, bajo las gafas, porque mi mujer me pregunta:

—¿Qué te pasa por la cabeza?

Paro un momento el coche, junto a la cuneta, cerca de la cruz de piedra donde el lagarto nos daba los buenos días cuando íbamos a la escuela con las tozas y las carteras. Una vez, un viejo exiliado, al oír un reloj lunar junto a una catedral gótica, me dijo: «En nuestras tierras el crimen se inició antes de que Caín utilizara la quijada de asno. Mataron los reyes a sus propios hijos, mataron a los papas, a los obispos, se utilizó el veneno y el puñal, la daga, la pistola y la cal viva. Las cruces de piedra están en las encrucijadas de los caminos, en las cunetas y en el centro de las plazas, escritas con sangre».

Irene entiende mis abstracciones y silencios, mi mirada perdida. De pronto, aprovechando una corta ausencia de Esteban, le digo:

—Pienso en una chica.

—¿La querías?

—La queríamos todos.

—¿Y qué fue de ella?

¿Y qué fue lo de la Solé y lo de Bautista, sino una cacería? Una cacería en la que no estuvimos nosotros, sino los guardias, que dejaron las camionetas de lona, muy lejos de las casillas, y se acercaron de noche, o al amanecer, con pies de goma. Fue una espera al reclamo, con un plan trazado por el hombre más malo del mundo, al que le decíamos Mala Leche.

—La historia de Solé —le comento a mi esposa— nos hizo mayores cuando aún éramos niños. La queríamos. Estábamos orgullosos de ella, de lo bien que bailaba, de cómo iban a sacarla los forasteros en las fiestas del Cristo.

La noticia llegó incluso a los pupitres de la escuela de don Juan. «Dicen que a la Solé le han hecho una tripa». Los del caserío no entendíamos la expresión y me lo aclaró el Manco:

—Que se ha quedado preñada, chorra.

—¿De quién?

—Qué sé yo.

El Manco, en la mecedora, con un libro viejo y un pañuelo que escondía porque

tenía escupitajos de sangre de tísico, el único que en aquel tiempo me trataba como a una persona mayor, me dijo:

—No hagas caso. A lo mejor son hablillas.

Pero los del pueblo, para jodernos, insistían: «A la Solé le han hecho una tripa». Todos sabíamos que era virgen porque eran vírgenes todas las chicas. En esta sierra oscura y verde se daba entonces mucha importancia a la integridad del himen, lo cual no dejaba de ser una tontería, porque la rotura del virgo no ocurría solo por conjunción carnal, sino por montar en burro o en bici, por hacer esfuerzos físicos, llevando la canasta de masa en la cabeza, acarreando o segando. La virginidad, incluso en los viejos tiempos, es de difícil demostración, pero el caso es que entonces la noticia de que a la Solé la habían desflorado cayó como un rayo. Quitarle el virgo a una moza era un asunto trascendental.

Cuando paso, tantos años después, por la casilla de Angustias, donde vivía su hija, la Solé, veo la puerta cerrada. Angustias habrá muerto y nadie habrá sabido nunca nada más de su hija. En los viejos tiempos, Angustias, la curandera y partera, dejó de recibir gente. No veíamos a la Solé y empezó a sospecharse que había huido a la ciudad, como solían hacer las mozas de los pueblos cercanos. Cuando se quedaban preñadas, emigraban para ser criadas o planchadoras y esperaban a dar a luz para meter al niño en la inclusa.

Cruzo por delante de las dos casillas, la de Angustias y la de Mala Leche. Sale humo de las dos entre las tejas renegridas, lo que significa que alguien vive en ellas. En aquel tiempo las dos casillas estaban malditas. La de Angustias, porque la visitó la muerte; la de Mala Leche también recibió la visita de la muerte, pero además era el enemigo, el chivato, el que vendió a Bautista, aquel hombre pelirrojo, como los profetas de la historia sagrada, al que, con los ojos centelleantes, vimos un día, por fin, cantar con el acordeón una copla en la que decía «en pie, hermanos de la miseria, acabemos con las fronteras». Unos años después, cuando yo me fui a la sierra, me contaron quién era el padre de la criatura. Era el que habíamos conocido un día de fiesta.

Esteban Estrabón sigue su interrogatorio. Me pregunta cuándo vi por vez primera a Grande y a Gafitas junto a Bautista. Le digo:

—La primera vez que vi a los hombres con pistolas no estaban ni Grande, ni Gafitas, ni Bazoka.

Y sí estaba Bautista. Me dijeron después que era un cangrejo. Entonces comprendí que en las partidas también había clases: unos eran los buenos, los auténticos, y otros, los que andaban hacia atrás. Bautista y los suyos entraron en el pueblo a la hora de la procesión, esperaron a que metieran el Cristo en la iglesia, y nos reunieron a todos en la puerta del templo. Repartieron latas de sardinas y libras de chocolate. Después, Bautista se sentó en un poyo y tocó el acordeón. El pelirrojo

sonriente sabía tocar. Cantó desde la larga barba azafranada, con acento extranjero. Llevaba gafas y tenía empaque de señorito.

—Era un buen tipo —me contaría Bazoka en el hospital—. Tocaba muy bien el acordeón y llevaba en el macuto más libros que bombas. Venía de los países del hielo. Cangrejo, pero cabal. Siempre sonriente. Le decíamos Bautista porque parecía un profeta o un mosquetero. Le gustaban las mujeres más que el vino dulce. Distinguía los cantos de los pájaros. No tenía mal genio como nosotros. Parecía un sonámbulo. Jamás conoció el miedo. Comía con tenedor y cuchillo en pleno monte, y antes se lavaba las manos en la fuente.

Nadie de esta tierra de cazadores olvidará cómo acabaron con Bautista. Los cuquilleros utilizan perdigón para camelar a la perdiz, pero los guardias emplearon a la hembra. Solo se caza con perdiz en la época en que las hembras empollan y los machos andan libres y encelados. Ella no cantó en la jaula. Esperaba desnuda entre las sábanas a que llegara Bautista ardiendo. Fue al alba, a escondidas. Acudió y lo esperaban muchos fusiles. Cuando Solé quiso despertar ya estaba abatido, como ese pájaro que parecía pintado con los lápices de colores de la escuela. Se cazaba con jauleros o cuquilleros y con gloria, que eran unas pequeñas murallas de tomillos en las que se dejaban huecos y donde les esperaba el lazo. Los guardias se aprovecharon del celo de la pareja, pero no como suelen hacer los jauleros, que tienen un macho o hembra de su parte y esperan a que venga al canto la pieza que quieren cobrar. Ellos rodearon la casilla como si fuera una jaula. Cuando entró Bautista, lo acribillaron.

Entonces ella sí que se fue a la ciudad o al infierno después de echarle el alto a un camión de madera. A Bautista se lo bajaron desde las inmediaciones de la casilla en angarillas, porque hasta arriba no podían subir los camiones. No volvimos a ver la mata de pelo negro de la Solé, que nunca se recogió en moño o trenzas. Nadie vio nunca más a Soledad, a la que también le decían la Guapetona, que andaba como una reina mora cuando iba al horno, con la masa sobre la cabeza, y traía los panes dorados a la vuelta. Seguíamos el movimiento de sus caderas en el salón del baile.

—Era la moza más bonita —le digo a Irene—. Sonreía sin miedo, no como las otras, que decían de usted a los forasteros. Nadie sabía explicarse cómo, habiendo nacido en la casilla, parecía una reina. Nunca fue a la escuela como los otros chicos. Cuando cumplió veinte años, si iba a lavar al arroyo, o con la canasta de la masa al horno, la seguía el gorrino de san Antón. Angustias conocía todas las pócimas abortivas, pero no se las hizo tomar a su hija.

—¿Cómo era Bautista? —pregunta Esteban.

—Cerraba los ojos tocando el acordeón. Los de la cuadrilla tomaron el pueblo después de encerrar a la pareja en el ayuntamiento. No los mataron porque no querían estropear la fiesta. El baile estaba cerca de la plaza de carros para la vaquilla. Después de la procesión de moros y cristianos, Bautista se subió al tablado de los

músicos y tocó un pasodoble que llegó a los pinares y a las vegas.

Ejecutó varias piezas y la gente empezó a bailar, incluidos los más viejos y los más pequeños, los que venían con Bautista con los fusiles colgados boca abajo. Nos dio un catecismo. El nuevo catecismo, decían. Pero estaba hecho del mismo papel oscuro y sucio del que estudiábamos en la escuela y en la iglesia.

Algunos años más tarde, Gafitas me confirmaría que Bautista no pertenecía al Partido de los Fusilados, ni tampoco el autor del catecismo, que se llamaba Felipe Carretero y que no era de los nuestros. Había otro catecismo, el auténtico, el de 1913, el de Eduard Bernstein, un escrito pedagógico, más aburrido que el de Carretero. En el catecismo auténtico se decía que el esclavo es vendido una vez para siempre y que el obrero debe venderse cada día e igualmente cada hora.

Le describo a Esteban Estrabón el destino del catecismo:

—En casa, mi madre, escondió el nuevo catecismo en un arca. Pero aún recuerdo algunos de los párrafos: «Creo en el Trabajo todopoderoso, roturador de la tierra, impulsor de fábricas y talleres, extractor del mineral en el fondo de las minas, con las naves, surcador de los mares. Creo en la Ciencia, que fue concebida por el estudio y desvelo de los hombres. ¿Cuáles son los artículos de nuestra fe? El primero, creer en un solo dios, *El Capital*, el segundo, creer que es trabajo no pagado; el tercero, creer que este robo está legalizado; el cuarto, creer que la unión es la fuerza; el quinto, creer en la eficacia de la asociación; el sexto, creer que la acción es beneficiosa; el séptimo, creer que existe la lucha de clases». También explicaba que la Humanidad fue concebida por la Naturaleza. Y nos invitaban a cambiar el padrenuestro por otro que decía: «Padre nuestro que gimes en la tierra, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en el mar, en el aire, como en el suelo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdónanos la mala defensa que hasta el momento hemos hecho de él, así como nosotros perdonaremos a los capitalistas, nuestros deudores, lo mucho que nos lo han comido, y no caigamos en una mayor explotación por nuestras torpezas en defensa de nuestra causa. Líbranos de ese mal. Amén». También nos decían: «Señor mío, salvador y redentor mío, por ser vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me propongo firmemente nunca más faltar, olvidar ni incumplir los cargos que para la propaganda me fueran dados, y apartarme de los traidores que nos ofendieron. Os ofrezco mi vida, obras y trabajos en la defensa de vuestra causa. Amo a la Humanidad, amo al Hombre, amo a la Mujer, amo al Niño», o: «Burguesía, la ignorancia es contigo; maldita tú eres entre todas las tiranías que ha padecido la Humanidad y maldito es el fruto de tu régimen, en el que nos obligas a vivir». Los dos catecismos coincidían en una cosa que ninguno de los creyentes ha obedecido nunca: no matarás.

En la fiesta del acordeón, los moros y el catecismo, entre cohetes y ángeles, Bautista, el cangrejo, conoció a la Solé. Entonces yo descubrí que había varios

catecismos, pero aún no podía comprender por qué los llamaban cangrejos a los compañeros de Bautista. Mucho tiempo después descubrí que había muchas clases de luchadores. Bautista sería un cangrejo, pero, como los otros, siempre vivió y caminó junto a la muerte y se acostó con ella. Cada facción de la cuadrilla tenía una concepción de la vida y de la lucha, y entre ellos estallaban las diferencias, que parecían a simple vista pequeñas, pero engendraban el odio. Los agitadores animaban las herejías, proyectaban en ellas sus rencores, eran idólatras, desconocían la duda.

Angustias, la comadrona, sabía sacar la lengua a las lagartijas para hacer sortilegios. Nos sacó de la tripa de nuestras madres a todos y luego nos curaba los males con anís de pepino, agua de Carabaña, madreselvas y clavelinas. Metía la lengüecita de las lagartijas en la boca de las novias para atraer al mozo. Tal vez Bautista llegó un día a la casilla con la disculpa de tener algún mal o pedir algún conjuro. En realidad iba a festejar a la moza más bonita de la comarca, la que mejor bailaba. Más tarde me contaron que se veían en la estación de Chillaron, donde Bautista se mezclaba con los ganados y los pastores y ella iba a vender escobas de esparto.

# IX

# MALA LECHE.

Cuando nos tuvimos que echar al monte, había visto morir a cerdos, a conejos, a pollos, pero nunca había visto morir a un hombre. Tampoco había sentido lo que supone acariciar el metal de una pistola. Había otros que con el arma en la mano se sentían poderosos. Yo no. Desde el Pedrón miraba horas y horas a la chopera donde estaban mis vecinos y los de la central, muertos de frío y de miedo.

Los de la cuadrilla le habían requisado la escopeta a mi padre y como consecuencia de ello hubo una represalia de los guardias con aplicación de la ley de fugas. Mi padre había entregado la escopeta de cañón con la que cazaba a los hombres de la partida. Iba con el Capador y los dos fueron sorprendidos en el momento en el que iban a llevar víveres a la cuadrilla de Grande, Gafitas y Bazoka, al campamento de Valdecabras.

La escopeta de un cañón era, junto a los cepos, uno de nuestros modos de vida. Por la noche, cuando había luna, mi padre ponía un papel de fumar en el punto de mira y disparaba sobre las bandas de conejos, mientras Cele, otro de la central, pegaba un tiro lo más lejos posible para que Mala Leche, el guarda, se desorientara y se dirigiera a aquella zona. Me extrañó mucho que entregara la escopeta. Él me había confesado que no tenía licencia. Que nadie sabía de su existencia, que los guardias, los mismos que también iban a la central hidroeléctrica y se calentaban las piernas heladas en la estufa de todos, ignoraban que escondía el arma y que los de la cuadrilla eran tan peligrosos como los guardias para nosotros. Pero él, como cazador furtivo, sentía más simpatía por los hombres del monte que por los guardias. Vi a mi padre sangrar por la nariz y por la espalda e hinchar el pecho con resuellos, pero aún vivía. Al que sí vi muerto fue al Capador, con los ojos abiertos, azulados, ya sin respirar, con las pupilas fijas.

De pronto me encontré en una cacería, que los jefes denominaban resistencia, y que Bernardino, el hijo del Capador y yo llamábamos huida. Los guardias nos llamaban bandoleros. Presenciamos cómo al Capador y a mi padre les aplicaron la ley de fugas. Los tres estábamos viéndolo todo desde la cresta de un cerro. Cuando oímos los disparos, bajamos a auxiliar a los heridos. Pero mi padre, agonizando, me dijo en sus últimas bocanadas: «Vete con ellos, que no te cojan los guardias».

Y nos fuimos los tres. El hijo del Capador porque también habían matado a su padre, Bernardino no se tenía que echar al monte, él era el monte, y yo me vi metido en la cuadrilla para cumplir la última voluntad de mi padre. Nos fuimos al monte y así conocí a aquellos hombres raros avezados en la lucha. Me encontré con Gafitas, al que ya habíamos descubierto una vez en la vereda, con sus botas altas, siempre recién afeitado, sus bigotes canos, retorcidos en las puntas.

Gafitas nos impartió las primeras clases.

—Hay que tener una resistencia de hierro —nos dijo—. Los cobardes y los débiles no valen para esto. Aún estáis a tiempo de volver a vuestras casas.

Ya no podíamos volver. Nos hubieran metido en la cárcel.

Los jefes que siempre daban ejemplo eran Grande, Gafitas y Bazoka. La primera acción en la que tomé parte, aún sin armas, fue el asalto a un coche de viajeros. Sacaron a la gente a la cuneta amenazándola con pistolas y metralletas. Les fueron exigiendo el dinero que tenían en la cartera. Bajaron de la baca las maletas y se quedaron con víveres de las cestas: un jamón, docenas de huevos y también con algún traje.

A la vuelta de esas acciones, Gafitas nos aleccionaba:

—Nos llaman bandoleros y ladrones, pero el dinero que sacamos en los asaltos es para ayudar a los presos.

Nos informó de que tenían colaboradores en los pueblos. Lo que no nos dijo es que eran cómplices a la fuerza. Metían en los riñones las pistolas Star para proveerse de huevos, pan, aceitunas y quesos. Asaltaban a los recaudadores de contribuciones del Estado y pedían rescate por secuestrar a los dueños de las fincas. Ellos se llamaban a sí mismos resistentes armados y calificaban de verdugos a los que gobernaban. Nos contaban que en todo el territorio había más de tres mil combatientes. Entonces no lo sabían ellos ni yo, pero cuando peleaban en los cerros de mi aldea ya estaban dejados de la mano del Partido de los Fusilados, que tenía otra política e inició una labor sistemática para quitarle importancia, e incluso para desprestigiar a las partidas. Grande, Bazoka y Gafitas habían elegido resistir en las montañas. Aguantaron en la lucha más de diez años, cuando la táctica era bien vista por el Partido y cuando no. Cualquier cambio de estrategia era difícil de seguir. En la guerra, o en la guerrilla, son más difíciles las retiradas que las invasiones.

Nosotros, los de la aldea y el pueblo, dejamos la escuela de don Juan para entrar

en la escuela de Gafitas, que nos explicaba las cosas al revés que don Juan. Nos enseñaba a manejar explosivos, nos daba clases de topografía y en vez de en historia sagrada, nos instruía en la asignatura de la política.

Gafitas a su vez nos convencía de que a lo largo de todo el territorio, en todos los montes y riberas, había un inmenso ejército clandestino. Muchos años más tarde me enteré de que siempre estuvimos acorralados por el enemigo. En realidad, nuestra táctica fue en todo momento defensiva. Dábamos golpes audaces, tomábamos pueblos, izábamos la bandera con franjas violeta, pero el enemigo pronto se dio cuenta de que tenía que destruimos. Empezaron a funcionar más de veinte escuelas anti partidas. Los guardias ya no llevaban tricornios de charol, sino gorros de soldado con borlas rojas, y la lucha empezó a ser desigual.

Bazoka me lo había confirmado en el hospital:

—A nosotros nos faltaron armas, municiones y, por último, el apoyo de la Dirección.

Grande nos enseñó quién era Marx. Nos contó que nació en Tréveris, que sabía griego. Nos hizo aprendernos de memoria aquel pasaje donde el barbas citaba a Shakespeare y hablaba del oro, amarillo reluciente, precioso, que convierte lo negro en blanco, lo feo en hermoso, lo falso en cierto, lo ruin en noble, lo viejo en joven. «Funda y destruye religiones, bendice al maldito, hace adorable la lepra, pone al ladrón en el banco de los senadores». Marx llamaba al oro vil ramera de la humanidad, pero nosotros nunca habíamos visto oro, ni siquiera en los dientes. Grande nos habló de las mujeres del algodón. Nos explicó la ley del desarrollo de la historia humana. Al principio no entendíamos nada, y menos que el hijo del Capador y yo, Bernardino, que escuchaba como si le hablaran en chino. Pero había cosas que quedaban claras: el capitalismo moriría debido a sus crímenes.

—A las dos, a las tres y a las cuatro de la mañana —contaba Grande—, chicos como vosotros, y aún más pequeños, eran sacados a la fuerza de las camas y obligados a trabajar por la simple costa hasta las doce de la noche.

Nos llevábamos muy bien con Bazoka, sobre todo desde que nos llevó a la casa de putas. Decía que también peleábamos por la liberación sexual.

En los primeros tiempos de la sierra, me acordaba de mi padre y de la gitana de Granada. Hablaba con Bernardino del viaje a la ciudad. Me confesó que la señora coja le lavó el miembro en una palangana y se le quedó tan frío que le costó mucho tiempo conseguir que se le pusiera duro. Bazoka me aseguró después que nos llevó a la casa de tolerancia para que Bernardino no se apareara más con bestias. En las hogueras o en las largas horas de lluvia, cuando nos metíamos en las cuevas, se contaba que los tres, Bazoka, Grande y Gafitas, habían luchado ya en dos guerras.

Hasta el campamento, uno de los enlaces, cuyo nombre ocultaré aunque hayamos pasado de un siglo a otro, vino a traer tabaco y pan. Él fue el que nos contó que

Angustias había acabado con Mala Leche. Angustias se adelantó a Bernardino, que se la tenía jurada al guarda desde que le dijo a la pareja y al cura lo de la borrucha. Hasta que llegó el enlace, yo creía que había sido Bernardino quien lo había matado, porque un día me hizo una señal con su propio pescuezo y su navaja, mientras pronunciaba su nombre y otro día, en un descuido, le vi el reloj de bolsillo que solía llevar el guarda con una cadenita de plata. La que se dedicaba a ser partera y a curar a la gente con bálsamos y ventosas, la mujer rubia, casi albina, con gafas de vaso que vivía enfrente de Mala Leche, aquel tipo escorado, lo había matado con un botijo.

Mala Leche, siempre con la escopeta colgada a modo de escapulario, era el chivato de los guardias y el esclavo de los señoritos que llegaban con polainas de ante los domingos. Decían que era un verdugo jubilado. Verdugo de garrote. El Manco me había contado cómo era el garrote, un poste de madera de dos metros de largo y trece centímetros y medio de ancho y una silla, situada junto al poste, donde se ataba al condenado a muerte. Creo que me contaba lo del garrote para alejarme de cualquier tentación de unirme a las partidas. A la mayoría de los hombres del monte los fusilaban o les aplicaban la ley de fugas. Pero a algunos, para mayor oprobio, les aplicaban garrote. Les negaban el honor de un pelotón de fusilamiento.

Los furtivos siempre sentíamos su mirada en el cogote. Flaco como un cabrero, con reloj de bolsillo, solitario, venido de lejos. Contaban que Mala Leche había dado matarile a mucha gente en la guerra. El enlace que vino de la aldea nos contó que el guarda tenía dos botijos: uno bañado y el otro normal, blanco.

—Un día se acostó y no se levantó.

—¿Qué pasó? —preguntamos.

—En la autopsia le encontraron estricnina, el veneno que usaba para matar a los zorros y a los perros salvajes.

—¿Cómo lo hizo Angustias?

—Cuando él se fue al Pedrón porque oyó disparos, Angustias debió de entrar a la casilla y ponerle veneno en los dos botijos, para que se quedara tieso bebiera de donde bebiera. Lo mataron como a un bicho. Se le agotó el resuello. Fue una mala muerte para vengar la cacería del novio de la Solé.

—Todos sabíamos que el que seguía los pasos de Bautista, como seguía las huellas de todos los laceros y escopeteros, era Mala Leche.

Bazoka lo confirmó en el hospital:

—Lo mataron a la espera. El que dirigió la cacería fue el guarda.

También nos contó una desgracia que a mí me afectó especialmente, casi tanto como la muerte de mi padre:

—Después de que liquidaran a Mala Leche, los guardias reunieron en la plaza del pueblo a todos los de los caseríos y las aldeas, los de los ventorros, los de las casillas, los pastores, los forestales. Nos daban en el culo con los fusiles como si fuéramos

ovejas. Nos llevaron al centro del pueblo, con las manos en alto, y un mando de grandes estrellas en la bocamanga nos dijo que al que diera una miga de pan o un cigarro a los de las partidas lo iban a colgar. Todos estábamos en el centro del pueblo con las manos en alto. Todos menos uno, el Manco, que no se podía mover de la mecedora porque estaba tísico. De pronto, mientras nos echaban el discurso a todos, empezó la riada. El río comenzó a crecer y alcanzó primero la altura de los chopos de la ribera. Más tarde llegó a rodear las casas y a la mecedora donde estaba el Manco. La riada se lo llevó.

Los de la partida conocían muy bien al Manco. Bazoka sabía de sobra que el Manco había estado luchando en las trincheras de la alta serranía, donde nacen los ríos, y donde se mataron a gusto. Yo les relaté lo que sabía:

—Era un gran hombre. Tardó muchos meses en llegar a la aldea desde lo alto de la serranía. Tardó muchos días porque se iba escondiendo.

Pero yo no sabía que el Manco, desde la mecedora, hacía señas y pasaba mensajes a los hombres armados. Fue Grande el que nos lo contó esa mañana. El día que conocí a Grande, del que todo el mundo hablaba y a quien nadie había visto nunca. Se acercó a mí con la cara descubierta y me habló de mi amigo.

—El Manco era un héroe. Estoy seguro de que no fue la riada lo que le empujó río abajo, sino el enemigo.

Todos los hombres y algunas *mujeres de las* partidas coincidían en el veredicto: Grande es grande.

—Es el que mejor resiste.

Los que le conocieron tenían de él una opinión favorable porque sabía luchar contra las adversidades. Donde estaba Grande estaba el Partido de los Fusilados. No era un maniaco como la mayoría de los líderes políticos que conocí. Nunca se vestía con cazadora de cuero, sino al estilo de los apoderados de toros. Nunca se puso visera, sino sombrero de paja, de segador, cuando apretaba el solitrón. Bajo sus órdenes aguantamos algunos años, rodeados casi siempre. Grande tenía oído de tísico para detectar los pasos del enemigo. Aguantó en el monte seis años sin desnudarse nunca y, aunque la vida se mueve por rachas, jamás cayó en desgracia ante los líderes ni los programas porque aprendió desde muy joven a sobrevivir.

# X

# EL PARTIDO DE LOS FUSILADOS.

Aqui siguen la aldea y el caserío, entre la niebla y el color casi violeta de la tarde, donde jugábamos al fútbol con la vejiga del gorrino después de la matazón. Allá ,*mucho más lejos* ,el campamento donde aprendíamos dialéctica. Filosofía de la praxis, decía Grande. A nosotros aquello nos sonaba a chino.

Cuando estuve en el agujero de riscas de Valdecabras vi algunos muertos y participé en acciones donde cayó gente herida. Descubrí cómo se mueven los ahorcados y cómo suben las hormigas en hilera por las botas de los fusilados.

Nunca entendí por qué se ahorcaba en vez de fusilar. Me dijo Gafitas que era una ejecución que atemorizaba a los campesinos. «Hay muchos chivatos desde que a los guardias los ascienden, les dan cruces, les dan dos duros más de sueldo al día, además de las quince pesetas que ganan, y hasta los premian con cincuenta mil pesetas por cada uno de los nuestros que maten. Han empezado a matar a los enlaces o a los simples simpatizantes para cobrar y la gente de los pueblos, cada día más asustada, nos traiciona».

Decían traidores a los que tenían que sobrevivir, a los que estaban amenazados por dos clases de fusiles, entre dos abismos. No era traición, sino supervivencia.

Cuando un general se puso al frente de las contrapartidas, prendieron fuego a algunos pinares, quemaron tinadas y hasta rebaños, aplicaron la ley de fugas y también ahorcaron a un cabrero vestido como nosotros. Era el signo de los tiempos. Habían ahorcado en los campos de concentración y siguieron ahorcando después de los juicios. Los mariscales de todos los frentes explicaron que el ahorcamiento era tan eficaz como el fusilamiento.

Los de la Memoria no dicen nada de los ahorcados: los han borrado de los archivos. Pero yo vi cómo colgamos a un enlace llamado Eustaquio. Antes de caer de

la soga se orinó. Era la justicia de resistencia, la táctica de matar antes que morir. Al que lanzó el lazo le llamaban Zurdo. Era de uno de los pueblos del llano. Gozaba matando. La ideología era su coartada. Yo no encontraba suficientes argumentos en las charlas de Gafitas o de Grande. No es que me hubiera creído lo de «No matar» que decía don Toribio, el cura, porque nosotros o matábamos o moríamos. No teníamos otra salida. Pero los de la Memoria no dicen nada de los ahorcados. Tienen la inmensa suerte de ser inocentes. La mayoría de ellos militan en el pensamiento correcto, no han matado nunca ni siquiera a un pollo. Yo vi ahorcar y fusilar, e incluso fusilé y ahorqué. Soy culpable no solo de haber matado, sino de haberlo justificado, porque no hay ninguna justificación, ninguna teoría que autorice a saltarle a nadie la tapa de los sesos. Yo no tenía otro camino. Ésa es mi única justificación. Solo soy culpable de no haberme escapado, pero ¿adónde iba a ir? Habría acabado herido o hambriento en cualquier cuartelillo.

El encuentro definitivo de mi vida fue con Grande. Aunque nunca me cayó bien ni yo a él, me dio algunas lecciones para intentar que comprendiera por qué matábamos.

Yo nunca sentí placer ante una agonía, fuera nuestra o del enemigo, como sintieron otros. Pocas veces vi morir a alguien como un héroe. Todos se fueron del mundo entre sollozos, ronquidos, gritos y llantos. Por estas razones, este viaje es un regreso hasta los muertos, al lugar donde tan poca gente sufrió tanto. Cuando paseo, en absoluto silencio, junto a Irene, que se ha puesto una pasmina preciosa, siento que las sombras de los que fueron mis amigos van acompañándome. A ella le cuento el final de mis compañeros:

—A algunos se los comieron los buitres. Otros fueron enterrados en fosas.

—¿Eran mayores o jóvenes?

—Una mezcla de veteranos con el pelo blanco, que ya habían estado en guerras y en campos de concentración, y de jóvenes, ni siquiera mozos, de estas aldeas.

—Nunca hablas de los sufrimientos de los guardias.

—Les teníamos miedo. Eran el enemigo.

Irene ha visto el informe de las cuadrillas y de su final. Dice que tienen razón los que quieren abrir las fosas y airear la historia.

—Creo —dice ella— que a todos se les negó la dignidad de la muerte. En las guerras antiguas, a los héroes se les enterraba junto a las armas que usaron en la batalla. Aquí se les enterró a todos en secreto.

—Se les trató peor que a perros o a caballos. Claro que recuerdo también cuántas ferocidades se hicieron con los guardias, que pasaban el mismo frío y hambre que nosotros, que estaban de noche y de día, a quince grados bajo cero, sin ropa adecuada ni suficiente.

Le enseño a Irene el camposanto donde está bajo una sencilla cruz mi madre,

aquella bella mujer que era capaz de ir y volver andando descalza a la ciudad, con el hábito marrón, para arrodillarse ante la Virgen del Carmen. Huele, como entonces, a espliego. Irene me recuerda, en este momento, que la ausencia de familia tiene sus ventajas y que el individuo que no se independiza pronto del grupo familiar para luchar por sí mismo nunca desarrolla la personalidad. Recorro paseando la chopera de mi aldea. Intento repetir mis propios pasos por el camino que va de mi casa a la central, los pasos que daba para cruzar el pequeño puente del canal que me llevaba hasta la escuela. Ya no está el cajón, que yo pilotaba a media noche para pasar de orilla a orilla a los cabreros, a los guardias o a los hombres de las partidas. Algunas veces por el cajón cruzaron los guardias muertos. Era la única manera de pasarlos por el río sin tener que dar una gran vuelta hasta el puente.

Los primeros muertos que yo vi fueron dos pastores del mismo cabrío. Los habían ahorcado por llevarnos al campamento de Valdecabras unos paquetes de tabaco. A uno de ellos le colgaba una de las abarcas y al otro le picaban las urracas en la cabeza. Los dejaron unos días cerca de los juncos donde había más nutrias. Era un aviso a la población. Desde entonces vi muchas veces hombres muertos, en ocasiones con los buitres rondándolos. Parecían espantapájaros. Lo de la desbaratada postura de espantapájaros inspiró a Bernardino su primera acción, en la que yo participé solo como punto de apoyo. Si los guardias habían colgado a los que consideraron amigos de la partida, él no colgaría a los guardias: los atravesaría con una estaca. Esperó a una pareja con capa, no como las que solían llegar a la sierra en camionetas, que iban ataviados de soldados. Una vez que los compañeros dispararon desde la tinada donde se escondían, los guardias cayeron al suelo, Bernardino se acercó y los remató. Después los cargó sobre una mula y los llevó hasta un melonar a mitad de camino entre el pueblo y la aldea. Los atravesó con dos palos de roble, y lo hizo con absoluta naturalidad, como si estuviera desollando liebres. Los dejó entre las matas de melón. Éstos sí que parecían espantapájaros.

Los niños que desde los caseríos iban a la escuela lo anunciaron a los compañeros. A la hora de comer, entre la clase de la mañana y la de la tarde, los escolares se acercaron al melonar, donde vieron que no eran espantapájaros, sino guardias muertos. Les subía por las botas una hilera de hormigas. Los grajos se posaban en sus hombros inclinados.

Así empezó el juego de los ahorcados. Si los guardias colgaban del pescuezo a un resinero o a un cabrero porque le acusaban de haber llevado víveres a los de la partida, nosotros respondíamos haciendo lo mismo con una pareja, un recaudador de contribuciones, un forestal al que se le relacionaba con chivatazos.

A mí todavía no me correspondía fusil, pero ya había estado en el asalto a un tren que tuvo que detenerse porque pusimos una gran piedra en la vía más allá de Chillaron. Yo iba persona por persona con un arnero en la mano, poniéndoselo

delante de la cara a una señora mayor muy pálida, a un canónigo con los botones colorados o a unos estudiantes que dejaron los relojes de pulsera.

El hijo del Capador y yo, además, buscábamos leña para el fuego y preparábamos pucheros para que almorzaran los compañeros. Un día amanecimos con un nevazo que nos llegaba a las rodillas y nos ordenaron que encendiéramos la fogata, mientras un par de muchachos se fueron a la tinada más cercana y trajeron un cabrito. Bernardino lo mató, lo desolló y lo cuarteó. Como no teníamos ajo, lo freímos con vino y tomillo. A veces permanecíamos algunos días y noches en el campamento, metidos en cuevas de piedra. Pero la mayor parte del tiempo huíamos. Ésta era nuestra manera de luchar, escapándonos siempre. Veíamos asobinados en la nieve cómo los campesinos iban con mulas y burros hasta los molinos llevando trigo y recogiendo harina. Gafitas nos enseñó que no solo el enemigo puede ser un pastor, un forestal, un guarda, sino un ruido, una estampida. A veces nos acercábamos a las tabernas de los pueblos donde los hombres jugaban al burro. Gafitas los interrumpía y les daba algo de teórica. No hablaba de construir sueños ni hacía conjeturas en el aire, sino que planteaba los problemas como los agricultores organizan la siembra.

Otras veces secuestrábamos al mayoral y al dueño de un rento y pedíamos por ellos un rescate, que nos dejaban en una roca o una sabina. La disciplina era durísima. Las caminatas, interminables con el petate a cuestas. En un pueblo de los más altos de la serranía vi por primera vez a un tribunal popular presidido por Grande. Sacaban a la gente como en las sacas. Las llevaban al lado del pilón donde bebían los caballos y se les leían las acusaciones, donde siempre sonaba la palabra traición. Empezaban a bajar cadáveres por el río, y ya no se sabía quiénes los habían ejecutado. Los aldeanos presenciaban con gusto los fusilamientos. Luego ayudaban a arrojar a los muertos a las zanjas. Nos contaban los compañeros más veteranos que lo peor era caer en manos de los guardias, y a lo que más temían era a los fusilamientos simulados, porque unas veces lo eran, y otras no. Grande siempre decía: «Esto está plagado de traidores, pero hay que saber distinguir. Solo leña al enemigo. Al amigo no hay que quitarle el cabrito, sino pagárselo». Pero como me reconocería Bazoka en el prólogo de este viaje, nunca logramos las simpatías de la población. Nos atendían y nos daban comida solo por miedo. El hombre del campo que se cruzaba con la partida estaba condenado. Era como si no quisieran que nadie vivo supiera que había hombres armados entre los cerros. Gafitas, con su sonrisa fina y helada y sus bigotes de gato, nos contaba que habían empezado a organizar las contrapartidas con voluntarios: «Se disfrazan de mendigos o se visten como nosotros, con las mismas armas. Se llaman brigadilla. Dan palizas de muerte y aplican la ley de fugas».

Esteban Estrabón, que se ha sumergido en los archivos unos días, vuelve hasta donde estamos Irene y yo. Me mete la grabadora en la boca. Quiere saber más cosas de Grande.

—Grande era grande, el jefe, ya te lo dije.

—¿Siempre fue el comandante?

—Siempre. Fue uno de los pocos que sobrevivieron al mando de la partida.

—¿Siempre con el mismo apodo?

—No era apodo. Siempre tuvo el mismo nombre, a pesar de ser el más buscado. Nunca se puso un alias, un nombre de guerra. «Me llamo Grande», presumía. Muchos años más tarde, cuando los responsables del aparato no querían recordar que los hombres de la sierra habían matado a algunos alcaldes y habían secuestrado hijas de ricos para exigirles miles de duros, Grande solo contaba lo que podía contarse. No digo que colaborase en la campaña de ocultación sistemática de las acciones de los hombres del monte, pero no era la persona que yo tenía que ver antes de este viaje.

—¿No se caían bien?

—Sabía que no soy un traidor, también que era el último en dejar las posiciones cuando nos matábamos unos a otros en las torcas.

—¿Por qué no fue a verlo?

—No fui a visitarlo porque no coincidiríamos en los artilugios de la memoria. Pasados tantos años no tengo la versión de él sobre aquella aventura que consistía en meter filosofía alemana en latas de sardinas y dársela a unos campesinos que, si creían en algo, era en un señor que mandaba matar hijos detrás de una zarza. Que en realidad solo peleaban por las lindes.

—¿No está de acuerdo con la táctica que siguieron?

—No. Con la pistola en el sobaco se intentó cambiar una biblia por otra, sermones por sermones, pasar de contar los prodigios en los que las garrotas se transforman en culebras a hablar del hombre nuevo, de la industria algodonera entre los troncos que bajaban los gancheros. Peleé cuando llegó mi hora.

Nos detenemos en una posada rural. Irene está feliz. Su rostro sonriente parece iluminado. La posada es una antigua casa de labor, de muros de piedra muy anchos. Tomamos una cerveza en la cafetería.

—¿En qué has cambiado? —me pregunta de pronto.

Hace preguntas de niña en la edad de los porqués. Estrabón apunta lo que digo en un cuaderno.

—No tengo nada que ver con aquel chico de pantalones cortos —le digo.

—Algo tendrás de entonces —insiste Irene.

—Me queda la desconfianza. Sigo siendo, como entonces, escurridizo. Por eso me salvé. No me fío ya de nada. He visto cómo se cortaron pescuezos por cosas que parecían ciertas, decían que incluso científicas, y resultaron equivocadas.

—Pero no me digas que en aquel tiempo no te sentías un héroe con una pistola, dueño del monte.

—No. Nuestros paisanos nunca nos vieron como héroes.

A Estrabón le interesa saber más cosas de Grande.

—Era seguramente el revolucionario perfecto —le digo—. Pero nunca le gusté. Ya me trataba como un ex antes de serlo.

—¿Como un kapo?

—Como un kapo, no. Me vio pelear. Una vez pasamos por el edificio de la Lubianka y se me ocurrió decir: «Aquí también torturaban». Me miró con desprecio. Luego visitamos el parque de Pushkin y la iglesia de San Basilio acompañados de dos chicas armenias, con gorros de astracán o de conejo. Le dije: «Nos están siguiendo». Y después de acostamos con ellas, comenté: «Nos han grabado la conversación». Me acusaba de loco. No se fiaba de mí porque yo no llegué a la cuadrilla desde la ideología, sino para sobrevivir. La mayoría de los que conocí después en el exilio se educaron en colegios de pago. Lo mismo Grande que Bazoka eran revolucionarios puros. Eran del pueblo. Fueron combatientes de la nieve, oficiales de la academia del frío. Estuvieron pegando tiros durante sesenta años. Se fueron de casa sin una muda, sin un cepillo de dientes. Ni agonizando dejaron de ser leales al Partido de los Fusilados. Ni muertos hubieran desobedecido. Grande se pasó la vida obedeciendo, con bombas de mano y en las trincheras. Fue el jefe de la evacuación, y lo hizo a la perfección. Nos llevó sanos y salvos más allá de la frontera.

¿Qué ha pasado después? ¿Para qué combatimos? Los bancos han sustituido en su lujo y magnificencia a las iglesias. Son las nuevas catedrales, con las pinturas más caras de los maestros internacionales. Los leopardos se convirtieron en gatos.

Irene me conoció en una estación, donde nos recibieron con champán. Nos esperaban coches con cortinas oscuras y ella era traductora.

—¿Qué queda aquí de todo aquello? —dice el mulato.

—El Partido de los Fusilados ya casi no existe. Acaso sobreviven algunos jubilados, a los que se les nota su militancia porque tienen el cabello más blanco que el resto. Hace años se hablaba de ese partido como el de los héroes. Muchos fueron derrotados; la mayoría, fusilados o encarcelados. Algunos sobrevivieron pasando clandestinamente la frontera. Sus nombres se han olvidado, y además eran falsos. Se llamaban cada mes de una manera. Pero hoy nadie recuerda sus aventuras. Incluso los mismos supervivientes tratan de quitarle importancia. Todo acabó cuando el padrecito que fumaba en pipa y tenía viruelas en la cara dio la orden de retirada. Hubo cambio de táctica.

# XI

# GARROTA ANARQUISTA.

Ya había avisado a Estrabón y a Irene: tenía que encontrar a un anarquista que caminaba ayudándose con una garrota, que bebía anís del mono y a quien debía ver yo solo, porque no se fiaba más que de los que pelearon junto a él. Había estado preso después de vestir el mono de miliciano; luego se había dedicado a arreglar bicicletas, antes de escaparse al monte, no huyendo como otros, sino por su fidelidad a la Idea. Terminó como pistolero por segunda vez y lo volvería a ser si volviera a nacer y a morir.

Lo del anís tiene una explicación científica. Una familia de indianos se trajo un mono y lo dejó en su fábrica. La gente iba a verlo. En recuerdo de aquel primate y de Darwin, la familia puso en las etiquetas de las botellas la cara del naturalista del *Beagle*.

El pequeño anarquista cojo no solo nos arreglaba la bicicleta, sino que nos regalaba almanaques con chicas desnudas y libros que los curas y las mujeres piadosas consideraban obscenos. Libros que prohibían en las bibliotecas porque nos decían que era de mucha importancia leer libros buenos y rechazar los malos. «Los libros —decía uno de aquellos moralistas— suelen ser despertadores de la pereza, maestros de la virtud y espejos de perfección y bondad».

Bazoka, Gafitas y Grande siempre nos avisaban: «Cuidado con las palabras de los de la bandera negra. Se agarran como canciones». Eran como los buenos malos chicos que te llevaban sin que te dieras cuenta a la ruina; también los Fusilados nos infundían una moral, una ética y una conducta. Pero a nosotros nos parecían piratas como los de los libros, con un lenguaje cercano al de los niños.

Era verdad lo que nos advertían los comandantes por nuestro bien, porque las consignas de los anarcos se agarraban a mi memoria mejor que las oraciones de la

iglesia; todo cuanto decían sonaba a libertad y, aunque la mayoría de las enseñanzas que me metieron en la cabeza, lo mismo en la iglesia que en el Pedrón, han resultado en la mayoría de los casos inútiles, tal vez equivocadas, y en cualquier caso derrotadas, las que propagaban los libertarios de macuto se quedan agarradas. Ellos se referían a la Idea como a un ídolo en llamas y en andas, un conjunto de sueños, la manera de liberarse de las cadenas; creían que podía darse la vuelta al mundo como si fuera un calcetín, y, aunque se proclamaban ateos, en realidad esperaban con una extraña fe un nuevo paraíso.

En la escuela, don Juan y el cura en la doctrina también nos contaban cómo en nuestro propio pueblo, totalmente cristiano y de buenas costumbres cuando estalló la guerra, se presentaron milicianos con pistolas, los cuales prendieron fuego a la iglesia e hicieron con las imágenes del Cristo y de la Virgen una gran lumbre. En el martirologio y la crónica diocesana de la época roja, de Cirac, con proemio del obispo, se relataba cómo posteriormente fue empleada la iglesia como fragua, carpintería, carnicería, cuadra y, finalmente, como teatro, «utilizando todo el presbiterio como escenario de comedias inmorales y de mítines escandalosos. El espíritu satánico de profanación llegó al extremo de no respetar siquiera el cementerio, que fue profanado, rompiendo lápidas, sarcófagos, cruces y cuanto en él había». Pero eso había sido en la guerra, en la que todos se mataban entre sí; nosotros no conocíamos las barbaridades porque en las casas apenas se hablaba de las salvajadas de la contienda.

Hablaban de los hijos del pueblo alrededor de la lumbre, mientras se asaban las patas, y se referían a nosotros, a los de la serranía, a los cabreros y a los que remasaban. Era la primera vez que nos sentíamos protagonistas de nuestra propia historia. Nada menos que hijos del pueblo. Nos sentíamos aludidos porque los Fusilados se referían a capitalistas y terratenientes que no conocíamos; sin embargo, nosotros sí que conocíamos a los curas. Lo que enseñaban los libertarios sí estaba a la medida de nuestras ambiciones y de nuestros sueños. Aludían en la noche a las cadenas que nos oprimían y las sentíamos rodeándonos la cintura. Como en la catequesis, nos describían el paraíso el cura y las mujeres piadosas, éstos nos dibujaban un jardín, que sería toda la tierra, donde todo lo feo y lo vil se eliminaría. Luego nos desmentían la leyenda, tan en boga en nuestros pueblos, según la cual los anarcos degollaban a los curas y violaban a las vírgenes, insistiendo en que la anarquía era la máxima expresión del orden; todo lo que ellos predicaban eran cosas naturales, sin coacciones ni violencias. Anarquía quiere decir sin líderes, sin orden. Mientras los Fusilados no utilizaban tranvías, coches de correo, nunca el tren, siempre iban a pie, se movían de noche y evitaban las carreteras, los anarcos eran más descuidados, confiaban en la bondad natural de los campesinos y el resultado era que sus partidas se llenaban de topos y de espías. Iban cayendo, una a una, sus

organizaciones.

Algunos eran de lejanos países. Recuerdo aquellas nuevas invocaciones que escuché durante unos días que estuve en el campamento de unos hombres con barbas que estudiaban esperanto, antes de incorporarme a la partida de Gafitas y Grande, en compañía del hijo del Capador. Éste me decía que en realidad su padre sentía más simpatía por los libertarios que por los Fusilados. «Yo no sé si quedarme con ellos. Me parecen más personas».

Entonces los del Rosal no podían cantar para no dar señas al enemigo, pero recitaban por lo bajini aquella letra:

*Negras tormentas agitan los aires,*
*nubes oscuras nos impiden ver,*
*aunque nos espere el dolor y la muerte,*
*contra el enemigo nos llama el deber.*
*El bien más preciado es la libertad,*
*hay que defenderla con fe y valor,*
*alza la bandera revolucionaria,*
*que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.*
*¡En pie pueblo obrero, a la batalla!*
*¡Hay que derrocar a la reacción!*
*¡A las barricadas! ¡A las barricadas*
*por el triunfo de la Confederación!*

No explicaban que esa canción la escribió un poeta en la cárcel. Luego, mucho más tarde, Irene me contaría que el poeta era de su ciudad.

Ahora, en el acopio de hechos y caras, tenía que recordar la cara de un hombre y no podía hacerlo después de tantos años. Si es que aún vivía y la contraseña era la normal, en estos casos, «Viva la anarquía». Desde mi larga charla con Bazoka en la UVI tuve la intención de hablar con el anarquista de la garrota que yo había conocido, el que me arreglaba la bicicleta, el dos veces pistolero. «Era de por allí, de donde eras tú. Un hombre del campo, poco mayor que tú, que llevaba garrota desde joven, desde que lo hirieron en la quinta del chupete. Siempre tomaba anís del mono porque tenía en la botella la cara de Darwin». Había olvidado su cara, su nombre, su garrota y si era de la quinta del chupete, del biberón o del saco. Pero cuando ahora lo veo en el parque del pueblo cercano al mío, empiezo a recordar. O tal vez sea que perciba en él ese viejo aire de los que estuvimos errantes en la tierra. Bazoka me había dicho que no era ni cangrejo, ni de los Fusilados, sino del Rosal. Que se quedaron en la serranía cuando nos evacuaron a nosotros. Por los datos que me dio tenía que ser él, el del parque, renco y pequeño, pelirrojo, de ojos azules, encorvado a pesar de su estatura, y con una mirada viva y alegre. Le digo que vengo de parte de

Bazoka. Me mira de arriba abajo, como si me estuviera tallando.

—No te conozco.

—He estado muchos años fuera.

No me invita a sentarme, pero yo me siento. Alrededor juegan los perros y los niños.

—No me interesa la Memoria.

—Ni a mí.

—Entonces…

—No creas que soy de ésos que mandan los partidos con presupuesto a buscar calaveras.

—Eso —dice— es la última miseria de los partidos para apoderarse de la memoria y del olvido, y, desde esa ventaja, dictar la moral que ha de tener la sociedad. Me he pasado media vida en la sombra y no quiero acordarme de nada de todo aquello que vivimos.

—Yo igual. Solo quiero buscar a uno que tú conocías, a ver si sabes qué fue de él.

Me mira con la precisión de un policía o de un fotógrafo de bodas.

—¿Eres de por aquí? —pregunta.

—De la central hidroeléctrica. A mi padre lo mataron. Yo iba al taller de bicicletas a que me arreglaras la cadena o el manillar cuando se me partía. El manillar estaba tan cosido como mis pantalones.

—Ya sé quién eres. Sigue.

Se interesa por el final de Bazoka. Reconoce que estuvo en la central y que conoció a mi padre. Luego me habla de aquellos días y meses de la vergüenza. Que se salvó de la pena de muerte y de las sacas. Que se pasó la mitad de la vida en la cárcel, y que ahora vive de la pensión, esperando la hora final.

—¿Te has rendido?

—Eso nunca. Lo que pasa es que el péndulo de la historia está en la acera de enfrente. Pero dime, ¿por quién te interesas?

—Por Gafitas.

—Era un condotiero. Siempre me pareció un luchador sin ideas, un mercenario. Fueron fusilados más de tres mil hombres, más de veinte mil fueron encarcelados, murieron también más de trescientos guardias. Y tú vienes a interesarte por uno. ¿Por qué?

—Era mi amigo.

—También lo fue mío. Claro, eso es lo extraño. No me caían bien los Fusilados, pero éste no era dogmático, sino que tenía mucho coraje. No quiero volver a recordar aquella mierda, pero me acuerdo de Gafitas, me caía bien.

—¿Qué fue de él?

—Cualquiera sabe. Entonces se mataba por adulación. Vosotros obedecíais

consignas de gente que estaba muy lejos de estas montañas.

—¿Y vosotros no?

—También. Pero nosotros hemos perdido de verdad todas las guerras y batallas. Nos calumniaron, nos denunciaron, nos tomaron siempre por locos. No podían soportar que fuéramos gente sin dios y sin amo. Ellos adoraban a fetiches de cera. Nosotros estábamos solos, tuvimos que encuadrarnos en las partidas de los Fusilados, a los que no podíamos ni ver, ni ellos a nosotros. Pensábamos que la liberación de los seres humanos no llega nunca a través del Estado. El Estado es la desigualdad en términos de poder. Es la delegación del mando en manos de una burocracia. Ni dioses, ni amos, ni jerarcas, ni culto al jefe. Por eso fuimos siempre los primeros perseguidos, por unos y por otros. Odiábamos a los Fusilados porque eran la negación de la libertad. Para nosotros no hay nada que no pase por la libertad.

Nos vamos a una taberna cercana al parque. Dos policías municipales saludan muy cordialmente al hombre de la garrota.

—¿Lo de siempre? —le dice el camarero al entrar en la taberna.

—Sí.

El tabernero busca en la estantería la botella de anís y le sirve una copa, al lado de un vaso de agua.

—¿Y los cangrejos, qué fue de ellos? —pregunto.

—No quisieron pelear cuando vieron que íbamos a la derrota. Los sacaron con un barco desde el norte. Muchos años después volvieron y se hicieron con el gobierno, ellos se quedaron con la marca, como te dije.

Con la segunda copa le explico, para que se fíe de mí, que tal vez por mi origen campesino, como el suyo, tuve una secreta admiración hacia los libertarios.

—El Manco me habló de vosotros.

—El Manco, al pobre se lo llevó el río. Era un hombre bueno, seguro que también pensaba que la anarquía es hermosa; sé que enseñaba a leer a los pastores analfabetos.

—Eso también lo hacían Grande y Bazoka. ¿Qué te contaba el Manco de nosotros?

—Algo extraño: que no os asustan las ruinas.

—Así es. Así se lo explicábamos a los compañeros. Fuimos siempre obreros. Siempre hemos vivido en chabolas, y somos los que hemos construido los palacios. Si los destruyen, los volveremos a hacer aún mejores. No tememos las ruinas porque vamos a heredar la tierra. Pero el Manco era de los Fusilados.

—Sí, era ortodoxo. Me contó que no fuisteis los primeros en hablar del amor libre, sino los utopistas.

—El amor libre existió en la época primitiva. Lo practican el mono y todos los animales. Es verdad —dice el de la garrota— que los primeros militantes del Partido de los Fusilados autorizaron las relaciones sexuales sin más cortapisa que el no

atentado contra la libertad del individuo. Redujeron el matrimonio y el divorcio a unos papeles y autorizaron a que los hijos ilegítimos tuvieran los mismos derechos que los legítimos. También autorizaron el aborto. Pero eso fue al principio. Luego se convirtieron en un estado frío y siniestro.

El anarquista divide el parque con una garrota que le llega a la altura de los ojos. El sol la dora. Me cuenta que ellos nunca aceptaron consignas.

—Los del Partido de los Fusilados nos traicionaron y se traicionaron entre ellos. Se hicieron purgas a sí mismos. Por último, llegaron los cangrejos, que traicionaron a todos.

—Sí, al final, veían provocadores, topos y agentes dobles por todas partes. La clandestinidad era muy dura. La simple sospecha de dar dinero para los presos podía terminar en el paredón. Pero hay que reconocer que los Fusilados se jugaron la vida con dignidad. Se creían de verdad aquello que decían los dirigentes: ser del Partido de los Fusilados significa ser fiel hasta la muerte al Partido. Significa ser un luchador intransigente, no regatear esfuerzos ni sacrificios. Y cuando llegó la orden de retirada, la aceptamos, aunque Gafitas no era partidario de la evacuación. La operación de retirada fue una hazaña. Algunos prefirieron quedarse en la serranía, y lo que yo no sé es si Gafitas se quedó o si lo mataron.

Oigo música de sus consignas mientras veo saltar a la comba a las niñas. Oigo muy lejanamente como desde el otro mundo, el otro siglo, la otra vida, la otra gente, cosas como que todos somos hermanos, «mi familia es la humanidad, donde hay poder hay vileza». Luego recuerda el tiempo de la batalla:

—Aquello era un infierno.

—Muchas delaciones.

—En las barberías por lo menos había un chivato, y lo mismo en los bares, y en las pandillas de resineros y remasadores. Los chivatos cobraban quinientas pesetas al mes. La clandestinidad era muy dura. Estábamos rodeados de traidores.

Pero no me habla de Gafitas. Insisto:

—¿Nunca estuviste en alguna acción con él?

—Sí. Asaltamos el coche de línea.

—¿Y cómo se comportaba?

—Ya te lo he dicho: con huevos.

—Pero no caía bien a los comandantes.

—Porque era diferente. Repito, un condotiero. No era como nosotros, que íbamos con la Idea encima. Actuaba, no trataba de convencer. Yo le decía eso de que la propiedad es un robo y él contestaba: «Pero si nos hemos llevado la paga de los obreros de las centrales. Somos ladrones, no combatientes». Y luego, en los ratos de esparcimiento, me decía que todo eso de que la anarquía era el orden y el caos, la armonía, no dejaba de ser una contradicción. Que eso de Dios y del Estado está muy

bien, pero lo que había que hacer era evitar que no nos matasen.

—¿Recuerdas sus últimos momentos?

—Nosotros ya andábamos por otras zonas. Hubo muchas caídas. Solo vuestra partida estaba intacta, lo cual infundía bastantes sospechas. Luego nos informaron de que vino el equipo de rescate, pero no para evacuarnos a nosotros, sino a los Fusilados. Y me contaron que se lo cargaron porque él quería seguir en la batalla. Ya sabes. Lo habrás comprobado después: liquidaban a los disidentes. A Gafitas le dieron matarile. Fue una puta purga.

—Pero tú no lo viste.

—No. Pero conocía sus métodos.

—Nadie le vio, ni vivo ni muerto.

—Nosotros seguimos después de vuestra retirada. Nos dijeron en el extranjero que Gafitas no estaba entre los evacuados.

—Eso lo sé de primera mano. No iba con nosotros.

—A nosotros nos acusaban de matar obispos, pero nunca quisimos la dictadura.

Pienso que todo eso de incendiar las iglesias, matar los frailes, incautar las patenas tampoco es para presumir. Incluso en las partidas contaban cosas espantosas de los anarquistas, de las iglesias saqueadas y convertidas en fraguas o corral de ganados. Los vencedores de la guerra y los frailes en los ejercicios espirituales describían con toda clase de detalles cómo se presentaban en los pueblos pistoleros, furiosos de sangre, los cuales, guiados por gente de otros pueblos, asesinaban enemigos en las afueras de las villas. En el libro prologado por el obispo que nos hacían leer, narraban cómo, al ser ocupado el pueblo por los milicianos, el vecindario amparó a los religiosos, que se vistieron de seglares, y los milicianos destrozaron el órgano, quemaron el eccehomo. Luego llegaron los otros que vigilaban los libros porque decían que socavaban los principios básicos en los que se asienta el orden social. Nos alertaban sobre la corrupción de las inteligencias por obra de los sembradores de ideas, contra los periódicos, revistas, hojas o panfletos que trataran de socavar la religión verdadera. «Se prohíben —explicaba el libro— las publicaciones que con burlas o caricaturas atacaran los fundamentos de la religión sobrenatural, los libros que describen o narran cosas lascivas u obscenas». Decían que Voltaire era un monstruo, que procedía de una naturaleza ávida de placer, y al final aquel impío vino a morir desesperado después de haberse convertido aquel mismo año y de haber hecho su retractación. Pero luego me vienen a la memoria cómo nos quitamos de en medio a pobres guardias civiles que dormían como nosotros en los pajares, tenían sabañones y pasaban hambre como nosotros.

Según el anarquista de la garrota, los delatores bien pagados, en plena hambre, y las infiltraciones de la brigadilla en las partidas fueron diezmando el foco de resistencia. En los últimos tiempos ni siquiera hubo detenciones. Había una orden

secreta que, traducida, sería algo así: «No habrá prisioneros a menos que haya testigos sospechosos».

Ese hombre un día fue una verdadera feria en las acciones de atracos y secuestros, pero tenía muy claro que ellos, los anarquistas, no habían servido a ningún Estado, ni siquiera al Estado obrero.

Antes de irme, le pregunto:

—¿Has oído el nombre de Bernardino últimamente?

A Bernardino sí que lo conoce.

—Dicen que murió.

—¿Murió o lo mataron?

—No se sabe, porque después de decir que había muerto en la choza y que se lo habían comido los perros salvajes, resulta que lo han vuelto a ver.

—¿Alguien vio el cuerpo?

—Nadie.

—¿Tú que piensas?

—Ya sabes que no soy creyente, pero con Bernardino no sé qué creer. Dicen que es el mismo diablo.

—Eso lo dicen porque se follaba borruchas.

—Pasaron cosas extrañas, no se fue con los del equipo del rescate, y después ni lo mataron ni lo hicieron preso.

—¿Insinúas que era un topo?

—Yo no digo eso, digo que no lo tocaron. Nunca pisó el maco.

—Porque no lo apresarían.

—¿Qué dices? El general quemó el monte, lo rastreó chaparro a chaparro. No se libró ni Dios. No sé qué pensar del destino de Bernardino.

—¿Tú tienes alguna teoría?

—No te ofendas, pero yo pienso que en vuestra partida había infiltrados.

—¿De quién sospechas?

—No lo sé. O tal vez es que Bernardino *es* realmente un demonio o un duende.

Hace tanto tiempo de todo esto que ni siquiera tengo un criterio de quiénes pueden ser los topos o los traidores.

# XII

# LAS CEREZAS SILVESTRES.

Esteban Estrabón me pregunta si el Partido de los Fusilados conserva en sus archivos noticias de las partidas. Le digo que seguramente borraron muchas de las huellas tanto unos como otros.

—Para los guardias no éramos sino asesinos o delincuentes comunes o alimañas. Para la gente del exilio las partidas contaron con el apoyo de la gente. Uno de los jefes del Partido de los Fusilados dijo: «Contaron con la profunda simpatía de las masas, que veían en los hombres del monte a los auténticos héroes. Pero ésta simpatía no se transformó en apoyo activo de masas, que era lo que se necesitaba y lo que se perseguía con la lucha. La experiencia enseña que es muy difícil llevar a la par la lucha en el campo y en la ciudad».

Cuando nos adentramos en la parte más alta, más allá de la aldea, Irene se muestra muy sorprendida ante el abismo. Hay precipicios de más de cien metros de hondura. Allá abajo, el río es un hilo verde.

—Tienes razón —dice ella mientras el viento de la cresta le desbarata los cabellos rubios—, este río atrae como un animal vivo.

—Soy yo escapando siempre de mí mismo. El río sigue circulando por mis venas.

He logrado acercarla a la religión del río. Ella recita los versos de un poeta de la tierra llamado Francisco García Marquina, cuyo libro ha comprado en una estación de servicio. Me lee al lado de la ventana de piedra:

*El río se ha crecido como los ciegos en la oscuridad*
*y quiere devorar su propio valle sin respetar la tregua de la tierra.*
*Con su cuerpo de agua el río borra todos los linderos*
*y cabalga a los huertos que perdieron la cara y la faena.*

Me dice que mis recuerdos sobre el río y la electricidad le han interesado. Que realmente este río es vengativo, poderoso y ataca cuando uno menos se lo espera. Parece bucólico, inofensivo, y de pronto se desboca como un caballo.

—¿Tú crees que ese recuerdo me vuelve loco? —le pregunto.

—No, esos recuerdos no tienen nada de desequilibrio. Las del río son evocaciones naturales.

Y he estudiado la obsesión de aquellos hombres por la electricidad. Tenían razón los de la partida: la electricidad basada en el agua fue un cambio social, alumbró algo más que las ciudades con farolas. Hizo posible la radio, la telegrafía, la televisión. La electricidad es también la base de la sociedad de la información y de Internet, lo que llaman la tercera revolución industrial. En cierta manera, cambió la forma de pensar, y la cambiará aún más radicalmente en el futuro. Aquel sueño terminó en un muro de hormigón y ni siquiera escribieron los nombres de los que murieron en el monte, murieron sin público.

A pesar de su serenidad y equilibrio, a Irene los despeñaderos y acantilados le provocan vértigo. No le quiero contar, en este momento, que desde una de estas riscas, a la espera, disparamos Grande y yo sobre un sidecar en el que viajaba un jefe de los guardias y un ayudante. Cayeron al abismo, entre las risas de Bernardino, mientras Grande nos ordenó que saliéramos corriendo, para escondemos después en un pequeño camposanto que he vuelto a ver esta mañana.

Antes de pegar un tiro en las ruedas del sidecar y presenciar desde el altillo cómo la moto y los dos ocupantes se despeñaban, había conocido a los guardias en la central hidroeléctrica. Iban en parejas, tan muertos de frío como los demás, tapados con unas capas triangulares. Los desplazaban a la sierra desde las casas cuartel de la llanura y sus misiones duraban quince días.

Llevaban unas carteras negras de las que sacaban, sentados en la estufa de los electricistas, huevos duros, latas y tajadas de tocino. Comían, como nuestros padres, ayudándose de la navaja. Solían dormir en los pajares y en los chozos de los pastores, pero cuando llegaban a la central se echaban al lado de los transformadores al amparo del calor. Nosotros los vigilábamos mientras dormían y yo los dibujaba con los lapiceros de colores de la escuela. Luego, aprovechábamos esos momentos para poner o recoger los cepos. Yo pintaba sus uniformes, que tenían un aspa, hacedillos de varas y una espada. No iban a caballo, sino a pie.

Lo del sidecar ocurrió cuando ya nosotros, Bernardino, el hijo del Capador y yo, habíamos aprendido a disparar. El Gafitas siempre se interesó por mi manera de pintar y se iba quedando con los apuntes que hacía, especialmente los retratos. Me pidió el boceto que había hecho de la voladura del sidecar.

Irene sabe leerme la cara. Parece como si estuviera viendo en mis ojos esa misma escena.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

—Eso es imposible.

—¿Tú crees?

—Creo que tienes dificultades para pensar en algún asunto que te inquieta.

—Todo ha prescrito.

—Pero las escenas que se tienen almacenadas en el disco duro regresan.

—Algo de eso hay.

—La represión consiste en rechazar los recuerdos angustiosos. Pero insisto, esos recuerdos nunca se pierden del todo. Se filtran hasta un rincón del inconsciente.

—No me atormentan los recuerdos. Al contrario, me gustaría ahora mismo revivir todo lo que me ocurrió en aquellos días.

Nunca le he contado a Irene lo difícil que es aprender a matar. Ella conoce mi mente, pero hay cloacas oscuras en el infierno de la verdad, donde opera el gusano del pasado, a las que no ha llegado. Me habló en los días gélidos, cuando paseábamos entre las estatuas de bronce de dictadores por delante del edificio con ladrillos amarillos, del poeta que se saltó la tapa de los sesos cuando comprobó que no era la pluma la que hacía avanzar el mundo, sino la sangre.

—Es imposible recordar todo por arte de magia —me sermonea—. Guardarás los recuerdos más traumáticos. Es lo que los psiquiatras llamamos amnesia psicológica.

Muy bien, querida compañera. Siempre has sido mi sanatorio psiquiátrico. Fuiste el refugio para los recuerdos que me atormentaban, cuando la nieve era la luminosidad que tapaba sótanos tenebrosos, en nuestra juventud, la edad de los sueños y de la venganza. Tiempos en los que se hizo una hoguera con los veinte siglos anteriores. Juntos vimos que todo aquello apenas era un muro de hormigón con alambres de espinos y torres de vigilancia con policía secreta que nos escuchaba mientras hacíamos el amor. Entonces aún estabas en la ortodoxia. Entonces citabas a un filósofo de tu país, aquél que decía que las ideas, como las pulgas, saltan de un hombre a otro, pero no pican a todo el mundo.

Yo volvía del infierno de la verdad, cuando la verdad era un fusil, antes de ser mirado por tus misericordiosos ojos de católica, cuando pensábamos que nuestros tiros despertarían a la patria. Grande nos decía que solamente los desesperados eran capaces de asaltar el Estado.

El cura nos había contado que el crimen se inició cuando Caín utilizó la quijada del asno. El puñal siempre está cerca del poder. Mataron a los reyes, mataron a los papas, mataron a los políticos, mataron a los prelados. Por eso esta tierra está repleta de cruces de piedra, entre ortigas y alacranes. Aquí no se ha dejado nunca de matar.

Eliminábamos a los guardias porque, según los jefes de la partida, eran los lacayos del Estado, un instrumento del que se valen las clases dominantes para

perpetuar su poder sobre las clases explotadas. Nosotros éramos el pueblo en armas. Grande nos hablaba de Espartaco y del pasaje en el que se decía: «Vuestras nobles damas presencian cómo se matan los gladiadores en el circo mientras acarician perros en la falda y los alimentan con deliciosas golosinas». Nos aleccionaba en lo referente a la crueldad de los explotadores: «Durante la Revolución Industrial metían adormideras en el cuerpo a los viejos para que siguieran trabajando hasta las vísperas de la muerte, hasta que se iban arrugando o se encanijaban como monos pequeñitos. En tres generaciones la raza inglesa ha devorado con la industria algodonera a nueve generaciones de obreros», o: «El capital explota de tal manera al obrero que el trabajador, a la edad madura, se siente consumido y caduco. Cuando alcanza la vejez se le arroja a un montón de basura».

Pero cuando estábamos en estas crestas nos resultaba difícil comprender quiénes eran las clases explotadoras en aquellos campos, donde el más rico era el que tenía dos pares de mulas y se levantaba con las cabrillas, igual que los labradores más pobres y sus propios gañanes.

Esteban Estrabón aparece de pronto como en las comedias. Y sigue preguntando por Grande.

—¿Cuál era la táctica de lucha del comandante?

—Grande —le respondo— defendía que los obreros deben armarse y asaltar el Estado, que no era una ficción, ni una idea, sino un edificio, un cuartel o un coche de línea. Más tarde leí informes políticos en los que quedaba reflejado que, en las montañas, grupos de hombres abnegados se batieron valientemente durante años, organizando una red de destacamentos de combate que despertaba el entusiasmo en la población y levantaba su moral. No fue cierto. Lo único que hacíamos cuando entrábamos en las aldeas era requisar las escopetas. Grande insistía en que nuestra misión era avanzar o morir, pero siempre estábamos retrocediendo. Mientras esperábamos que entrara la pieza, yo, en la noche serena, miraba al cielo con la cara al cierzo. Repetía que a los de la partida nos había guiado hasta entonces una Estrella Polar que había desaparecido, igual que a los pastores y a los marineros les guiaban las cabrillas y el lucero de la mañana. Entonces yo no lo entendía, lo comprendí después. Quería decir que el hombre de las botas largas, con bigote, el padre camarada y maestro, aquella mezcla de oso y lobo con botas que se entretenía dibujando a los enemigos, nos había abandonado. Éramos pequeñas partidas que nos escondíamos de día y atacábamos de noche. Si no hubieran venido a rescatarnos, habríamos muerto. De pronto llegó el pequeño pelotón del rescate. La Dirección del Partido de los Fusilados quería salvarnos y envió a siete hombres voluntarios, expertos, seguros, veteranos. Algunos habían sido jefes de batallones en las guerras, con experiencia en acciones irregulares de montaña. Parecía casi imposible atravesar el mapa con cuarenta kilos de macuto, pero lo lograron. Llevaban sacos de dormir,

hornillos de gasolina, metralletas, una pistola y dos granadas y trescientos cartuchos por barba. Atravesaron los pinares cuando se declaró el estado de guerra en todo el monte.

Aquellos guardias, que sacaban de las carteras tintero y pluma y escribían notas y atestados, se habían agrupado en batallones y dejaron de ser guardias para ser soldados. La última acción en la que participamos fue la del sidecar, cuando ya pasaban en camionetas grupos de guardias. A pesar de ello, Grande aprovechaba la espera para intentar enseñar a leer a Bernardino, tarea que había iniciado Gafitas. Nos decía que nadie es libre mientras haya un hambriento o un preso, y que el fusil es revolucionario. Cuando pasamos por el precipicio, vuelvo a ver a los guardias volando entre las riscas de color ceniza, apretándose los sombreros de pez para no perderlos.

Irene ha recogido un ramo de orquídeas silvestres. El mulato pregunta:

—¿Cuántos eran en las partidas de esta sierra?

—Nunca lo supe.

—Aproximadamente.

—No lo sé.

—¿Por qué solo los de su partida sobrevivieron?

—No lo sé.

—Alguna teoría tendrá.

—Sí, que tal vez había un traidor. Fueron cayendo una a una todas las agrupaciones. Solo la nuestra resistía sin bajas. Grande pensaba que no caíamos en manos de los guardias porque nos habíamos cuidado de los delatores y los traidores.

—¿Sospecha que entre ustedes había un delator?

—Entonces no me planteaba algo así. Solo lo he empezado a pensar ahora.

Irene aporta un dato:

—Tú mismo no te fiabas de nadie cuando llegaste a mi ciudad. Decías que la Orquesta Roja tiene hombres de mil caras.

—Pero yo entonces no sospechaba de nadie. Solo de Eladio, el chivato.

—También pudo haber tipos leales a su conciencia, héroes secretos para los suyos. Y además, siempre hay alguien dispuesto a pasarse al enemigo.

Algo extraño debió de ocurrir porque detenían a los integrantes de todas las partidas menos a la nuestra. ¿Había algún traidor entre nosotros? No quería ni pensarlo. No me atrevo a pronunciar ningún nombre. Nos contaban Gafitas y Grande que se estaban realizando un gran número de sabotajes en la línea del tren, que se atracaban coches de línea y que se daban golpes incluso a los bancos. Pocos días después de lo del sidecar, llegamos a una aldea de carboneros y rodeamos con fusiles a todos los hombres, mujeres y niños. Les hablamos de libertad y todo eso, pero los niños esperaban pan y chocolate. No entendían nada del mitin de Gafitas o de

Grande. Lo peor de todo es que no se fiaban de nosotros porque no sabían si éramos guardias disfrazados o combatientes de las partidas. Liamos con ellos tabaco de picadura, dimos a los niños onzas de chocolate, compartimos las botas de vino, repartimos octavillas, el hijo del Capador, Bernardino y yo.

Nada se sabe de Bernardino, ni del hijo del Capador. Pero tengo claro lo que pasó con Eladio. Yo sabía que había colaborado con los guardias, que se disfrazaba de hombre de las partidas para engañar a los resineros, pero yo nunca me hubiera vengado; sin embargo, la orden estaba clara: había que cerrarle el pico para que no nos delatara más. Nos ordenaron a Bernardino, al hijo del Capador y a mí, unos días antes de que llegara el equipo de rescate, que fuéramos donde su padre enseñaba a cazar a los halcones. Sabíamos que tarde o temprano Eladio aparecería por allí. Acechamos a Cele, con su cara de asceta, vimos cómo daba de comer a los halcones, con qué suavidad les colocaba las capuchas de cuero para cubrirles la cabeza. Tuvimos la suerte de que no había perros. Eladio tendría que llegar y lo hizo disfrazado como los hombres de la partida. Lo vimos con los prismáticos. Estábamos asobinados en unas riscas sobre la tinada. Abrimos fuego, pero su padre se interpuso entre Eladio y nosotros y le dimos, mientras el hijo, herido y arrastrando los pies, echando sangre, se perdió entre los chaparros. Seguimos durante varias horas el reguero de sangre que iba dejando y no nos dimos cuenta de que en realidad íbamos a ir siguiendo ese reguero durante toda la vida. Cele salió, los halcones se estremecieron en las jaulas aunque estaban encapuchados. El acuerdo era que uno apuntara a la cabeza y otro al pecho, pero no logramos abatirlo. Lo último que nos dijo antes de perderse fue «hijos de puta». Eladio, unas horas antes de que el general se apoderara de toda la sierra y cuando se le curaron las heridas, se incorporó al grupo de mando del batallón enemigo. Bombardearon con mortero. Simularon fusilamientos para hacer hablar a los campesinos. El general, con plenos poderes civiles y militares, jefe de la región, jefe del río, jefe de los pinos, juró acabar con la horda de bandidos, y lo hubiera logrado de no haber llegado para sacarnos de allí el equipo de rescate.

Si, como me han asegurado, Eladio aún vive, no puede hacerlo en el mismo territorio que Bernardino. Uno hubiera matado al otro. Bernardino era más joven, se quedó aquí y es capaz de vivir cien años a base de bellotas y espárragos. Aquí duran mucho los hombres y las mujeres. Entonces aguantaban. Se alimentaban de moras, y de endrinas, de hinojos. La mayoría de los que traté entonces ya han muerto. Pero sospecho que Eladio y Bernardino pudieron vivir, aunque es imposible que resuellen el mismo aire.

Yo he recuperado por unas horas, unos días, la vieja alegría que a los niños les produce el vivir en libertad entre gente a caballo, nevadas, riadas, trampas y cepos, jinetes que cruzan la vereda como la secuencia de una película de vaqueros.

Pero yo no puedo olvidar que estoy aquí para saber, si es posible, cómo se

quitaron de en medio a Gafitas. ¿Fue una purga, una venganza, una ejecución para evitar que siguiera en el monte?

Llamamos a la puerta de Máximo, el sepulturero, el que primero medía con un metro amarillo de hule la largura del cadáver, para hacerle la caja de pino; era además, en aquel tiempo, albañil, no se puede ser sepulturero sin saber manejar la plomada y la paleta.

—¿Quién va? —pregunta desde la oscuridad.

—Julián.

—¿Qué Julián?

—El de Colás.

Anda lentamente. Le presento a Irene y al mulato. Nos ofrece asiento en una silla de anea. Saca unas copas de mistela. Recuerdo su vieja casa, ahora reformada. En aquel tiempo se entraba a la cocina por la cuadra. Era el enterrador, en los sepelios las mujeres se colocaban detrás de los hombres.

—Ya lo creo que te recuerdo. Ponías los lazos a las liebres en las tumbas del cementerio.

—Es que estaban arregostadas a la maleza de las sepulturas. Las más grandes, las que podían saltar la tapia. Había que vivir.

—¿Por dónde has estado?

—Por ahí, por el mundo. ¿Sigues trabajando? —le pregunto.

—No, ahora es mi hijo el que guarda a los que fallecen. Mi hijo aprobó la oposición. Es funcionario del ayuntamiento.

Le cuento que le necesito. Él cree que vengo con esas caravanas de la Memoria a excavar para encontrar los restos de los desaparecidos. Cuando le hablo de Gafitas, de los últimos días de la estancia en la sierra, antes de que nos evacuaran, me escucha y al final sentencia: «Tú lo que buscas es un fantasma». Extrañamente coincide con mi mujer, que piensa que regreso a buscar no los gusanos y las hormigas que se comieron a Gafitas, sino los gusanos y las hormigas de la mala conciencia. Máximo me informa de que, en caso de encontrar el cuerpo, se lo habrán comido los insectos necrófagos.

—No le quedarán ni siquiera los pelos y las uñas —dice.

Aún me acuerdo de Máximo. No estuve el día que enterró a mi padre en un rincón lleno de maleza. Era poco mayor que yo. Ahora apenas ve.

—Que te ayude mi hijo. También se llama Máximo. Sabe mucho. Ha ido a la universidad.

En el pasado, el enterrador tuvo mucho trabajo. Después de los tiros, bajaban a los muertos en angarillas. Los guardias vigilaban las labores de enterramiento. A los pequeños no nos dejaban asistir a los sepelios. Acarreaban a los fallecidos antes de que la escarcha se convirtiera en rocío. El maestro don Juan, como tenía que ir a

escribir algo para el juzgado, nos dejaba solos en la escuela y nosotros la poníamos roja con tozas, cepas y virutas. Entonces no sabíamos que vivíamos un suceso histórico, que la gente que llegaba a matar y a dejarse matar estaba haciendo historia. Llaman historia a lo que era hambre y miedo.

Salimos con el enterrador a dar una vuelta por el pueblo. En el pequeño supermercado veo a una niña en *shorts* que enseña el ombligo y lleva guantes largos de color verde claro. Irene y yo le pedimos agua mineral y una barra de pan. Nos la da con pinzas, como si estuviera en un quirófano. Mientras volvemos al coche con el enterrador para ir a buscar a su hijo, pienso que han pasado millones de años desde que yo venía a este mismo establecimiento de coloniales y veía cómo una mosca escalaba por la montaña de escabeche.

Pienso que Máximo no hablará con libertad delante de Irene y de Estrabón. Me lo llevo aparte, a la explanada que hay delante de la iglesia.

—¿Qué fue de Bernardino?

—Vive. Aunque otros dijeron que había muerto.

—¿En el pueblo?

—Nunca vivió en el pueblo, sino en la Hoce-cilla, cerca de tu caserío. Dicen que vive, pero en realidad no se le ve. Ya sabes, no hacía buenas migas con nadie.

—¿Y Eladio?

—Vive; en la ciudad. Fue un jefazo. Ahora está jubilado.

—¿Viene por aquí?

—Sí, por las fiestas. Regala una vaca para el Cristo.

Una vez más me he equivocado, Eladio y Bernardino resuellan el mismo aire. Por lo menos durante los días del Cristo.

Han pasado muchos años, muchas cosas desde aquel tiempo en que a Bernardino, el hijo del amasador, lo sorprendieron los guardias con los pantalones en el tobillo agarrado a las ingles de una borrucha. Muchos años desde que nos enteramos de que Eladio, el hijo del amaestrador de halcones, trabajaba para la brigadilla.

—Nosotros mismos —recuerda Máximo— le sujetábamos a la borriquilla del ramal.

—Ya lo creo. Y le levantábamos el rabo. Pero cuando lo pillaron estaba él solo.

—No se lo llevaron a la cárcel.

—No, aunque todo estaba entonces prohibido.

—¿Apresaron después a Bernardino?

—No.

No hace más comentarios. Le pregunto si su hijo puede acompañarme hasta donde esté Bernardino, que a su vez me ayudará a encontrar el esqueleto de Gafitas.

La dependienta que enseña el ombligo será nieta de alguna de aquellas chicas con trenza que iban a la escuela y que nos veían a todos rodear a Bernardino, mientras

culeaba sobre el animal. En realidad no se perseguía mucho la zoofilia, porque lo que inquietaba era la homosexualidad. En aquel tiempo, no solo aquí, en esta sierra, sino en otros países del paraíso, a los homosexuales se les enviaba a campos de concentración porque los consideraban producto de la decadencia burguesa. En la sierra, practicar el sexo con una borriquita encolerizaba más al cura que a las otras autoridades, porque lo veían en cierto modo normal, consecuencia de la cercana relación entre personas y animales. Cuando en la escuela don Juan, el maestro tísico, nos contaba los casos de los centauros y las sirenas, de la relación de los toros y las mujeres de la antigüedad, aún no había ocurrido lo de Bernardino y ni entonces ni después veíamos su acción y las nuestras tan degeneradas. Lo peor visto en la sierra entonces, tanto en el paraíso como aquí, donde mandaba un hombre pequeñito, el general de la mecha larga cayéndole por la cintura, eran los maricones, que aún no se llamaban homosexuales. Contaba el Manco que a los que daban por el culo los mandaban a una cárcel, y a los que tomaban, a otra. Pero el Manco no contaba que en el paraíso también se perseguía la desviación del instinto, ni que durante la guerra, en la que él había participado, en las cimas, los generales campesinos fusilaban a los homosexuales.

Tampoco las mujeres se parecen a las de entonces, enlutadas, pálidas, ni los hombres tienen mucho que ver con aquellos encorvados con garrote de vara. Apenas me recuerda al pueblo en el que yo viví: la iglesia, el río, la sierra de enfrente. Salí de aquí arrastrándome entre las sabinas, con la promesa de no volver nunca, como otros hombres y mujeres. Algunos se llevaron en la maleta los huesos de sus muertos y sus perros. Yo no me llevé nada porque nada tenía, excepto un pasaporte falso. Desde entonces deambulé, erré, vagabundeé por el mundo sin saber qué fue de los otros. A unos se los tragó la cárcel. A otros, las simas del monte. Otros llegaron al camposanto a deshora. Alguno logró llegar a los países lejanos. Nos marchamos precipitadamente, cada uno por un lado, a horas diferentes, por caminos contrarios.

—¿Por qué quieres desenterrarlo? —me pregunta Máximo.

—Porque di mi palabra. Tal vez eso de cumplir promesas me viene de familia.

Me dijo mi amada psiquiatra que la mayoría de las ansiedades que sentimos tienen su origen en la angustia del nacimiento y de los primeros años de existencia, pero mi venida al mundo y mi niñez fueron felices, siguiendo con mi padre Colás el rastro de las fuinas o asistiendo a la escuela todos los días, excepto en las fiestas de guardar y en los nevazos. Claro que las huellas se fijan en el inconsciente, claro que la mayoría de los traumas proceden de la niñez.

Yo sueño con guardias espantapájaros, pierdo las botas en el momento en que me aproximo a una frontera, sueño que se lleva la riada nuestra casa o que meto los pies en un cepo de mi padre al pisar sin mirar. Mis sueños, como los del perro que tuvimos, vuelven siempre al pasado. Cereza, la perra que estaba junto a mi padre

cuando lo mataron, aullaba despavorida si escuchaba disparos mientras dormía.

Los que hemos nacido en estos valles sabemos desde siempre que las fuinas, las nutrias, los pájaros y hasta las moscas se quedan dormidos y evocan sus propios instintos. Los sueños son más claros que los hechos verdaderos y hay algunos ruidos o bramidos que los llevo muy dentro. Ni mi perra ni yo olvidamos nunca el disparo que se multiplicó en toda la sierra cuando mataron a mi padre. Somnoliento, ebrio o con fiebre, tumbado o de pie como sueñan los caballos, llevo en la memoria un grito y un ladrido que igualmente se reproducen y retumban en las umbrías. La perra acompañó a mi padre en la escapada y se salvó, pero quedó para siempre sonámbula.

Decían los viejos de mi aldea que de hombre a hombre no va nada, que todos cruzaron sus propias angustias. Estoy aquí, acompañado, sereno, de vuelta, con más dudas sobre todo que nunca. Me pregunto qué queda de aquel chicote que iba a esa escuela que ni siquiera quiero volver a ver. He olvidado décadas enteras de mi existencia y puedo recordar con extraña exactitud cómo eran los compañeros, cómo era la cara del maestro tísico cuando tosía, cómo eran los ojos de Justina. Aún, después de tanto tiempo, casi podría ir de la central al pueblo con los ojos vendados.

Primero me acercaría al río, con la toalla al hombro, a la parte de las piedras blancas, donde las lubinas plateadas y los cabezotas marrones, que a veces utilizábamos para pescar las truchas, se divierten intentando burlar a la corriente. Me lavaría, como un gato, la cara y el pelo. Volvería a casa, donde madre me peinaría con raya en medio. Después, me sentaría en la silla de anea para tomar el café, de malta o cafeto, con leche de cabra y sopas de pan.

Luego cogería la cartera en bandolera, el talego de la merienda, la toza; subiría las escalerillas que dan al puente del canal. Cogería el camino que entre tomillos y aliagas pasa por delante de la casilla de Mala Leche; cruzaría la dehesilla hasta alcanzar la carretera grande, por donde a esa hora suben hacia la serranía los camiones de la madera.

Los mismos que bajarán por la tarde cargados de troncos. Andando deprisa, porque haría frío, pasaría por delante de la cruz donde está el lagarto verde. La cruz con el lagarto, uno de los enigmas de nuestra vida. Cuando preguntábamos a nuestros padres por qué estaba allí, ponían el dedo en los labios y pedían silencio. Pero nosotros sabíamos que allí, siguiendo la caminata, ascenderíamos a la vereda, en la mitad del camino entre la aldea y el pueblo, entre los trigos y los robles de un lado y los melonares del otro.

Me acuerdo como si fuera hoy de los pelos helados, tiesos por no habérmelos secado bien, las alpargatas raídas, las manos frías. Cruzaría el melonar, llegaría al río pequeño, el puente, las primeras casas y por fin, arriba, después de otra cuesta, la escuela. En el talego de cuadros azules y blancos solíamos llevar el pan con sardinas arenques o unas onzas de chocolate o tal vez media tortilla, íbamos a la escuela todos

los días, lloviera o nevara. A veces el nevazo era tal que no íbamos al pueblo y nos quedábamos en la aldea cazando pájaros o acosando a las liebres con galgos. Fue en la vereda, una mañana de escarcha, donde nos encontramos con Gafitas. Entonces no sabíamos su nombre, ni qué hacía por allí; era el que hablaba; los otros dos no dijeron ni palabra. Se dirigió a mí, que era el mayor:

—¿Quién es tu padre?

—Colás, el de la central.

—¿Y los padres de los otros?

—Éste es mi hermano, esta Justina, la de Juan, y este Eladio, de Celedonio.

—¿Vais a la escuela?

—Sí.

—¿Cómo se llama el maestro?

—Don Juan.

—¿Y el alcalde?

—No lo sé.

—¿Vuestros padres tienen escopetas?

—No lo sabemos —hablé por todos.

Lo sabíamos. Las escopetas y los cepos eran parte de nuestra vida. Acompañábamos a los padres en las noches de luna y recogíamos por la mañana los cepos que habían atrapado conejos y los que no. Sabíamos que los guardias y los de la cuadrilla siempre buscaban escopetas que se escondían en los sitios más recónditos de las casas. Aquel día, el primero que nos tropezamos con Gafitas, sacó de la mochila una libra de chocolate y la distribuyó entre todos. Dirigiéndose a mí, dijo:

—Nunca nos habéis visto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nunca supo nadie el verdadero nombre, lugar de nacimiento, edad o nacionalidad de aquel hombre, que llevaba en el morral tampones y cuños para hacer identidades falsas. Nadie sabe ni su comienzo ni su fin. En aquel tiempo aparecía como si la metralleta fuera parte de su cuerpo a cualquier hora. No cambiaba el color de su rostro ni cuando daba una onza de chocolate ni cuando pegaba un tiro en la cabeza. De lo único que estoy seguro es de que tenía una idea clara de su misión en la sierra, y esa circunstancia es la que más me intriga, tal vez porque yo no estoy seguro de nada excepto de que las personas matan y mueren por cosas que apenas se aproximan a la verdad. De los dos hombres que le acompañaban aquella vez, uno era Marimacho y el otro, Grande. Más tarde me contaron que Marimacho tenía chorra y chumino.

Recuerdo las palabras de Bazoka en la UVI:

—Gafitas era frío y astuto como un espía. Bueno, había sido espía.

—Yo lo conocí en la escuela de táctica, entre sabinas.

—Pues ya sabes cómo era: un tío.

—¿Se lo cargaron en el camino o en la sierra? —No lo sé.

Muchos años más tarde nos diría Grande, tras una reunión del Partido de los Fusilados:

—Era como un gato salvaje. Creía que el hombre invencible es el que se mantiene firme en sus ideas. Le gustaba la noche y la huida continua. Nadie pudo hacerlo un gato doméstico. Para él, la clandestinidad era una forma de placer. Como los gatos salvajes, tenía el doble de neuronas que los gatos caseros. Soñaba con los pies y creía, como todos nosotros entonces, que el poder estaba en la punta del fusil.

Ni entonces ni nunca me quiso contar el origen y el fin de Gafitas. Grande hasta el final de sus días fue leal al Partido de los Fusilados. Todo lo que venía de la Dirección no era un pensamiento, sino una orden. Vivió siempre en primera línea de fuego. Se sucedieron los fracasos y las desilusiones. El mundo se llenó de ex. A los partidos duros les sucedió el partido de la corrección. El pequeño Grande permaneció firme y sereno hasta el final. Yo le pregunté, una de las últimas veces en las que estuve con él:

—¿Gafitas era un dogmático, un sectario? —Sí.

—Me parecía muy inteligente para que estuviera tan seguro de todo lo que hacía.

—Si no luchaba, moría.

—También tenían cojones los otros. Eso no quiere decir nada de la autenticidad de sus ideas.

—No sé quién era. Lo que sé es que llevaba un mapa en una mano, una brújula en la otra y la metralleta formaba parte de los órganos de su cuerpo.

Grande, tan disciplinado, ya no se fiaba de mí. Me veía como a un ex. Naturalmente no me quiso contar nada del fin de Gafitas. Grande se iba a morir y no quería ceder. Sesenta años saltando de país a país, de programa a programa, de exilio a reconocimiento, de criminales a héroes, de derrota en derrota hasta el desastre final, y no iba a rajarse al final.

Grande, el que después fue con los del ADN a buscar tibias, sabía que no hay comités para encontrar tantos muertos como hay debajo de la tierra. Pocos millones de muertos, solo seis, en la primera guerra. Nada comparable con la segunda, sesenta o más. Un millón en la nuestra. Seis en los campos de exterminio. El siglo y el mapa fueron dos fosas comunes. ¿Buscar a los muertos? Si solo hay muertos debajo de nuestros pies. Das una patada y salta una tibia. Se cuentan como si fueran pesetas: un millón aquí, seis allí, tantos en los furgones de gasificación, millones en los psiquiátricos, en los campos de trabajo. No hay números para contar tantas purgas, tantos tiros en la nuca, tantos pelotones de ejecución. El ensueño, la utopía es una lista de nombres en una tumba inexistente. No caben tantos muertos por la causa o por la Idea. Solo se ven en el cementerio las estatuas de bronce de los que nos llevaron al exterminio.

Aquel encuentro en una mañana de escarcha fue para mí un suceso que dio una senda inesperada a mi vida. Tan descreído no soy como para negar que a veces el destino es inexorable, aunque no esté escrito, que la casualidad origina futuros inesperados. Tanto a mí como a los otros niños, como a nuestros padres, como a los guardas, los pastores, los resineros, los alcaldes y los guardias nos fue imposible vivir como habíamos vivido antes porque una gente extraña atravesó los vallejos y las solanas, y comprometió la manera de vivir de todos nosotros. Si yo no me hubiera tropezado con Gafitas, habría llegado a ser mecánico de coches o de *orbeas*, tal vez hubiera estudiado para cura o me hubiera alistado a la Legión, donde se podía llegar a comandante. Pero aquel encuentro y las cosas que después sucedieron a mi padre me apartaron del camino que tenía trazado.

Y ahora, después de tanto tiempo, quiero echar un vistazo, sabiendo que estos nuevos habitantes ignoran quién soy. No solo por la promesa, sino porque siento que el ciclo de mi vida se agota y quiero resolver algunas de mis dudas.

Hemos vuelto al sitio donde nací y nadie nos ha reconocido. Nos miran como a turistas. Salí de aquí con lo puesto hace muchos años y vuelvo en un coche con Irene Gretkowska. Irene Gretkowska, mi compañera: a ella no es difícil contarle cómo es este país, cercano al suyo en el exilio, el fanatismo y la religión. Aún es hermosa. Pero no tanto como lo era aquel día en el que me hablaba del gueto. Decía: «Aquí estuvo el cuartel general del enemigo», y yo seguía hipnotizado por la serenidad de sus ojos bálticos. Y cuando tomábamos café y bollos en Blikle, notaba que los dos estábamos arrasados como la propia ciudad. Éramos almas en ruina. Habíamos aguantado la catástrofe, pero era demasiado pedir que encima tuviéramos fe en el Partido de los Fusilados y en la Estrella Polar. Cuando ella me decía que sus compatriotas resistieron a los bombardeos, a mí me asustaba pensar qué sería de mí lejos de ella, que se sabía los versos de *Poeta en Nueva York*. Ahora, tantos años después, ella aún va a misa.

Le digo en la vereda que, cuando yo vine al mundo en este valle, seguramente, nunca lo había pisado una mujer polaca porque había un telón.

—Ahora hay por aquí muchas paisanas tuyas.

La malicia de mis palabras intentan convencer estúpidamente del absurdo de nuestra propia existencia a una convencida, que luchó contra las colas y la policía secreta, contra el racionamiento y la miseria y que comprueba ahora que, en realidad, luchaba para que haya muchas paisanas en el puticlub de la cartelera y en los pueblos y ciudades cuidando ancianos. Gretkowska nunca está de acuerdo en nada conmigo; ella piensa que el poder es la mentira y yo pienso que es el crimen.

—En la colina que hay más allá del río pequeño están enterrados mis padres.

Ella mira el pequeño sendero que termina en el camposanto y no dice nada. No le cuento que en esas tumbas hay, además de mis familiares, otros hombres y mujeres

que murieron o mataron por cosas que creían ciertas. Gretkowska comprende esa conmoción que supone el viaje a la propia sangre, a una parte de la memoria sepultada por traumas o cosas pequeñas en el pozo ciego del olvido. Sabe que éste es un viaje hacia la comprobación de una duda, porque no sé si lo que ando buscando es cierto o producto de un viejo sueño.

Lo que ocurrió está en los archivos del Partido de los Fusilados y en los boletines de los guardias. Pero para saber si un hombre, una mujer o un hermafrodita habían formado parte de la cuadrilla había que escucharlos cuando contaban su historia. Eran los únicos españoles que no hablaban alto, que pedían que se cerrasen las ventanas y miraban a los que se sentaban a su lado. Su sigilo era la enfermedad profesional de unos derrotados a los que no reconocen ni siquiera los suyos y a los que el enemigo llama criminales. También en los países de más allá la gente hablaba con cuidado, mirando a los extraños, que tenían siempre aspecto de policía secreta.

En estos vallejos, en estos pinares, al otro lado del gran río, un día pasaron cosas que nadie quiere recordar. Hombres, y algunas mujeres, durmieron al raso o se escondieron en las chozas de los cabreros. Otros fueron enlaces, la mayoría de las veces a la fuerza. Algunos tuvieron que escaparse porque los buscaban los unos y los otros. Durante seis años, caminaron errantes entre el estruendo de los ladridos de los perros y el rastreo de los guardias. Aquí estaba el enemigo, los amigos y los compañeros estaban muy lejos, más allá de las fronteras, dibujando en el mármol de las mesas de los cafés las tácticas y movimientos de la tropa. Hablaban de la liberación y contaban a la gente agrupada en batallones y hasta en brigadas. Pero no eran más de treinta o tal vez cincuenta hombres que pelearon huyendo. Para exterminarlos o desarmarlos se necesitó un ejército de tres mil hombres, mitad guardias mitad soldados. Para evacuarlos, fueron precisos menos combatientes, pero la operación resultaba muy difícil porque no eran bien recibidos en ningún país.

Suena el vuelo de helicóptero de un moscardón y vemos una culebrina muy lejos, en el pueblo de los jarotes. El campo sigue igual, como entonces, ajeno a los sucesos de los hombres, ensimismado en su propio concierto, en su olor a espliego y a tomillo. No hay fantasmas, a pesar de que nos lo decían cuando éramos niños. Los muertos están callados en el cementerio, incluso aquéllos que se enterraron en un rodal sin cruces. Nadie podría pensar que yo mismo, que, desde que salí de esta tierra, no he dejado de ir de un lugar a otro, era el niño que en el año 1946, acompañado de tres más, mi hermano, Eladio y Justina, íbamos a la escuela y tropezamos con Gafitas, el más buscado en toda la nación. Quién pudiera pensar que en estas solanas, en estas umbrías, en estos caces, entre estas avenas locas, entre estas lenguazas, en las cruces rotas, en las cunetas de la carretera y allá arriba, al otro lado, en el Pedrón y la Hocecilla hubo disparos que no eran de las escopetas de los cazadores. El valle sigue igual, con su oscuridad azul y sus águilas que lo cruzan. Pero ya no están los que

mataron y murieron, los que resistieron, los que lloraron y acompañaron a los muertos. En esta parte de la sierra se jugó una partida con la muerte y se bajaron en angarillas desde el Pedrón a los que cayeron en combate. Hemos vuelto al río, a la central, a la vereda, al ventorro, a las casillas. Todo está igual, las mismas rocas de color ceniza, las mismas aguas verdes del río que se volverán achocolatadas en las riadas, el mismo canal. Todo sigue igual, excepto la gente. Ya no hay apenas personas. No se ven por la carretera camiones cargados de troncos, ni jarotes llevando del ramal a borricos con leña. Se mueven menos personas, menos moscas, menos pájaros. Los pastores son rumanos. Los guardias no van a caballo. Ha vuelto la pareja. Los ancianos están más aseados que entonces. No llevan garrotas de mimbre, sino bastones elegantes.

Hemos vuelto al lugar donde nací, al salto, a la central hidroeléctrica y no queda nadie de las cinco familias que habitaron la aldea. Unos murieron, otros se fueron a las ciudades.

Nadie me ha reconocido en la taberna del pueblo. Hemos paseado por la chopera y nos han mirado como se mira a los forasteros. Y, sin embargo, yo nací en este río y era el encargado de pasar a la gente de un lado al otro en el cajón, que iba por el aire entre dos cables: el de arriba con dos ruedas, el de abajo para poder agarrarlo con las manos y avanzar. Desde el otro lado silbaban o decían un largo «Ehhh» y yo cruzaba el cajón para cruzarlos a ellos. Pasé muchas veces a los pastores, a los cazadores, a los guardias. Solo me resulta verdaderamente mío el agua verdísima del río, que yo no he visto nunca igual en otro lugar de la tierra. Cuando salí de esta aldea ni siquiera miré atrás. No deseaba volver nunca. Tal vez es que los que nacemos en la orilla de un río somos siempre fugitivos.

Durante toda la niñez y la adolescencia nos dormimos con el rumor de la riada, que sosiega. Todos los días, excepto cuando la nieve nos llegaba a las rodillas y siempre, en invierno o en verano con lluvia o con nieve, yo sentía una alegría de retozo al pisar la vereda. Era como una película en la que podía pasar de todo: encontrar un ternero recién nacido, una oveja muerta o un hombre a caballo de cara borrosa que había perdido el hatajo de ganado. La vereda dividía el robledal y los melonares, marcaba la mitad del camino entre la aldea y la escuela. Aquella mañana hacía mucho frío. Salían hilos de vapor de los tapabocas y de las trenzas con lazos de Justina, la más pequeña.

# XIII

# CAZADORES FURTIVOS.

Máximo Segundo, sepulturero por oposición, Esteban Estrabón y yo salimos del pueblo en busca del esqueleto de Gafitas. Irene se quedó en la casa rural con la intención de visitar unas cuevas rupestres, en la otra sierra, en la del Poniente.

—¿Hace mucho tiempo que no ve a Bernardino? —le pregunto al sepulturero, un chico enjuto, con pantalón vaquero, deportista, que conduce el todoterreno.

—Sí, hace mucho tiempo. Tal vez haya muerto o esté en una residencia de ancianos. Dicen que se lo comieron los perros en su propia choza.

Se interesa por el objeto del viaje a la Fuente del Hueco. Pregunta si somos detectives. Le digo que no, pero que tenemos una idea de dónde pueden estar los huesos.

—¿El que buscamos era gordo o delgado?

—Flaco —responde Esteban por mí.

—Los flacos tardan más en pudrirse —dice el sepulturero.

Me doy cuenta enseguida de que tiene razón su padre al decir que el chico está preparado. Este país ya no es aquél de sotanudos y chupahostias, según lo definió una visitante de la posguerra. Me cuenta que han descubierto restos no solo de los hombres de las partidas, sino de mendigos y de otros huidos que seguramente iban por libre. Dice que, si queda algo, será el esqueleto.

—Suelen atacar al cadáver las siete plagas de los escuadrones de la muerte.

Luego me dice, en tono de reproche, que no entiende esa obsesión por desenterrar cadáveres. Le doy la razón y le informo de que yo no soy de esos exhumadores de la Memoria.

—Hay gente —prosigue él— en estos pueblos que parece que se alimenta de muertos. El odio es necrófago. Hay quien dice que la bulimia tiene el origen en una

insatisfacción sexual, pero se ve que aquí está relacionada con los odios de la guerra y la posguerra. ¿Qué placer van a sentir en exhumar fosas con ese terrible olor y esas hileras de gusanos? Primero, las plagas de insectos dejan a los muertos en los huesos, y más tarde atacan también a las ratas, e incluso a los perros.

Me pregunta por los objetos que podría llevar.

—Hay que saber reconocer los botones, documentos, armas. Y también me gustaría saber si tenía cicatrices o tatuajes.

Me cuenta que la carne suele desaparecer a los cinco años.

Luego hablo con Máximo Segundo del pasado. Me pregunta cosas extrañas, como cuánto valía antes una barra de pan.

—Creo que una peseta.

—¿Y un litro de aceite?

—Unas quince.

Entra en el asunto de las partidas.

—Eran ustedes muy valientes.

—Qué va. Cuando oíamos los disparos nos moríamos de miedo. Estábamos entre dos frentes. Nos cogió en medio, eso fue todo. No pudimos ser neutrales, teníamos que tomar partido a la fuerza.

—¿Por qué los evacuaron?

—Porque la Dirección del Partido fue aniquilada, no aquí en la serranía, sino en el llano, y entonces la Dirección dio la orden de salvarnos.

Se interesa mucho por el tiempo pasado. Quiere confirmar algunas de las barbaridades que se cuentan. Le explico lo que entonces decía el obispo cuando llegaba por los arcos de triunfo hechos con tomillos y flores del campo: «Somos generosos y magnánimos, admitimos a nuestros enemigos en la convivencia, perdonando sus pasados yerros, pero por Dios, sin ruido, no vayan a despertar a tantos muertos y tantos héroes que cayeron engañados por las falsas doctrinas».

Le confirmo que efectivamente había libros prohibidos porque decían que ponían nuestra alma en peligro.

El sepulturero me dice que ha leído recientemente un libro encontrado en unas excavaciones en la iglesia, donde hallaron un esqueleto junto a un volumen de Voltaire. Lo habían fusilado y tal vez alguien de la familia puso el libro.

Cruzamos la vereda, que antes era una cinta de verdín, por la que pasaba la película de la trashumancia. Ahora hay banderas y gente con carritos y palos. Aprovechan el suave césped, tan bien estercolado por la mesta de los siglos, para jugar al golf. Luego cruzamos el río y llegamos hasta el Pedrón. A pesar de ser joven y de este siglo, Máximo Segundo, tan enjuto, me recuerda a aquellos pastores de bronce con garrota que hay en la ciudad y que tanto sorprendieron a Bernardino cuando fuimos de putas con Bazoka. Y, sin embargo, es de otra naturaleza, ha

viajado, ha ido a la universidad, es sepulturero por oposición. Me habla de la resistencia de los huesos:

—Ahora se han descubierto huesos casi intactos de los que hicieron las pirámides de Egipto. Han aguantado cuatro mil años sin convertirse en polvo; allí los han encontrado, al lado de sus jarras de cerveza y sus panes; los protegía el aire seco del desierto.

Por la vereda pasaba un pequeño ganado de vacas muy grandes, de colores, tocando sus esquilones.

—Son las mismas que verá su esposa en la cueva donde ha ido. Y también verá más allá de las estalactitas, un mastín, un caballo y un hombre desnudo que caza a lazo.

Recuerdo las cuevas porque nos escondíamos, a veces en ellas. Gafitas nos intentaba convencer de que solo saldríamos vivos y victoriosos adoptando una disciplina rigurosa para destruir el Estado, el más alto grado de disciplina a los jefes, dando, si era necesaria, nuestra sangre antes de retroceder.

Se ven allá al norte banderitas de golf. Abajo, la cruz, que aún guarda el lagarto, o tal vez sus crías, y más allá, la carretera por donde bajaban y subían los camiones cargados de pinos, y que moría en Chillaron, donde está la estación de ferrocarril y se cargaban los ganados en los vagones. Se me han olvidado muchas cosas, pero nunca el verdín de la vereda o las tormentas de polvo o las miradas de los perros. Los días de la zambomba, en Navidad, los días de las carracas de dientes de madera de haya en Semana Santa, la nieve, aquella mortaja muda, cuando caían los copos con sigilo, el viento blanco de la nevasca.

Allí vi por primera vez a Gafitas, con su bigote de gato, su mirada fría de comandante y su chaqueta de cuero. No se le notaban ni el nueve largo ni la radio. Altísimo y delgado decía que no había que asustar a los campesinos, sino invitarlos a una taza de café, una copa de mistela y un puro.

—Si me permiten una pregunta, ¿por qué tienen tanto interés en encontrar sus huesos? —pregunta, de pronto, Máximo Segundo.

—Para aclarar una duda personal —le digo—. Hace muchos años, cuando tú no habías nacido, y yo era un chaval, me vi metido en un lío. Cuando apenas había dejado la escuela donde aprendí las cuatro reglas, como se decía entonces, nos cruzamos con los hombres del monte. Ahora regreso a ver dónde está uno de ellos. No hubiera vuelto nunca, no tengo a nadie aquí, mis familiares emigraron.

Le digo que quiero que crucemos el río en el cajón.

Por el cajón han pasado Grande, Gafitas, el Manco, los furtivos, los pastores, los forestales. Si no cruzaban el cajón, tenían que bajar hasta el puente a la altura del ventorro.

Ahora allí hay un puticlub, pero entonces apenas un hombre que daba sardinas.

Putas rumanas, nigerianas y brasileñas enfrente del cementerio del pueblo, en el cruce de carreteras.

Los hombres que se arrastraron por el pinar no tenían nombres y si los tenían los habían sustituido por apodos o nombres de guerra. A pesar de que Gafitas daba clases de topografía, olvidaron los nombres de los pueblos, de las sierras, de las torcas. Los hombres y mujeres que allí vivieron, los resineros, los pastores, los forestales, los guardas, los gancheros, se fueron al otro mundo sin dejar otro rastro que sus hijos y nietos. También se olvidaron de los compañeros y de los enlaces para ahorrarse una delación en los interrogatorios. Se asobinaron en las más altas montañas, donde se cosen con raíces de pino tres provincias y nacen los ríos. Gafitas fue el jefe reservado, listo, de mirada dura. No se sabe si lo mataron los guardias, o lo mataron los suyos, los nuestros. Fue víctima de una purga del equipo de castigo. Vinieron tres hombres de arriba, tres cuadros, uno era guardespaldas del jefe. Gafitas fue el jefe desde el principio hasta el fin. Escribía él solo el periódico. Llevaba en la mochila la multicopista. Fue los ojos del interminable bosque de pinos y sabinas, un monte que no se acaba nunca, solo cortado por hoces y crestones, donde nacen todos los ríos.

—¿Dónde vamos? —pregunta Máximo Segundo.

—A la Fuente del Hueco.

—¿Sabe el lugar del enterramiento?

—Más o menos. Me dijo un hombre que está enterrado cerca de la Fuente del Hueco. A la sombra de un tejo.

—Con el tejo —explica Máximo— se hacían arcos y mangos. Es un árbol sagrado. Puede llegar a los dos mil años de antigüedad. Es tan duro como el boj.

—Decían las brujas —añado yo— que era remedio contra las víboras.

—Si plantas un tejo —sigue Máximo—, lo verás grande cuando seas viejo. Con esa madera se hicieron ataúdes. Es el árbol de los muertos. Tal vez porque en las guerras antiguas se atravesaba a los enemigos con estacas hechas de esa madera.

Llegamos a la Fuente del Hueco. Máximo Segundo saca el pico y la pala. Y enseguida descubrimos el árbol de los muertos. El agua del manantial es clarísima y fría. La toco con la mano. No me atrevo a beber por si han puesto veneno para matar a los zorros. Sobre un hoyo donde la yerba es más verde y brillante, Máximo empieza a picar.

De pronto aparece el fantasma. No se le ve la cara porque lleva una visera baja. Es Bernardino. Ni siquiera me da la mano. Pregunta:

—¿Qué buscas?

—Al que te enseñó a leer.

Su carcajada suena en toda la hondonada.

—No lo encontrarás.

—¿Por qué?

—Porque no está.

—¿Qué fue de él?

—Siguió vivo. No le dimos el pasaporte.

—¿Por qué?

—No cumplimos la orden que nos dieron. Supimos que era de la brigadilla, pero no lo matamos.

No le veo la cara, tapada con la visera, me mira como al revés, pero me atrevo a decir:

—He atravesado el mundo para buscarlo y resulta que era como Eladio.

—Era el jefe de Eladio.

Este hijo de puta que se follaba burras me dice que Gafitas, el hombre más valiente que yo he conocido, el que le enseñó a leer, era un traidor. Si tengo un arma, lo fulmino. Bernardino, aquél con el que yo iba a buscar gamones y collejas, el que me acompañaba a robar cerezas, el que le decía a mi padre donde había rastros de fuinas, el que tan bien seguía los rastros en la nieve, ya fueran de zorros o de guardias, ahora me suelta que Gafitas era un infiltrado.

—Lo recuerdo como si fuera hoy. Me enseñó a leer, también Grande. Decía que había que dejar la última bala para saltarte la tapa de los sesos si te hacían preso. Decía que los cobardes no valían para esto. Sí, el mismo que vestía y calzaba, Gafitas. Te pedía los dibujos que hacías de todos nosotros, y los enviaba, a través de Eladio, a la brigadilla. Días antes del toque de queda mandó aquel dibujo tuyo del sidecar.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunto para relajar la tensión.

No contesta.

Mira con desconfianza al sepulturero. Máximo Segundo se retira, por discreción. Le digo a Estrabón que nos deje solos.

—Gafitas —dice Bernardino— tenía dos caras, como las monedas. ¿Recuerdas que veía delatores detrás de todos los pinos y decía que todo traidor debe ser fusilado inmediatamente?

Me extraña el lenguaje de Bernardino. No es aquel mudo de antes que apenas pronunciaba incomprensibles monólogos.

—Sí que lo recuerdo —le digo.

—Pues era de la brigadilla, la que todo lo escuchaba. Y todo lo veía. Su padre fue guardia, su abuelo, guardia. Y él era guardia. Se preparó bien para el trabajo. Él creía que estábamos en guerra y en la guerra vale todo. Muchos de los que murieron como gorrinos lo hicieron por culpa suya. Iban cayendo todas las agrupaciones menos la nuestra. Cuando el general ocupó el norte, nos evacuaron.

Pasa por mi cabeza Bernardino, descojonándose mientras el sidecar caía dando vueltas con los guardias dentro. Bernardino buscando té de roca para que tomaran

algo caliente los hombres del monte. Bernardino acechando a Mala Leche en la casilla. Bernardino escondiéndose en la guarida de Angustias mientras la bruja recetaba pestañas de fuina. Bernardino comiendo bellotas con canela y miel.

Los camiones de madera, los resineros, los arrieros, los carreteros, las mariposas verdes, que no se distinguían de las agujas de los pinos, los quince bajo cero que decía la radio. Por la mañana, malta con leche de cabra. Eran otros tiempos, antes de que le hubiera dado la vuelta a mis propias convicciones por vez primera.

—¿Por qué sabes que estaba con el enemigo?

—Cuando llegaron los del equipo de rescate, Bazoka y Grande nos ordenaron al hijo del Capador y a mí que le pegáramos un tiro. «Es un delator», dijeron. Fuimos a la Fuente del Hueco, donde él estaba leyendo, con la disculpa de traer agua en los botijos. Le dije: «Vete, o te matamos». El hijo del Capador iba a cumplir la orden. Estaba dispuesto a dejarlo seco como una sardina arenque. Pero yo le dije: «Vamos a dejar que se escape, me enseñó a leer, es de los nuestros, no puede ser un traidor». Gafitas sabía a lo que veníamos. El hijo del Capador y yo disparamos sobre un bote de leche que había junto al manantial. Y nos volvimos. Gafitas se fue con el morral a la espalda, los cartuchos y el correaje, tranquilamente, sin andar siquiera deprisa.

No me lo podía creer. Gafitas, el que nos enseñaba en la escuela de capacitación, era un traidor. El que yo creí un gran hombre era pura escoria.

—Luego me contaron que le hicieron general, salió en los papeles, le dieron medallas y le pusieron huevos fritos en la bocamanga. Murió hace unos años como un pez gordo.

—¿Y a ti, Bernardino, cómo te fue?

—Como siempre, tirando. Vivo de la poca caza que queda. Ando mal de la vista.

—¿Qué fue del hijo del Capador?

—Se fue. Él se fue con vosotros. ¿No lo mataron?

—No lo sé. Lo vi al principio, luego lo dejé de ver.

Yo supe que estuvo entre los que iban en la evacuación, pero luego lo perdí de vista.

—Los batallones del general nos rodearon en el Pedrón —explica Bernardino—. Le salvamos el pellejo y él nos lo salvó a nosotros.

A Gafitas lo condenaron a muerte los del equipo de rescate unas horas antes de la evacuación y de que el general se apoderara de toda la sierra. Lo condenaron a muerte por disidente, no por traidor, lo purgaron porque quería, en apariencia, seguir en la lucha. Éramos esqueletos andantes con octavillas, robando cajetillas de tabaco. Vinieron de lejos con la orden de liquidarlo en la Fuente del Hueco.

Bernardino sigue explicando el suceso:

—Antes de que se fuera a la Fuente del Hueco le anunciaron que iba a tener suerte. «Prepara tus cosas. Eres un hombre de suerte. La Dirección te ha designado

como asistente al Consejo Mundial de la Paz. Te darán ropa y documentación cuando pases la frontera». Y él dijo que se iba a leer un rato. Entonces nos mandaron a nosotros para que lo achicharráramos. Fue una purga. No era un equipo de rescate, no, era un equipo de castigo. Gafitas héroe o traidor, tal vez héroe y traidor. Cuando regresamos, encuentro a Irene al arrullo de un ramo de flores silvestres que ha encontrado en las cuevas donde están las pinturas rupestres, los machos cabríos pintados de rojo. Sabe que algo extraño e inesperado me ha ocurrido. Como siempre hará racional lo confuso, seguramente me dirá, cuando hablemos de todo esto, que es en la memoria donde creamos nuestras propias leyendas, de manera inconsciente y no siempre real, de ahí que luego lleguen las decepciones. Mientras la abrazo, como si volviera de un largo viaje, me acuerdo de aquella discusión que hubo entre Gafitas y Grande a propósito de Julián Romero. Era aquel glorioso capitán de cerca de mi aldea que se había quedado tuerto, sin oreja y sin un brazo siendo guardaespaldas del rey al que salvó la vida, matando a cinco asesinos que le atacaron. No le gustaba el mensaje del heroísmo, y sobre todo, no le gustaba que el valiente soldado hubiera sido espía. A veces un espía, un traidor, un infiltrado, para los suyos, e incluso para el enemigo, es un hombre superior, un Judas que ha decidido ser héroe.

Esteban Estrabón lo ha recogido todo en la grabadora. Hasta el cántico de los pájaros.



RAÚL DEL POZO (Mariana, 1936), periodista y escritor español. Ha vivido cuarenta años de pasión periodística como reportero, enviado especial y corresponsal en el extranjero (Pueblo, Interviú, Diario 16, Mundo Obrero). Fue director adjunto de El Independiente y ha participado en debates y tertulias de diferentes programas, especialmente en los de Luis del Olmo, Carlos Herrera, María Teresa Campos, Montserrat Domínguez y Susanna Griso. En la actualidad, es columnista del diario El Mundo, en la última página, con «El ruido de la calle». Por su labor periodística ha recibido el Premio del Club Internacional de Prensa al mejor trabajo periodístico en prensa escrita, el Cuco Cerecedo, el Pedro Rodríguez, el Jaime de Foxá, el César González Ruano y el Mariano de Cavia. Ha publicado varias novelas —*Noche de tahures, La novia, Los reyes de la ciudad, No es elegante matar a una mujer descalza, Ciudad levítica y La diosa del pubis azul* (con Espido Freire)— y cuatro libros de ensayo —*Una derecha sin héroes, A Bambi no le gustan los miércoles, Los cautivos de la Moncloa y La rana mágica* —. En el 2011 obtiene el Premio Primavera con la novela *El reclamo*.